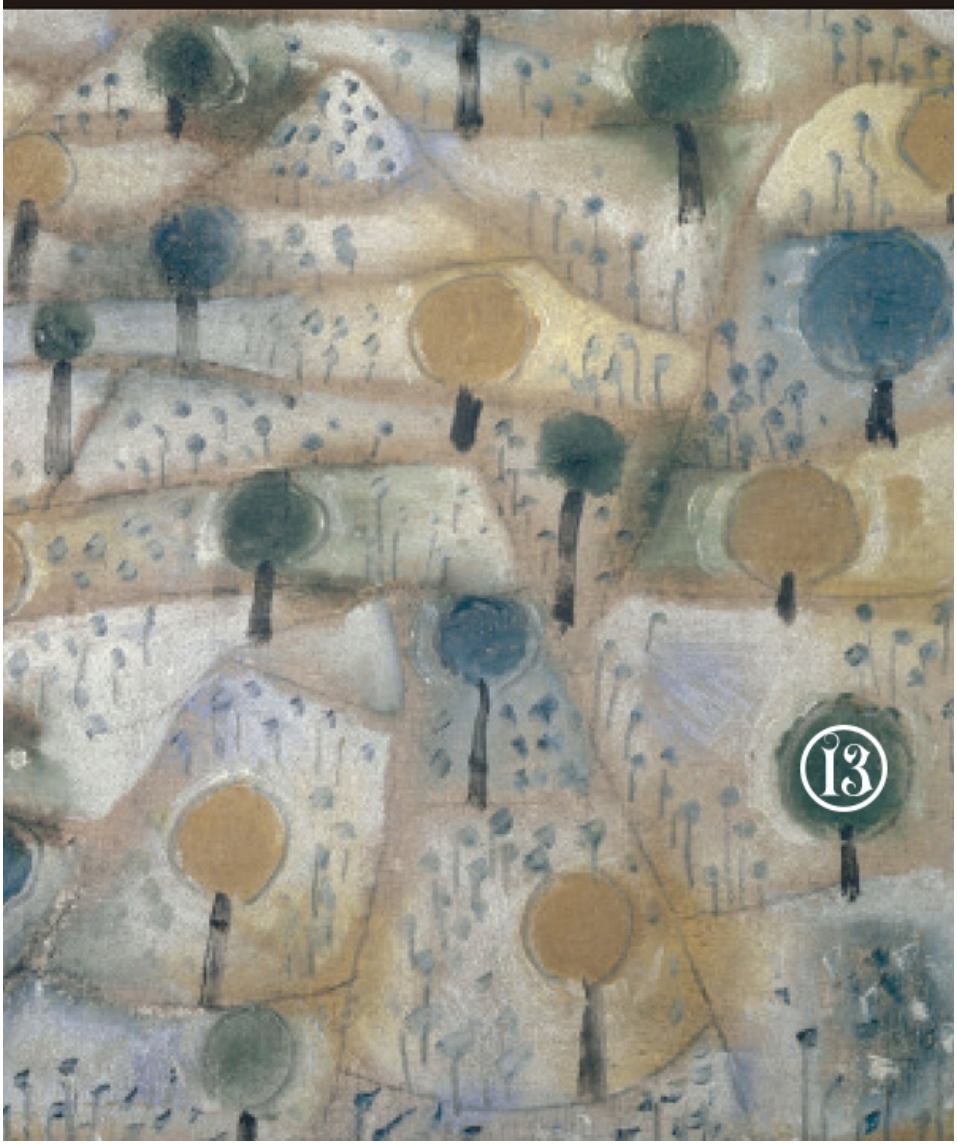
En el bosque

Katie Kitamura



En una sociedad colonial que podría ser cualquiera y ninguna, Tom vive con su padre y sus decenas de sirvientes en la inmensa propiedad familiar que tomaron cuando llegaron los primeros colonos a esa tierra, más de cuarenta años antes. La granja es el único mundo que Tom conoce. Todo, incluidas las relaciones de dominación con sus criados, le resulta tan natural como inevitable. Por eso, cuando escucha en la radio un discurso incendiario arengando a los nativos en contra del opresor blanco «apenas entiende las palabras, le suenan a tonterías guturales». El precario equilibrio que guarda un entorno que ha empezado a cambiar sin que tengan la capacidad de advertirlo se ve alterado con la llegada de Carine, una chica destinada a ser la esposa de Tom, con quien el padre pronto establece un feroz triángulo amoroso en un intento desesperado de aferrarse a un poder que ya no le pertenece.

Katie Kitamura

En el bosque

Título original: *Gone to the Forest*
Katie Kitamura, 2012
Traducción: Jesús Gómez Gutiérrez, 2013

-

Revisión: 1.0

07/03/2023

Para Hari

Me adentré en el bosque.

KNUT HAMSUN

PRIMERA PARTE
LA MONTAÑA

1

Tom oye el ruido desde el otro lado del vestíbulo. Un torrente rápido de dialecto autóctono. Al principio, piensa que son los criados que hablan. Pero después oye el chasquido de las interferencias. La cadencia aguda de una corneta. La voz vuelve a sonar, más alta. Inquieta y en tono de declamación.

Es la radio; alguien ha dejado la radio encendida. Tom se levanta. El viejo no está en su despacho; está en el río. Pero el sonido no proviene del despacho del viejo, así que Tom lo sigue por el pasillo. Entra en la cocina, pensando que Celeste estará escuchando la novela de la tarde…

En la cocina no hay nadie. Los platos descansan, limpios y relucientes, en los estantes. Una gota cae del grifo. Tom se gira, perplejo. La voz llega desde algún lugar situado a su espalda. Tom sigue el sonido hasta la terraza y encuentra la radio en el borde de la mesa, con el volumen al máximo.

> Hermanos, ha llegado nuestro momento. Estamos hartos de que la bota del opresor blanco nos aplaste. Estamos cansados de que esos parásitos nos ahoguen. Durante años, hemos soportado su tiranía sin ser conscientes de ella. ¡Estábamos dormidos!

Alguien ha dejado una silla junto a la mesa, como si hubiera estado allí, sentado, escuchando con atención. Tom no reconoce inmediatamente la radio; piensa que la habrán sacado de la biblioteca, pero no está seguro. En la granja no suelen oír la radio. Quién sabe por qué está en la terraza.

> Es hora de que despertemos del sueño. ¡Alzaos, hermanos! ¡Nos liberaremos y liberaremos esta tierra! Tendremos que pagar un precio. Los parásitos no renunciarán a este país con tanta facilidad. Pero somos hombres valientes, somos honrados…

Tom frunce el ceño y apaga la radio, donde raramente se oyen voces de nativos. El dialecto es pastoso y está cargado de ira. Apenas entiende las palabras, le suenan a tonterías guturales. Todavía no alcanza a imaginar quién habrá llevado la radio a la terraza. Ningún criado se habría atrevido a hacer algo así.

Mira la silla. Cree ver una marca en el asiento. Como si un fantasma se hubiera introducido en la granja a plena luz del día. Es una suerte que lo haya descubierto él. Tom mira a su alrededor antes de colocar bien la silla y coger la radio. Mientras sostiene el aparato, contempla las tierras. Todo está tranquilo y se retira al interior.

La casa está junto al río. Es grande; una casa de muchas alas y habitaciones, y una terraza que rodea tres de sus cuatro lados. En el exterior de la enorme casa hay dos filas de árboles, plantados por los indígenas del viejo. Tom está sentado en el suelo, a la sombra de uno de esos árboles, donde se protege del sol achicharrante.

El padre de Tom había estado entre los primeros colonos blancos. Habían pasado cuarenta años desde que el viejo llegara al país y reclamara su pedazo de tierra. Cuarenta mil hectáreas de valle a lo largo de una columna vertebral de dieciséis kilómetros. La tierra no tenía dueño, y pasó a ser suya. Una estaca clavada en el suelo. El viejo la ocupó y la llenó de manos nativas. El dinero y la buena suerte llegaron poco después.

La granja se encuentra cerca de la frontera, y desde sus lindes se puede ver el país vecino. Es grande, de suelos cultivables y, además, tiene el río, que es ancho y rápido, empañado de sedimentos y de algas. El viejo eligió esa tierra por el río. Desemboca directamente en el mar. Sus aguas están llenas de jacintos morados y de peces carnívoros, los dorados, que las surcan en grupo.

Durante muchos años, el viejo dedicó la propiedad a la

ganadería. Las cuarenta mil hectáreas se convirtieron en pastos y las vacadas fueron creciendo, aunque dejó una parte pequeña para cultivos. Hoy, la granja es un centro de pesca para turistas de todo el mundo. El viejo es tan autoritario con los clientes como lo es con los criados. Pero no parece que les importe. Se alojan en el ala de invitados de la casa y pagan una buena suma por el privilegio del que disfrutan.

Tom dirige la granja. Supervisa las actividades diarias de la casa, el río, los cultivos y los pastos del ganado. Es mucho para un hombre solo, pero hace bien su trabajo. Se le dan bien los cambios de la tierra, que sabe interpretar. También los asuntos domésticos de la casa y la cocina. Es diligente y presta atención a los detalles, en los que suele encontrar consuelo.

Tom es el primer y único hijo del viejo. Eso significa que, algún día, heredará la granja. Se quedará con el centro pesquero, que pasará a ser toda su vida. Tom no imagina otro futuro; no ve más horizonte, pero tampoco se siente atrapado. Tom adora la propiedad. Es la única cosa que conoce bien. Se mete de lleno en ella y no es capaz de plantearse una vida distinta.

Por consiguiente, se sienta a la sombra de su árbol preferido. Aprieta las piernas contra la tierra como si le fueran a salir raíces. Es la última semana de la temporada, pero todavía hace calor. En circunstancias normales, los turistas se habrían quedado en la granja por el sol, por la pesca, y porque el invierno tarda mucho en llegar. Estarían sentados juntos en la terraza por grupos, en la pose ideal para sus *souvenirs* fotográficos. Las mujeres llevarían vestidos de tarde y los hombres, trajes de lino. Se servirían bebidas en la terraza después de un caluroso día en el río.

Pero la terraza está vacía y en silencio. La radio ha vuelto a la biblioteca y la silla está como debería estar. Tom alza la cabeza al ver que la puerta se abre. Es el viejo. Aún lleva la ropa de trabajo, porque ha estado sacrificando reses viejas por la tarde. Es una tarea de la que siempre se encarga en persona. Tiene restos de pólvora en las suelas y huele a sangre fresca.

El viejo se queda de pie en la terraza, un metro ochenta de altura, botas de montar, y no hace nada que denote que se ha percatado de la presencia de su hijo.

Tras un silencio largo, lo llama.

—Thomas.

Todo el mundo lo llama Tom menos su padre, que lo llama Thomas. Eso crea un cisma en el interior de Tom/Thomas. El piensa en sí mismo como Tom, pero solo se reconoce como Thomas. No sabe su propio nombre. Hace tiempo que es consciente de que ese cisma no es sano, pero no es algo de lo que pueda hablar con su padre. Se levanta y camina hacia el viejo.

—¿Sí, padre?

El viejo lo mira en silencio. Lo mira como si no lo hubiera visto en su vida. Hasta es posible que desee que eso fuera cierto. Una propiedad tan grande y no pueden escapar el uno del otro, aunque Tom no lo ve así. El sol brilla naranja en el cielo. Su padre calla durante un rato y luego habla.

—Los Wallace van a cenar con nosotros esta noche.

—Sí.

—¿Has hablado con Celeste?

—Sí.

—Bien.

El viejo asiente. En la granja, despilfarran el dinero con la comida. Sacrifican a los animales más jóvenes para servirlos en la mesa. Mazorcas tronchadas del tallo. Raíces arrancadas de la tierra. Latas de paté y de caviar y cajas de vino que les envían del extranjero. Todo, por la cocina. Cualquier cosa que se pueda necesitar.

Tom se da la vuelta para marcharse. No ha dado más de cinco pasos cuando algo hace que se detenga y se gire otra vez. Es su padre, que lo llama. Tom espera a distancia.

—¿Qué va a servir Celeste?

—¿Esta noche?

Su padre hace caso omiso de la pregunta. Tom se siente incómodo inmediatamente. No es una pregunta normal en él. Siempre lo trata como si fuera su capataz. Tom trabaja para el viejo y, a veces, se permite pensar que le es indispensable. Pero no ha conseguido acostumbrarse a la idea. Nunca ha tenido ocasión. El viejo no se lo permite.

Por ejemplo, ahora. Su padre es un hombre con buen apetito; confía su estómago a Celeste, lo cual convierte a Celeste en la persona de la casa que goza de más confianza. Pero su padre ha

preguntado por el menú, y eso no es normal. Por fortuna, Tom ha hablado de la comida con Celeste. Así que carraspea, costumbre que el viejo detesta, y responde.

—Ostras. Ñoquis. Cordero. Ensalada. Y luego, queso y helado.

Su padre asiente.

—¿Las ostras?

—Las han traído esta mañana.

Su padre asiente otra vez.

—¿No va a servir pescado?

—No.

—¿Por qué no?

—Se lo preguntaré a Celeste.

—Dile que sirva todo el caviar que queda. No lo necesito para nada más. Y dile que ponga la mesa para cinco.

El señor y la señora Wallace son invitados esporádicos; gente sin interés para el padre de Tom. El viejo lo ha dejado bien claro en multitud de ocasiones. No dice quién es la quinta persona. Tom espera. El viejo lo mira.

—¿Tienes algo más que decirme?

Tom piensa en la radio de la terraza. ¿Quién la habrá dejado allí? Después, niega con la cabeza. No. Nada. El viejo asiente y Tom entra en la cocina en busca de Celeste, que esta vez se encuentra en sus dominios, rellenando empanadillas para los trabajadores. Mete la carne en las empanadillas y las pone en una bandeja. Tom mira la carne; es rosa, roja y blanca, informe y cruda. Celeste lo mira.

—Quiere saber si vas a servir pescado esta noche.

Ella hace un gesto con la cabeza.

—No.

—Pues quiere pescado.

Ella suspira y se limpia las manos con un paño.

—¿Por qué?

Él no responde.

—También dice que sirvas caviar de aperitivo, y que pongas la mesa para cinco.

Celeste vuelve a menear la cabeza. «Tche, tche, tche», chasquea la lengua en la boca. Tira el paño. Ni Tom ni ella quieren servir pescado para cenar. Pero los dos saben que ahora tendrán pescado además de cordero, un plato más en una comida que ya era copiosa.

Celeste preparará el pescado con azafrán y mantequilla. Jose caminará alrededor de la mesa con la bandeja en un brazo, servirá las porciones y les añadirá salsa con el cucharón de plata. Tom carraspea.

—¿Has llevado la radio al porche?

Ella lo mira sin comprender.

—¿Qué quiere decir?

Tom asiente y sale de la cocina y de la casa. El ambiente está tranquilo. Se detiene.

Algo va mal. La temporada turística ha sido un fracaso. Se suponía que llenaría las arcas. Que les ofrecería seguridad. Pero la temporada no les ha dejado nada y ahora se están quedando sin dinero. Todo el mundo sabe que se están quedando sin dinero. Ya no es un secreto. No hay más que mirar la granja para darse cuenta.

Y, sin embargo, ¡habrá caviar e invitados! Tom no entiende a su padre. Sube los escalones y recorre el perímetro de la terraza sin encontrar nada extraño. Luego, entra en el comedor. La mesa todavía no está preparada. El viejo ha dicho que pongan platos para cinco personas. Tom se queda inmóvil durante unos segundos. Mira las sillas y la pesada mesa de roble. Mira la superficie de mármol del aparador.

Tom vuelve a la fila de árboles. Se sienta, ocioso. Es el tempo del lugar. Lo abruma, no se puede resistir. Es cierto que Tom es un buen gerente, pero casi a pesar de sí mismo, porque en esencia es un vago. Su padre es diferente. Su madre era diferente. Su madre era como su padre: no era de este sitio. Era nerviosa y establecía un tempo ajeno al carácter de la tierra.

No había nada que se pudiera hacer al respecto. Su madre llegó diez años más tarde que su padre y los dejó diez años antes, muerta de agotamiento. Metieron su cadáver en un ataúd de pino y, a petición de su familia, lo repatriaron por barco. La vida era demasiado para ella. El viejo lo dijo en cuanto ella puso un pie en la propiedad. A nadie le sorprendió su muerte. Tardó veinte años en morir, y lo único que les sorprendió fue que tardara tanto. Estuvo muriéndose todo el tiempo. Casi se muere cuando dio a luz, y después de eso siguió muriéndose poco a poco.

Tom se acuerda de ella de vez en cuando. Poco antes le habían diagnosticado tisis. Era una enfermedad de otra época, una dolencia que ya no existía y que, sin embargo, devoró su cuerpo y la mató. En la última fase de su vida, se quemó a través de sus órganos y de sus extremidades, ardió por debajo de la piel. Como si tuviera prisa y ya no pudiera esperar. A veces, podía oler el aroma de su decadencia desprendiéndose de su cuerpo.

Eso era su madre. Dio a luz y él se deslizó de entre sus piernas hasta la tierra y el polvo. Desde el principio, Tom perteneció a este lugar. Había nacido en el campo y se sentía a gusto con las zarzas. Celeste lo amamantó durante el primer año. Lo sostuvo mientras él arañaba y chupaba de sus tetas. Celeste tenía un niño de su misma edad, Jose. Los crio juntos. El padre de Jose no andaba por allí. Pero los chicos no crecieron como hermanos.

Jose era robusto, infatigable, obstinado incluso de bebé. Tom, en cambio, no era fuerte. Tenía un problema de piel que debilitaba su organismo y limitaba su crecimiento. Le salían escamas secas en los codos y en las rodillas. Si lo dejaban solo, se arrancaba largas tiras de piel. Cuando Celeste descubría las tiras, lo llevaba al río, le ponía puñados de barro en las heridas y luego, cubierto de lodo del río, lo dejaba al sol para que se curase.

Entre ellos, los indígenas lo llamaban Niño Lagarto. Su padre culpaba a su madre de la enfermedad, pero Tom siempre creyó que la enfermedad era cosa suya. La tierra estaba asentada en su interior del mismo modo: era una especie de dolencia congénita. Tom también sabía que aquella debilidad significaba que no moriría como su madre. Era su instinto de supervivencia. Se replegaba en su enfermedad y descansaba dentro. Le ofrecía comodidad en una vida que, en conjunto, no tenía muchas comodidades.

De niño, buscaba consuelo en las mentiras; y ha sido un mentiroso desde entonces. No un buen mentiroso, pero sí persistente. La primera vez que mintió fue por un plato. Lo habían enviado a la granja de un vecino para que pasara la tarde allí. El hijo del granjero tenía un juego de platos de plástico. Los colores eran brillantes y de mala calidad, y cuando Tom clavó la uña del pulgar en el plástico, dejó una marca con forma de media luna. Tom quiso uno de los platos, así que se lo guardó en el bolsillo, se levantó a toda prisa y se fue sin despedirse.

Su padre lo estaba esperando en los escalones de la entrada, como si hubiera avistado su sentimiento de culpabilidad a distancia. Detuvo a Tom y lo levantó en el aire, clavándole los dedos en las axilas de un modo nada amistoso. Tom pataleó para que lo bajara y el plato cayó al suelo, haciendo un ruido hueco y feo al chocar contra la loseta. Estúpidamente, trató de tapar el plato con la suela de una bota.

Su padre no pareció sorprendido.

—¿De dónde ha salido eso?

—El chico me lo ha dado.

—¿Te lo ha dado?

—Me lo ha regalado.

—Así que el chico te ha hecho un regalo.

—Sí.

—Mientes.

Un criado lo azotó. Su padre ni siquiera se molestó en escuchar. El silbido de la fusta, los gritos y alaridos desesperados de Tom. Sin embargo, siguió mintiendo. Su padre le preguntó quién había roto el jarrón del vestíbulo. Quién había dejado abierta la puerta y permitido que el ganado se escapara. Era como si la visión de la cara de su padre lo condenara inevitablemente a mentir.

Incluso entonces, Tom no buscaba otra cosa que la aprobación del viejo. Por desgracia, nunca encontró la forma de ganárselo. Tom sabía que no lo castigaban por el acto en sí, sino solo por la mentira. Lo que su padre no aceptaba era la mentira. Como en todo, necesitaba dominar lo que no comprendía. Tom dijo una mentira y luego otra. Los criados volvieron a azotarlo.

Tom no era un buen mentiroso, pero la madre de Tom era tan buena que había hecho carrera de la mentira. Mintió a su marido mientras duró su aventura con un granjero de la zona. Usó a Tom como excusa. Dijo que Tom se sentía mal con él mismo y con los otros niños, y que necesitaba socializar: ese fue el término de moda que aplicó al estado nada de moda de su hijo. Todos los días, hacían a pie los cinco kilómetros que los separaban de la propiedad del vecino. Ella lo dejaba en el jardín con el resto de los niños y desaparecía en el interior de la casa.

Los niños jugaban en la tierra y escuchaban los alaridos que resonaban por la granja. A veces sonaban como a un animal que estuviera muriendo de una forma dolorosa. Su madre salía de la granja con un rubor febril y una mano contra la cabeza. Tom la miraba mientras ella se arreglaba el pelo y se alisaba el vestido. Luego, hacían los cinco kilómetros de vuelta, cogidos de la mano. Él sabía que su madre estaba mintiendo, pero no le importaba. Pensaba que el secreto los uniría más.

Además de la falta de honradez y de una tendencia a malinterpretar las cosas, Tom tenía otros defectos de carácter que, combinados, se confabulaban de tal manera que el hijo resultaba incomprensible para el padre. Por ejemplo, Tom era un cobarde. No era muy mayor cuando el miedo físico se transformó en miedo moral. En consecuencia, era lógico que su padre lo despreciara; al fin y al cabo, el viejo no creía que el miedo fuera una emoción válida.

Tampoco ayudó el hecho que Tom sintiera un temor especial por los dorados. Le parecían peces terroríficos. Podían llegar al metro veinte y ser más grandes que un niño, y mucho más grandes que el niño que Tom había sido. El frontal de los machos parecía un bloque cuadrado, y tanto los cuerpos de los machos como los de las hembras se volvían grises cuando morían fuera del agua. Pero, cuando estaban vivos, eran audaces y tenían un apetito voraz.

Al padre de Tom le encantaban. El viejo es ese pez: su padre es el dorado. Una vez, cuando Tom era un niño, lo llevó al río. Es posible que estuviera experimentando con la idea de ser un padre de verdad, porque se mostró inusitadamente paciente. Le enseñó a lanzar el sedal y le enseñó a recogerlo. Habló muy poco, pero le dijo que el dorado era un pez feroz que podía tener la fuerza de un hombre.

Tom se acordaba del momento en que su padre capturó un dorado. Cómo empezó a enrollar el carrete. El pez surgió del agua y volvió a ella. A Tom le pareció tan grande como un hombre adulto, tan grande como su padre. Surcó el agua, pasó por debajo de la embarcación, pegó un salto en el aire y regresó al río. La caña se dobló como si estuviera a punto de romperse. Tom no estaba seguro de que su padre lo pudiera capturar. Pensó que la caña se rompería.

Pero su padre lo capturó. Era un pez gigante. Un macho de

frente extraterrestre y un cuerpo amarillo que pegaba tirones al sedal. Su padre lo alzó en el aire; admiró su peso, el tono dorado de las escamas y su enorme tamaño. Luego, lo puso en brazos de Tom y el niño estuvo a punto de perder el equilibrio por el peso del animal, la frialdad de su cuerpo y la potencia de sus músculos, que daban sacudidas en un intento de escapar a la muerte.

Cuando volvió en sí, su padre estaba ante él, de pie, sosteniendo el pez por la cola. Tom miró mientras el viejo sacaba un cuchillo y lo hundía en el vientre del animal. Le hizo un largo corte vertical y sus vísceras rojas cayeron en la cubierta. Ignoró a su hijo mientras cogía las tripas con una mano y las tiró al río. El dorado seguía saltando y moviendo energéticamente las fauces.

Los peces se convirtieron en su sustento. Una granja era un negocio caro. El río servía de apoyo a la granja y les permitía mantener la enorme propiedad. Cada vez llegaban más turistas en busca del poderoso dorado. Su padre zarpaba con ellos al amanecer. Les enseñaba a tirar el sedal y a enrollar el carrete. Ponía los peces en la embarcación y los destripaba delante de sus ojos. Daba a los turistas el mismo trato que le había dado a Tom años atrás.

Cuando su padre llegó al país, era joven. Ahora es viejo. Ahora se sienta —se pone de cuclillas, se monta— en la tierra. Pero impuso su presencia desde el principio. Eligió su tierra una noche, saliendo a montar con una antorcha que sostenía muy por encima de la cabeza. Un indígena fue cavando una zanja a su paso. Al día siguiente, volvieron con estacas y alambre y terminaron el trabajo. El viejo toma decisiones. Las arranca del aire con sus manos. Es esencialmente un hombre violento.

Tom es distinto. No se impone a la tierra. No se impone a nada. Hay muy pocas cosas que Tom tenga por suyas. No es como su padre…, no ha elegido nada. No eligió el país ni el pedazo de tierra. No eligió el negocio de la granja. No eligió la casa, con sus habitaciones y corredores oscuros. Lo eligieron todo por él, y Tom apenas se dio cuenta. Es, simplemente, su mundo.

La cantidad de turistas ha ido menguando en los últimos años. Ha habido habitaciones vacías en temporada alta, y el río ha seguido estando lleno de dorados, algo impensable en otras épocas.

En toda la provincia hay menos visitantes. Están lejos de las ciudades del norte. El viaje es caro. Y hay descontento en el país, según ha oído Tom. Un descontento que crece y se extiende por el extranjero con sus noticias de historias malas, historias violentas que no inspiran confianza.

Los granjeros se están marchando uno a uno. La idea de vivir en campo abierto, rodeados de nativos, ya no resulta atrayente. Los que tienen casas en las ciudades, abandonan el campo y se marchan al norte. Están cerrando las granjas y las propiedades, tan grandes y expuestas, demasiado difíciles de proteger. Las dejan en manos de los colonos más duros, que se quedan en la provincia y son una presencia agitada y violenta. No dicen cuándo van a volver.

El círculo de compañías refinadas mengua día a día. En otro tiempo había bailes y fiestas. ¡Hasta había un calendario de actos sociales! Tom y su padre siguen allí. Su padre no cree en la ciudad. Los otros granjeros le dicen que deje el campo, que se está muriendo ante ellos, que pronto no será seguro. Su padre elige y toma partido por la tierra. No se imagina sin la granja. En eso, padre e hijo opinan lo mismo.

Falta poco para que llegue la noche. Tom está delante del espejo de su habitación, que es grande y está abarrotada de cosas. Muebles que su padre o su madre trajeron de su antiguo país. Objetos que algún desconocido les envió por barco. Tom encuentra esas historias opresivas, pero se ha acostumbrado a ellas. Tom no espera intimidad; ni siquiera en su habitación. Con cuidado, se ajusta la solapa de la chaqueta, se echa gomina en el pelo y se lo peina hacia atrás. Después, comprueba la raya de los pantalones y sale de la habitación, cerrando la puerta a su espalda.

Deambula por la casa en busca de su padre. Cruza el vestíbulo, que está lleno de árboles en macetas; naranjos en miniatura, cerezos. Pasa frente al comedor y repara en el lino, la plata, la porcelana. Han puesto la mesa para cinco. Cinco platos y cinco juegos de vasos y cubiertos. Se detiene y sale lentamente al porche.

Camina en dirección al río y encuentra a su padre al cabo de unos minutos. El campo baja hacia el río, que se va convirtiendo en la única preocupación del viejo a medida que la provincia se vacía y el turismo baja. Hace un año, instalaron una piscifactoría. La estructura flota en mitad del río como un artilugio de la era

espacial. Los peces nacen y crecen bajo la piel del artefacto. El río entra y sale de él.

Tom frunce el ceño. El viejo se ha jugado mucho por la piscifactoría. Las estructuras fueron muy caras y se llevaron los ahorros, el botín de todos esos años de turismo que ahora llegan a su fin, directamente al agua. Al principio, no parecía prometedor. Los indígenas hablaron de contaminación y de espíritus malignos. Los huevos flotaban entre el acero y se acumulaban como una enfermedad.

Pero entonces, los peces crecieron. Crecieron hasta que las estructuras quedaron completamente abarrotadas. Ahora está claro que la piscifactoría es lo que les dará para vivir. Mantendrá la granja frente a los rumores de malestar social; pagará el caviar importado, las mantas de cachemir, los abrigos de piel, el café y el té. Su padre dice en broma que se está convirtiendo en un pescadero, pero ya tiene planes para instalar más estructuras, río arriba y río abajo. La provincia se vacía de terratenientes y turistas, pero siguen habiendo pescado y nativos.

Cada semana, sacan las estructuras del agua y seleccionan los peces. Se venden a compradores de las ciudades. Se someten a un proceso de congelado rápido, se meten en cajas con hielo y se envían a todo el mundo. Es ridículo, pero se han ganado una reputación. Su padre habla de modelos sostenibles de crecimiento y dice que ganarán dinero muy pronto, el año que viene.

A Tom no le gusta la piscifactoría. Cuando mira el agua, tiene la impresión de que el río se ahoga con las estructuras, que se alzan como depredadores entre los jacintos. Siendo de campo, no entiende la dominación en el mismo sentido que su padre; a fin de cuentas, el viejo sigue siendo un forastero. Pero Tom sabe que su padre tiene razón. Dentro de poco, la piscifactoría será un hecho incontestable y el dinero fluirá como el propio río. De hecho, el dinero ya está flotando en la superficie. Y les salvará.

Ese es el motivo por el que su padre está de pie, mirando las estructuras como quien mira un montón de oro, mientras Tom lo mira a él. Hay que tener buena vista para distinguirlas. Casi no se notan. El viejo se ha vestido para la cena. Un semicírculo de tierra se aprieta contra la punta de su zapato por acción de una lenta ráfaga de viento. El viento se detiene, la tierra desaparece y los pies

del viejo permanecen bien plantados en el suelo.

El sonido de un motor rompe el silencio. Su padre alza la mirada. Tom ve el Ford de los Wallace cruzando la propiedad y levantando una pequeña nube de polvo. El polvo se levanta, flota, se hincha y se extiende tras el automóvil. El motor gruñe cada vez más cerca. Su padre sigue inmóvil, sin apartar la vista del coche. Tom ya se ha dado la vuelta y camina hacia la casa. Se gira a mirar una vez. El coche se ha acercado un par de centímetros en relación con la línea del horizonte. Tom aprieta el paso.

Cuando el vehículo sobrepasa el portón de la propiedad, los criados están preparados y el hielo del carrito de las bebidas repuesto. Tom se queda a la sombra de la terraza mientras los Wallace aparcan en el vado. Su padre se detiene al pie de los escalones, con semblante inexpresivo y una mano metida en el bolsillo de la chaqueta. El chófer abre la portezuela. Señor Wallace. Señora Wallace. Una tercera persona sale del coche. Es una joven con un vestido estampado de colores intensos.

2

El dorado se sirve en salsa verde. Se sirve antes del cordero y después de las ostras y el caviar. Todos permanecen en silencio, sentados alrededor de la mesa mientras les llenan las copas de vino. El sol se está poniendo y en el cielo sigue habiendo luz. El comedor se abre al porche, pero la sala está medio a oscuras. Jose vuelve y enciende las velas. Su padre asiente en gesto de agradecimiento y los pasos de Jose se pierden en la distancia hasta que el comedor vuelve al silencio anterior.

Tras una pausa apreciable, en la que siguen sentados sin mirarse entre sí y las llamas de las velas tiemblan y vacilan en el silencio, el padre de Tom se inclina sobre la mesa y alcanza su copa de vino. Lo prueba y examina el color del líquido. La señora Wallace le lanza una mirada. Así, bajo la luz de las velas y con la copa en la mano, el viejo casi parece benévolo. La señora Wallace hace un intento de entablar conversación. (El señor Wallace se abstiene. Tiene más experiencia).

—Le estaba diciendo a George que tienen que hacer algo con la inquietud de los indígenas. El gobierno tiene una responsabilidad; debe tomar cartas en el asunto.

El viejo aparta la vista de la copa de vino y la clava en la señora Wallace, que está al otro lado de la mesa.

—Deberían enviar al ejército —continúa ella con valentía—. Les deberían dar una lección antes de que el asunto se desmadre. Los nativos son capaces de cualquier cosa. Son peligrosos y crueles. No se puede razonar con ellos. Me asombra que no lo entiendan.

El señor Wallace sacude la cabeza.

—Ya basta, Martha.

El viejo ignora a ambos. Baja la copa de vino y mira a la joven

del otro lado de la mesa.

Cuando la chica bajó del coche era un tobillo fino seguido por un vestido con volantes. El pelo, ondulado. Los labios, esmeradamente pintados de rojo. Parecía perdida en el vestido y en el coche, una pantomima de vulnerabilidad. Tom está sentado a su lado; su padre, enfrente. Tom mira a la chica. Desconoce su edad. Parece una niña, pero él sabe de sobra que no es una niña.

Tom escucha su historia. Es prima segunda de la señora Wallace. Tiene veintinueve años y es medio francesa. Se ha ganado —tras esforzarse a fondo, porque en la vida no hay nada fácil— una reputación dudosa. Nadie pregunta al respecto, pero todos saben lo que significa. Tuvo algún problema en casa y se la enviaron a la señora Wallace para que se quedara con ella durante un plazo indeterminado. El significado de eso también está claro para todos.

La señora Wallace no la conoce bien, pero se siente responsable de ella. Es evidente que tienen un vínculo. Mira a la chica y su mirada es de complicidad. Tom piensa: la connivencia es natural entre las mujeres. Lo ha oído en algún sitio. La señora Wallace toca a la chica en la muñeca. Es prudente, pero con sentimiento de propiedad; tiene sentimiento de propiedad, pero es cautelosa. Se alegrará cuando el problema de la chica se resuelva y no la echará de menos cuando se haya ido.

De momento, vigila a su prima. Sopesa sus activos y mide su fuerza en público. Tom también mira a la chica. Está sentada a la mesa. Habla cuando le hablan. Es dócil, educada. Es todo eso, pero Tom desconfía de ella. Se dice a sí mismo que no es especialmente guapa. Si no fuera por su palidez extrema —es tan pálida que, cuando se ruboriza, su color parece el de un moratón— y por su aire de juventud aparente, no daría la impresión de ser atractiva.

El padre de Tom es un hombre de buen gusto. La chica no es nada, sin embargo, Tom se da cuenta de que la observa con atención. El viejo sigue siendo apuesto. Es vanidoso, y la vanidad necesita alimento. Las mujeres del valle se encargaban de alimentársela, pero el círculo ha ido menguando a medida que las granjas cerraban y los blancos se retiraban a las ciudades. Ahora ni siquiera puede contar con las turistas.

Esa chica pequeña, pálida y astuta que han enviado a la señora Wallace es perfecta para despertar el interés del viejo. No tiene

nada de especial, pero está allí, y eso marca la diferencia. Están perdiendo, o más bien han perdido, el patrón con el que medir la compañía femenina. Aunque Tom no ha sido nunca un buen juez. No ha estado precisamente expuesto a las hembras. Tom siente el deseo imperioso de dar una bofetada a la chica. Su propia vehemencia le sorprende. Pero mantiene la vista en su padre mientras este bebe vino y la observa.

—Carine.

La chica mira al viejo y parpadea; espera a que él hable. El señor Wallace y la señora Wallace alzan la vista de sus respectivos platos. Tom, no. Se queda mirando el suyo. Hasta entonces, el único manjar que ha probado son las ostras. Les pone vinagre y pimienta blanca y las sorbe una tras otra. Pero su apetito desaparece de repente. Juguetea con la comida, pero no come.

—¿Te gusta el pescado?

La voz de su padre suena lenta y engatusadora. Es una oferta, una propuesta para la chica. Tom la ve encontrar su territorio en las palabras. El viejo y ella se miran. Una transacción de miradas y ella se abre. Tom es testigo de que la chica se acaba de alinear con el viejo. Han establecido un vínculo de intimidad delante de todos, con ese simple y nimio intercambio.

Su obscenidad no escapa a ninguno de los presentes. El señor Wallace carraspea y estira el brazo hacia su copa de vino. La señora Wallace mira el plato, empuja un trozo de pescado con los dientes del tenedor, juega con el cubierto y lo deja sin comer nada. Tom ve que están avergonzados. De la trampa que ellos mismos han puesto, y que acaba de saltar.

—¿Te gusta? ¿El pescado?

La chica alcanza el tenedor con rapidez. Arponea la carne, arranca un buen pedazo y se lo lleva a la boca. Sus labios están pálidos, secos y agrietados. Tom piensa que es por el clima; no está acostumbrada a la sequedad del campo. Ella abre la boca y se mete el pedazo dentro. Tom mira su plato y acuchilla el pescado con el tenedor.

La mesa está en silencio. Tom la oye mascar; oye el sonido delicado de sus dientes y un sonido más alto cuando traga. Todos la miran. Ella alcanza el vaso de agua y echa un trago largo para facilitar la ingesta. Luego, mira directamente al viejo y sonríe de tal

manera que los bordes de sus dientes, que son pequeños y blancos, asoman entre sus labios.

—Me gusta.

El viejo asiente y le devuelve la sonrisa.

—Thomas lo ha pescado hace un rato.

El viejo mira a su hijo. Ella sigue la mirada y se gira hacia Tom. Aún está sonriendo. Ya no tiene ningún asomo de timidez. Sus ojos son grandes y descarados. Tom los mira y las comisuras de los labios de la chica se mueven un poco más hacia arriba. Como si lo encontrara gracioso. Confuso, Tom le lanza una mirada desafiante. Después, baja la cabeza y clava el tenedor en el pescado.

—Thomas es un pescador nato. Lo lleva en la sangre.

Tom sabe que su padre se está burlando de él. El viejo le sonríe. El asiente y aparta la vista. Al viejo le divierte reírse de su propio hijo delante de unos desconocidos. No es que a Tom le importe lo que el señor Wallace, la señora Wallace y esa chica piensen de él. No le importa en absoluto.

—Thomas es un joven con muchas aptitudes.

Ahora su padre está mirando a la chica. No ha dejado de sonreír. La chica también lo está mirando a él y, a pesar de sus artimañas, corre el peligro de quedarse fascinada. Tom ya se ha dado cuenta. Su padre le dobla edad, pero los ojos de la chica se prenden en sus labios mientras él le habla con su suave Voz de barítono. El viejo roba la libertad a los caballos silvestres con esa voz. Sale de lo más profundo de su pecho, seca y suave como la seda.

A Tom le disgusta la chica, y le tiene miedo. Pero no quiere que caiga en la trampa del viejo. Tom vive en el fondo de la trampa. No hay mucho espacio, ni quiere compartir a su padre con ella. Tom lleva toda una vida viendo a la gente caer por el agujero. Nunca le ha gustado la compañía. La chica mira al viejo. Abre los ojos un poco más. Tom piensa que es demasiado tarde. Ya ha caído.

—Thomas te puede llevar a pescar. Si quieres.

—Me gustaría mucho.

La chica pronuncia las tres palabras de forma rápida y acompasada. Lo que está diciendo —el me «gustaría» y el «mucho»— no tiene nada que ver con la pesca, con Tom ni con nada de lo que se ha hablado en la mesa, nada de lo que se ha dicho en voz alta desde que llegaron a la granja en el coche.

O quizá, sí. Está directamente relacionado con lo que ha pasado desde su llegada. Porque ahora, el viejo se inclina hacia delante, mira un momento a Tom y, acto seguido, mira a la chica. El sonríe. Ella sonríe. Toda la mesa sonríe. El señor Wallace y la señora Wallace se echan hacia atrás y, por primera vez en la noche, el señor Wallace les ofrece una sonrisa ancha como la luz del sol.

Tom es el único que no sonríe. Mira fijamente a los invitados y piensa que harían mejor en ser cautos. Están encantados con su padre —sonríen y sonríen con las bocas bien abiertas—, pero deberían ser conscientes de la situación en la que se han metido. Sea cual sea la situación. Los Wallace son tontos. No están a la altura de su padre.

Al día siguiente, Tom supervisa el almacenamiento de los muebles de exterior. Durante el verano, la pradera y la terraza están salpicadas de meridianas y sofás. Hoy recogen los muebles de la pradera: señal de que el verano se da oficialmente por terminado. Es un día entero de trabajo. Los criados llevan las mesas y las sillas a la terraza. Hay que lubricar la madera y hacer las reparaciones necesarias.

Tom está en mitad del combate. Dirige a los criados. Inspecciona las labores de limpieza. Se asegura de que quiten las manchas. Y su padre se detiene a observar el proceso. Pasa una mano por un mueble. Encargó que se hiciera con el estilo de los muebles de su antiguo país. Es un recordatorio de la separación que existe entre la granja y el resto del campo, pero también es la separación en sí misma. La barrera hecha de muebles y teteras. El viejo asiente con aprobación e indica a los criados que continúen. Luego, hace un gesto a Tom para que lo siga.

Caminan por la terraza y salen al jardín. Su padre se detiene y mira a los criados que están en la terraza inclinados sobre los muebles. Dos hombres cogen una mesa y la llevan hacia la bodega.

—Buen trabajo.

Tom está contento. Es cierto que es un buen trabajo. Se ha empleado a fondo; todos se han empleado a fondo. Nota que su padre está de buen humor. Quizá, ha dormido bien. Los Wallace se fueron temprano, conscientes de que no debían abusar de su

hospitalidad. La granja vuelve a ser suya. Tom se queda junto a su padre, en lo que cree ser el destello de su aprobación.

El padre invita al hijo a sentarse. Hay dos sillas que aún no han quitado, que permanecen olvidadas en mitad de la pradera. Tom se sienta. El viejo se sienta a su lado. Cruza las piernas a la altura de los tobillos. Entrecruza las manos y se da golpecitos en los nudillos con los dedos. Top, top, top. Se sienta y observa a su hijo. No mira la tierra. No mira el río, visible al final de la pendiente, entre los árboles. Mira a Tom.

—¿Qué te parece Carine?

Tom se encoge de hombros.

—Es guapa, ¿no?

Tom contempla a su padre. No puede creer que vaya en serio con la chica, y sin embargo. Sin embargo está sentado allí, de esa forma, con su hijo, y le está diciendo que la encuentra guapa. Tom sacude la cabeza. Su padre sonríe como si lo encontrara divertido.

—¿No? Vamos, Thomas. Tienes que admitir que es guapa.

Él se vuelve a encoger de hombros.

—Eres muy exigente para ser un chico de campo.

El viejo se detiene, mirándolo con atención.

—La señora Wallace esperaba que te sintieras atraído por la chica.

Su padre lo observa. Tom lo comprende de golpe. La chica es para él. Ese era el propósito de la visita, el significado de las miradas que se lanzaban los Wallace y su padre. Tom se resiste a creerlo: se acerca con cautela a la idea porque no es habitual que el padre piense en el hijo.

Pero ¿qué piensa Tom de la chica? Se acuerda súbitamente de ella y no sabe qué pensar. Recuerda su piel pálida y sus dientes pequeños y afilados y, antes de que se dé cuenta, la chica se ha instalado en el interior de su mente. Se ha acomodado como si estuviera en casa. Tom niega con la cabeza.

—Dentro de poco, la granja será tuya.

Tom lo mira. Es la primera vez que su padre lo dice, la primera vez que lo expresa con palabras. Tom lo daba por sentado, pero no lo había oído de su boca. Ni la fecha se había insinuado de un modo tan contundente como «dentro de poco». Pero ahora, el viejo ha pronunciado las palabras y la diferencia es palpable, clara como el

día. Tom carraspea. Intenta sonreír. Le gustaría darle las gracias a su padre, pero sabe que estaría fuera de lugar. Su padre sigue hablando. Con más suavidad.

—Será tuya. Y cuando lo sea, una mujer…

El viejo se detiene un momento, como si estuviera pensando en su propio pasado, y hace una pequeña puntualización.

—… La mujer adecuada, te sería de gran ayuda.

Tom se pregunta si su padre cree que esa chica es la mujer adecuada. Sí, la mujer adecuada para cierto tipo de cosas. El recuerdo de la chica vuelve a él como una riada. La chica patalea en el interior de su mente.

—Le dije a la señora Wallace que, en mi opinión, no te opones a la idea.

El viejo se detiene otra vez.

—Creo que te gusta. ¿Me equivoco?

Ya está decidido. Tom oye la decisión en la voz de su padre. Casi es reconfortante. Durante un segundo, pensó que su padre le estaba preguntando. La idea de la chica y la idea de su elección, una elección, la elección de una mujer, se habían extendido por su cuerpo como un sarpullido. Ahora, la idea se ha esfumado y su cuerpo ha recobrado la salud. Tom asiente y contempla la pendiente que baja hasta el río. Pronto será suya.

—Llévala a pescar.

Un cortejo entre los dorados, menuda perspectiva. Tom se ha convertido en un pescador excelente que, cuando tiene un buen día, puede ganar a su padre. Es paciente y obstinado, grandes virtudes en un pescador. En cambio, su padre ve la pesca como una competición de voluntades, una cuestión de dominio y victoria. Se pica con facilidad. Tom solo quiere capturar el pez, llevarlo a casa y comérselo.

No le importa demasiado. Es un buen pescador, pero aún le dan miedo los dorados. Todo lo del animal le resulta ajeno. La boca enorme y los dientes afilados como cuchillas, más afilados que los dientes de ningún otro animal, afilados de un modo que no guarda ninguna relación con las necesidades del mundo civilizado. Las escamas son de un dorado tan brillante que a veces el color del pescado le ciega como le cegaría el brillo del sol.

La llevará a pescar. La cortejará en el río. Su padre ha tomado

una decisión. El viejo lo mira y luego se levanta y se aleja a grandes zancadas. No dice nada más. Tom permanece sentado y escucha el sonido de sus pasos en la pradera. La pradera está vacía y oye los pasos del viejo durante más tiempo de lo habitual. Es una sensación opresiva, pero también reconfortante. A Tom le disgusta estar solo.

Tom lleva a la chica a pescar, y una semana después, ya se han comprometido. No sabe cómo ha pasado. Salen de pesca y, al momento siguiente, el señor Wallace y la señora Wallace están con su padre en la terraza. Se descorchan botellas de champán, se brinda y, en medio de todo, la chica. Lleva el anillo que el viejo le ha dado a Tom para que se lo dé. Es el anillo de su madre: el talismán de un contrato fallido.

Sin embargo, durante la semana posterior al compromiso, Tom se vuelve dolorosamente consciente de la existencia de la chica. Su presencia le provoca jaquecas; no puede pensar con claridad, tiene que tumbarse. Piensa en ella de este modo: imagina que está tumbado a su lado. Cree que está enamorado de ella. De ese trozo de tierra que pronto será suyo. Es pequeño, metro y medio de altura y apenas cincuenta kilos de peso, pero será suyo para hacer con él lo que desee. Un terreno que Tom llevará a su cama cuando quiera, para hacer con él lo que quiera, y que mantendrá cerca a él.

Un hombre siente algo por sus propiedades. Y Tom no ha sido dueño de nada en toda su vida. Así que corre el peligro de dejarse llevar, si no fuera porque es un hombre flemático y cauteloso a la vez. No sabe cómo perder la cabeza. Es consciente de que ella es perfectamente capaz de cuidar de sí misma. Cae de pie, como un gato cuando lo lanzan por la ventana, ágil de mente y de cuerpo. Pero entonces llega ella; se planta a su lado, a su espalda, acariciándole el codo y la mano con la tela del vestido, y es difícil no sentir lo que siente. Su cabello le roza el hombro y, de nuevo, vuelve a sentir lo que siente.

Ahora bien, esto hay que decirlo: Tom puede sentir y sentir, pero el apareamiento, que ya es oficial, está lejos de haberse consumado. Apenas ha tocado a la chica. Es más que consciente de ese hecho. Hubo un beso torpe (torpe, ¿por parte de quién?). Tom no está seguro, pero sospecha que fue por su parte, delante de su

padre y de los Wallace; justo en el momento de las botellas de champán y los brindis. Y desde entonces, poco más. Le ha tocado la mano, pero no se la ha cogido. Le ha tocado la parte baja de la espalda, pero solo una vez.

Ella es fría y dura, como el mármol o cualquier otra piedra. Tom le toca el cuello y la chica se aprieta contra su mano. Solo durante un segundo. La carne no reacciona. Es como si no la estuviera tocando, como si la frialdad de la chica borrara su mano. Así que aparta la mano. Tom admite que no sabe acercarse a ella. No se parece a las otras. Aunque, a decir verdad, no ha habido otras. Tom no sabe nada de mujeres.

Entre tanto, los Wallace están en la granja todo el tiempo, con toda su urbanidad. Llegan por la tarde a tomar el té. Se quedan a cenar después del té. Últimamente, la casa solo está vacía por las mañanas. El padre de Tom tolera la compañía. Ha encontrado pareja para su hijo. El cambio de rutina es un precio pequeño ante eso. Tom sabe que a su padre no le gustan los Wallace. A él tampoco le gustan. Se sientan en las sillas como si ya les pertenecieran, mirando la plata, comiéndose la comida.

Al final, se pone freno a su expansión. No se va a permitir que los Wallace se tomen demasiadas libertades en la granja. La señora Wallace se atreve a pedir a Celeste que prepare un plato específico para la cena. «El cordero que tomamos la semana pasada. ¿Podría prepararlo esta noche?». Como si ya fuera la señora de la casa. Y el viejo se ve obligado a echarlos. Los Wallace no vuelven a la granja ese día ni al siguiente. Tampoco la chica. Tom la echa de menos. Su padre los llama por teléfono y les ordena que envíen a la chica a tomar el té.

La chica llega sola. Se ha puesto un vestido nuevo, de color amarillo brillante con un estampado de flores. Dubitativa, sube a la terraza y Tom se acerca a saludarla. Ella le dice que ya ha estrechado dos veces el vestido. Está encogiendo, está perdiendo peso. Dice que es el calor, la comida. Allí no encuentra la comida a la que está acostumbrada. La chica sonríe y se encoge de hombros. Tom no sabe qué decir. Es cierto que tiene un color afiebrado. Están solos por primera vez desde que se prometieron.

Con cuidado, ella le pone la mano en el brazo. Aún sonríe. Tom la mira y no se mueve. Ella aprieta un poco más. Empieza a acercar

su cuerpo al de él. O, al menos, Tom cree que se está acercando, porque no está seguro. Y siente pánico. ¿Qué querrá? ¿Qué espera? El pánico crece y él aparta su mano de forma abrupta.

La chica no parece especialmente sorprendida. Sonríe, deja de mirarlo y se alisa la parte delantera del vestido. Tom admira la mano que sube por la tela y, a continuación, baja. Tom echa en falta a su padre, que sabría qué hacer. La chica sigue alisándose la falda y frunce un poco el ceño. Quita un pelo invisible, lo sostiene entre sus dedos y lo tira al suelo.

Tom le dice que va a buscar a su padre. Ella se queda en silencio durante un instante y, cuando él se da la vuelta, le pide que no lo haga. Su voz sube y después se quiebra. Le está pidiendo que no vaya a buscarlo. Se miran a los ojos. Ella avanza y le pone una mano en el pecho. Tom mira la mano; es pequeña y no está particularmente limpia. De repente, él da un paso atrás.

—¿Quieres beber algo?

—Sí. Claro.

—¿Qué te apetece?

—Ginebra.

El asiente y se acerca al carrito de las bebidas. Ginebra, por primera vez, ginebra. Hasta entonces, solo ha tomado agua y zumo. Tom siente el deseo de huir. El aire de la terraza se ha cargado con el aroma de la chica, con su contacto translúcido. No puede pensar. Alcanza un vaso.

—¿Cómo quieres la ginebra?

—Sola. Con hielo.

Él asiente. Sirve la ginebra. La chica se ha sentado. Él le da la copa. Ella la coge de su mano y aparta la mirada. Él se sienta enfrente y cruza las piernas. Es consciente de que ha fracasado. La chica ni siquiera lo va a mirar. Es lo que hay. Han pasado dos semanas desde que su padre le preguntó si la encontraba guapa. Ahora, la chica está allí, en la casa, y él de alguna manera se pregunta qué puede hacer para que se marche.

Dice que irá a buscar a su padre y, esta vez, ella le deja ir. Mueve la mano en el aire como para demostrarle lo poco que le importa. Por ella, como si se ahorca; es lo que viene a decir. La ocultación no forma parte de su juego presente, sea cual sea el juego al que están jugando. Ella ajusta las piernas con picardía, seda

rozando la seda, y no lo mira cuando él se va.

Tom encuentra a su padre en la parte delantera de la casa. Acaba de volver de examinar las estructuras de la piscifactoría. Lleva ropa de trabajo, y la camisa abierta expone su fornido pecho. Tom le dice que la chica está allí. El asiente y le pregunta por qué no está con ella. Antes de que Tom responda, el viejo se aleja por el vestíbulo a grandes zancadas, dejando marcas de barro en el suelo.

Tom se dice que hablará con Jose para que limpie las marcas. Ahora, de inmediato. Mientras sean fáciles de limpiar. Se vuelve y sale en busca de Jose. Camina por la casa con prisa, buscándolo. Lo encuentra al fin, en la parte de atrás, y le susurra las instrucciones. Sobre el barro. En la entrada. Luego, regresa a la terraza.

La chica está de pie, apoyada en la barandilla, con el vestido al viento. No se gira al oír los pasos de Tom. Él se detiene en la puerta. Su padre está junto al carrito de las bebidas. Sirve con mano firme. Alcanza la bebida de la chica, que está en la mesa, y se la ofrece. Ella la toma y asiente. El viejo no la mira. Se queda a su lado y toma posesión de lo que la chica observa. Toma posesión de su espacio. Al final, ella se vuelve hacia él.

Tom observa desde la puerta. Observa con atención, desde la oscuridad. Y luego se marcha. Se va a comprobar que Jose ha limpiado el barro y que se ha preparado cena para tres. Cuando le pregunta, Jose ni siquiera tiene la cortesía de parecer sorprendido. Se limita a decir que la mesa ya está preparada.

Durante las tres semanas siguientes, su padre se acuesta con ella todas las noches. Un indígena lleva dos baúles de la chica a la casa. Los Wallace no aparecen. Su padre ha llegado a algún tipo de acuerdo con ellos; obviamente, ha llegado a algún tipo de acuerdo. Es cierto que la chica no tiene reputación que perder, y también es cierto que la situación no es necesariamente tan terrible. Tom y ella están prometidos. La chica tiene un sitio en la granja mientras recupera la salud y, por otra parte, necesita acostumbrarse a la vida en el valle.

Esta es distinta. Distinta de lo que ella conoce y no tan distinta en realidad. Porque ya ha encontrado su camino. Es una chica que cae de pie. Tom camina por la casa y hace lo posible por evitarla.

Por supuesto, se topa con ella en cada esquina. Ella pasea por los corredores en un estado de desnudez creciente. Una cinta para el pelo que se ha desatado, una tira que se ha soltado. Y se vuelve peor, mucho peor, hasta que se empieza a arrastrar de sala en sala, tendiéndose en sillas y sofás sin más prenda que una excusa de bata. A veces, ni siquiera lleva eso. A veces solo lleva un salto de cama, y Tom jura que es peor que si estuviera desnuda.

Es como una zorra en celo. Tiene el mismo olor que los animales durante la estación de apareamiento, cuando corren por las tierras con los ojos desorbitados, enfermos y borrachos de deseo. Hay que encerrar a los perros cuando se ponen así. Es lo único que funciona. Y deberían hacer lo mismo con la chica, pero ya es demasiado tarde. La fiebre se ha instalado. En todos ellos, en las paredes de la casa.

Pronto, en cuestión de días, la chica encuentra el armario de la madre de Tom. Pieles, vestidos de seda y prendas mucho más caras que las que llevaba cuando llegó a la granja. Ya no hay noche que no se ponga elegante para cenar. Elige un vestido de *chiffon*, se aprieta un cinturón con borlas. Las delicadas telas, de colores intensos, son de un corte que es sinónimo de calidad. Tom tiene ojo para ese tipo de cosas. En general, es una habilidad inútil; pero ahora la pone en práctica.

La observa cada noche y tarda poco en darse cuenta de que se ha empezado a poner joyas, diamantes y esmeraldas que cuelgan de su cuello y de sus finas muñecas y se entrelazan con su pelo. Llega con broches de concha y anillos de zafiros. Prácticamente resplandece cuando baja a cenar; es una aparición espectral y brillante con las ropas de la madre de Tom. Hay diferencias ostensibles entre las dos mujeres; pero el hijo se da cuenta de que su padre no aparta los ojos de la chica.

Ahora, su padre la acompaña a la mesa todas las noches. Ella se sienta entre Tom y el viejo. Tom, en un extremo de la mesa; su padre, en el otro extremo, y la chica, entre los dos. Pero la chica se quedará con el lugar de Tom. En poco tiempo, se sentará frente al viejo y presidirá la mesa con sus aires y modales nuevos. Ya está interpretando el papel de señora de la casa, y lo hace sorprendentemente bien.

Cada noche, Tom recorre los pasillos y hay una pesadilla de

sonidos que surgen del dormitorio de su padre. Gemidos empalagosos y golpes en la noche. Ruidos de succión y gritos animales. El material de las pesadillas que Tom recuerda de su infancia. Y se detiene ante la puerta de su padre. O baja la cabeza y escucha. Es un ruido intenso; la casa y todas sus habitaciones están llenas de objetos como escritorios, alfombras y sofás, pero el ruido le llega como si el edificio estuviera vacío.

Nunca sabe si tendrá fuerzas para mirar a la chica a la mañana siguiente, pero siempre las tiene. Todas las mañanas, ella aparece con expresión petulante y repentinamente bien alimentada. Como si la hubieran rellenado. Por ejemplo. Tom entiende algunas cosas de la situación. Que tenía el papel de tonto desde el principio. Que todo esto formaba parte del plan desde el primer día. Que es lógico que lo miren con desprecio. Está seguro de que, ahora mismo, desde la humedad de su cama, se están riendo de él.

Su padre sabe lo que hace. La piel de Tom se llena de escamas por primera vez en muchos años. Es una erupción grave. Le pica tanto que no puede dormir, así que patrulla la casa y se rasca las manos durante horas. No se acuesta hasta que sale el sol. Su dormitorio está muy lejos del dormitorio de su padre, al otro lado del edificio. Hay docenas de metros de distancia. Pero se acuesta y los sonidos lo persiguen hasta que se queda dormido. Lo oye todo: los golpes misteriosos; los suspiros y gemidos; los gritos altos, muy altos.

3

Al otro lado de la frontera hay una montaña; y una mañana, la montaña estalla. Primero se oye una explosión tremenda. No es una explosión hueca, sino atiborrada de ruido. Los indígenas salen de sus viviendas. Están fuera, mirando y escuchando, cuando la explosión se repite y se disuelve en un temblor. Están en guardia cuando la cumbre de la montaña se abre y arroja fuego.

No habían visto nada parecido. La violencia de los hombres la entienden bien, pero no saben qué pensar sobre la violencia de la tierra —la montaña que ahora escupe sus entrañas entre arcadas— ni cómo entenderla. Una nube gigante de humo asciende y cubre el cielo. Varios rayos restallan en la nube, en cuyo centro se forma una columna de color rojo y naranja. El fuego se vierte directamente en el cielo y lo llena.

Las explosiones siguientes se sienten desde el otro lado de la frontera. El suelo tiembla bajo los pies de los indígenas. Alzan los brazos. Intentan mantener el equilibrio. Las explosiones se suceden con rapidez y el cielo se ha puesto morado, naranja, gris y blanco. Observan. Con manos temblorosas. Se arrodillan en el suelo —los temblores los empujan al suelo— y rezan. Hasta los que no tienen religión.

El volcán está cuatro días en erupción. En la oscuridad y el caos de los cuatro días, los granjeros rompen con sus rutinas. Se olvidan de alimentar al ganado y luego lo alimentan de noche, a horas extrañas. Los animales mugen de miedo. Corren en estampida por la propiedad, se apiñan y vuelven a salir en estampida. Además, cagan todo el tiempo. Flujos de mierda que brotan de sus cuerpos mientras braman y resoplan.

Los indígenas reciben la orden de calmar a las reses. Se meten

entre los cuerpos pegados de los animales. Pisan los suaves montones de mierda, que a veces les llegan a los tobillos y, a veces, a las pantorrillas. Acarician, tranquilizan y hablan con dulzura, pero sin apartar la vista del cielo. Se preguntan si durará eternamente, si no terminará jamás. Los animales notan su inquietud y no se calman.

Al cabo de cuatro días, las contracciones de la montaña se ralentizan. La nube no se disipa hasta dos días después, cuando se empiezan a ver asomos de cielo. La luz del sol ha vuelto. Las contracciones se ralentizan un poco más y, a continuación, se detienen. Los animales están tranquilos, y tanto los indígenas como los granjeros lo interpretan como una buena señal, pero siguen dudando del cielo y del sol. Cuatro días y ya no se acuerdan de la vida que tenían antes.

La montaña ha estado en silencio durante mil años. No sabían que pudiera estallar. Los educaron para preocuparse por otras cosas. Los saqueos del colonialismo. El apocalipsis de fabricación humana, el desastre nuclear, del que han oído historias y han visto fotografías. La suya no es una educación para el valle, y los nativos son particularmente propensos a las supersticiones modernas. Se preocupan por su piel y por su pelo, y se preguntan si caerán muertos diez años después, por una especie de reacción retardada.

Interpretan las señales incorrectas. Las correctas no tienen nada que ver con la historia o la cultura. Dos días antes de la erupción, las serpientes huyeron de la montaña. Se deslizaron, se dejaron caer al río y se ahogaron. Horas después, estaban clavadas en el cieno del río. Tiesas y retorcidas como ramas, rígidas en la muerte.

La noticia de las serpientes se extendió con lentitud. Los aldeanos del país vecino estaban demasiado ocupados con la recolección de serpientes muertas, que cogían con la mano y metían en cestas para echarlas después al fuego, como madera. Estaban demasiado ocupados, así que el volcán llegó al valle antes de que la noticia de las serpientes bajara de la montaña.

La noticia de las serpientes llegó con las cenizas. Las cenizas y el cielo que se iba aclarando poco a poco.

Las cenizas llegan al octavo día. Durante cuatro días no había

pasado nada. La montaña solo había escupido una bolsa o dos de humo negro. La tierra permanece inmóvil. Pero entonces, llega la ceniza.

Se arrastra por la frontera y entra en el país. Entra de noche, furtiva. Los granjeros del valle se despiertan y encuentran una densa capa gris en el cielo y en el aire. Están perplejos. Es como la nieve, pero sigue caliente por fuera, y los copos grises son tan increíblemente finos que casi no se ven, son casi imperceptibles. Como una niebla seca. Seca al contacto y omnipresente en el aire. Cubre su piel cuando alzan las manos hacia los copos.

A mediodía, el valle está oculto bajo una tormenta de ceniza. Los niños y los tontos de la zona se ponen sus bañadores y sus gafas para nadar y corren a través de la ceniza. Intentan hacer bolas con la ceniza. Las bolas de ceniza se les deshacen entre las manos, así que se lanzan puñados de tierra. Corren por los campos, resbalan y tosen. En algunos sitios, la ceniza les llega a la cintura. Ríen como necios, desquiciadas sus mentes.

La ceniza sigue cayendo y la capa se hace más alta. No se congela en bloques. No se derrite de ningún modo. Solo se acumula. Ciega carreteras y senderos. Los vehículos a motor se ahogan y mueren. Las ruedas de las bicicletas no giran. La gente intenta despejar caminos, pero la ceniza insiste en caer. Les llega a la cintura, al cuello. Dos niños se hunden en la ceniza y nadie los encuentra.

Tras dos días, la lluvia de ceniza concede un breve respiro y los hombres salen al campo. Una vez más, intentan despejar los caminos. Llenan carretillas y se las llevan, en un esfuerzo por poner un poco de orden. Pero la tormenta vuelve, la capa de ceniza crece y los hombres se retiran. Desde las casas, las ventanas solo muestran una extensión gris sin cielo ni tierra.

La gente cierra las ventanas y se rinde; se parapeta en sus hogares y contempla el crecimiento del horizonte de ceniza que escala por las paredes.

Una semana más tarde, la tormenta amaina. Los granjeros y los indígenas salen al paisaje monocromo. A lo que antes era su hogar, a todo lo que conocen. Llevan pañuelos y máscaras de gas para protegerse de los remolinos de ceniza, de sus partículas persistentes y diminutas. Luego, se embarcan en la tarea de salvar al paisaje de

la ceniza. Cavan como en un yacimiento arqueológico: la prueba de sus vidas.

Lo verdaderamente milagroso es que tantos animales hayan sobrevivido. Los más clarividentes los llevaron a los establos. Dejaron a un indígena para que los acompañara durante la tormenta. Para que los alimentara cada día. Que los esquivaba cuando corcoveaban y se ponían nerviosos. Por fin, la ceniza deja de caer y la gente suelta el ganado en la planicie gris. Sus patas se doblan y sus rodillas muerden el polvo. Pero siguen adelante, retoman su paso y desaparecen por los campos.

El día en que la montaña estalló, el viejo dio una fiesta en la granja. Entre los blancos, por todo el valle, había un sentimiento de hilaridad. La chica dijo que necesitaban compañía y, a continuación, se extendió la noticia. Se encargó la cena y se rellenó el carrito de las bebidas. Los vecinos blancos, los que se habían quedado y no tenían miedo de viajar, llegaron al anochecer. Jose sirvió las copas en la terraza.

Los hombres llegaron sin sus esposas, porque no era una ocasión apropiada para que las esposas viajaran. De pie con la copa en la mano, admiraban las vistas. En general, el viejo no confraternizaba con esos pequeños propietarios. Esos blancos eran dueños de pequeños terrenos, y por ello los tenían por unos codiciosos. Habían sobrevivido a base de fuerza bruta y astucia, y empezaban a asomar la cabeza con los cambios que se estaban produciendo en la provincia.

Eran hombres apropiados para esta nueva época de violencia. Era gente informal y flexible, con fama de ser brutal. En sus granjas había peleas, palizas y tiroteos. El viejo decía que eran individuos que no comprendían los límites del comportamiento. Pero a la chica le gustaba socializar y ellos eran lo único parecido a una sociedad que quedaba en el valle. Por eso los habían invitado a la granja.

Casi fue una reunión como en los viejos tiempos, antes de que los primeros se marcharan y del malestar, antes de los rumores sobre una posible rebelión. Hubo velas y copas de cristal. Ante ellos, se abría una vasta extensión de tierra. Sin embargo, los hombres estaban tensos. Se quedaban en la terraza y contemplaban el

estallido de la montaña. Hablaban entre ellos; pero, sobre todo, bebían con inquietud. Empezaron con cócteles y continuaron con el vino de la cena. Tras la cena, se sirvieron oporto y licores.

La chica puso discos de *jazz* en el gramófono y se dedicó a observar cómo los nerviosos hombres se emborrachaban. La escena se convirtió en una imitación de la vida en su hogar natal. Una pobre imitación, de negros y grises desdibujándose en blanco. Hubo una parte de actuación, aunque imprecisa. La chica sonrió cuando los hombres brindaron por la montaña. Volvió a sonreír cuando el viejo les llevó una caja de puros y los hombres brindaron por los puros.

Jose les rellenaba las copas. La noche avanzaba. Los hombres estaban borrachos, pero no habían perdido el control. Ella, tampoco. No tenía intención de ser imprudente. Se levantó y caminó por la terraza. No llevaba mucha ropa. Tom admiró su cuerpo, apenas oculto por el vestido (un vestido de su madre), y sintió una tensión en la garganta y en la entrepierna. Ella notó que la estaba mirando y se dirigió hacia el viejo. Se sentó junto a él, en un taburete.

A la mañana siguiente, los hombres seguían en la terraza. Se habían dormido en los sillones. El viejo pidió comida para todos. Los hombres le dieron las gracias sin levantarse y sin considerar la posibilidad de abandonar la granja. A mediodía, el cielo seguía oscuro y atravesado de fuego. Caían rayos una y otra vez. Podían ver ríos de lava y una capa cada vez más grande de humo.

Los hombres no se movían de la casa del viejo, y contemplaban la montaña. Jose separó la línea de sillones y volvió con el carrito de las bebidas y con bandejas de comida fría. Los hombres comieron y bebieron. El aire se había cargado de una permisividad nueva, que los hombres inhalaron sin tapujos. Hacía calor, así que se soltaron y se desabrocharon las camisas. No hablaban demasiado. Uno de ellos dijo que los caminos parecían bastante seguros y que podían llamar a sus esposas para que fueran a cenar. Usó el teléfono para llamar a su granja y la voz se extendió.

Aquel día había ocho hombres en la terraza y los ocho se quedaron a dormir. Al anochecer, sus esposas empezaron a llegar en vehículos conducidos por indígenas. Era una ocasión especial y se habían vestido de forma acorde, con prendas de satén y pañoletas

para protegerse del frescor nocturno. Con las mujeres, volvió el nervioso ambiente de privilegio. Los hombres brindaron por ese privilegio y se dedicaron a emborracharse.

Tras la cena, se volvió a encender el gramófono y hubo baile y más bebidas. Entonces bajó la chica. Había estado todo el día en su habitación, adonde se enviaron bandejas de comida y un flujo interminable de té, pero ahora regresaba. Llevaba un vestido nuevo y se había arreglado el pelo de tal manera que sus mechones parecían a punto de caer, pero no caían. Llevaba colorete en las mejillas, carmín rojo en los labios y kohl en los ojos. Olía mucho a colonia.

Ni siquiera era la mujer más bella de la terraza. Pero serpenteaba entre la gente, se había envalentonado la noche anterior y, por otra parte, hay otras cosas además de la belleza. Por ejemplo, el deseo borracho de los hombres. Que empapaba la terraza. La chica, que se había portado tan bien, ahora estaba inquieta. La presencia de las mujeres había espoleado su instinto de competición. En consecuencia, caminó por la terraza y se las arregló para que las otras mujeres se apartaran de su camino. Sus puntillas, galones y polvos de tocador no les sirvieron de nada.

De repente, el viejo se levantó y anunció que se retiraba a dormir. No tenía ni idea de lo que iba a pasar, algo imposible de imaginar desde su arrogancia. Los otros hombres asintieron y lo siguieron con la vista hasta que el viejo desapareció. De sus axilas ascendía un hedor agrio. No habían ido más allá de lavarse la cara y el cuello en el servicio. Su ropa olía a alcohol y a moho animal. Empezaban a olvidar dónde estaban y a sentirse como en casa.

Mala señal. El gramófono seguía sonando. La chica bailó por toda la terraza. Los hombres la miraban con malas intenciones y las mujeres, también. La chica no prestó atención a los hombres, pero sí a las mujeres. Soltó una carcajada. Como nunca había tenido esposo, tampoco había experimentado el temor a perderlo. Estaba un poco borracha. Una de las mujeres se levantó bruscamente y cruzó la terraza.

Las otras mujeres la siguieron. No se quedarían allí, sentadas, mientras sus maridos devoraban a la chica con los ojos. Conocían los pensamientos de sus maridos. Llevaban toda una vida con ellos y sabían de lo que eran capaces. Estaban indignadas, pero su

indignación era un disfraz: iban a pasar cosas que no estaban interesadas en ver. Mientras se alejaban, pensaron que ya se habían quedado demasiado tiempo.

Los hombres se quedaron a solas con la chica, y ella les hizo un número especial para celebrar su victoria. La terraza se llenó de carcajadas. La chica subió el volumen del gramófono y dijo algo sobre puros. Un hombre localizó la caja y el encendedor. La chica pasó la caja y los hombres encendieron sus respectivos puros, que echaron llama y humo mientras ellos la observaban. Había dejado de bailar y se frotaba las muñecas contra la cadera, sonriendo.

El disco del gramófono se detuvo. Los hombres fumaban sus puros en silencio, sin dejar de mirarla. El día anterior, durante las presentaciones, la chica se había mantenido entre el viejo y su hijo, constantemente sonrojada. Los hombres no sabían qué pensar. Parecía una chica sencilla, pero lo que había entre padre e hijo no era nada sencillo. Era algo más que rivalidad. Durante un rato no lo entendieron.

Pero ahora su desconcierto había desaparecido y veían a la chica como lo que era: una fuente de inquietud y confusión. La chica era una mujer. Era un cuerpo, solo un cuerpo, y, evidentemente, bien formado. Con todas sus partes en funcionamiento. El hombro, el cuello, las piernas, la cintura, la espalda. (La chica también disfrutaba de su cuerpo. Tenía fe en él. Era duro como la roca e impenetrable, y hasta ese momento le había hecho un buen servicio). La chica se quedó de pie delante de los hombres. Uno se levantó, se acercó a ella y le puso una mano en el hombro. La chica sonrió. Suavemente, él le bajó una tira del vestido y, a continuación, la otra. Se las bajó como si no tuviera importancia. Luego, le puso una mano bajo la barbilla y la miró a la cara. La chica seguía sonriendo. El hombre dio un paso atrás y contempló el resultado de su obra.

La duda se dibujó en el rostro de la chica. Si hubiera habido alguien allí, lo habría notado. Pero no había nadie, en ese sentido la terraza estaba vacía. Así que la duda permaneció en su cara. La duda sobre lo que iba a pasar. Seguía en su rostro cuando se quitó un zapato y después otro (le apretaban, le hacían daño, ya no los soportaba ni un segundo más). Seguía en su rostro cuando los zapatos rebotaron en el suelo y se detuvieron.

Los hombres miraron los zapatos. Eran minúsculos. Cosas minúsculas de cuero y satén. Había lógica en aquellos zapatos. Calidad y todo eso. Normas. Convenciones. Todo lo que en ese momento, sentados en los sillones, admirando a la chica, se les escapaba. La propia idea de ser civilizados. Miraron los zapatos y, a continuación, alzaron la vista y la miraron a ella.

Y es que no lo estaba pasando muy bien y, por lo tanto, mantuvo la cabeza alta y la espalda rígida. Era consciente del frío de las baldosas bajo sus pies desnudos. De las ráfagas de viento en sus axilas. El vestido colgaba ahora de sus pezones. Eran lo único que se interponía entre el decoro y la desnudez, y tuvo suerte de que estuvieran espectacularmente erectos. Sus pezones eran muy llamativos. Siempre lo habían sido.

Ella rio. La risa sonó histérica en el silencio, así que se detuvo, con la boca seca. A decir verdad, el sentido del humor la había abandonado. Tenía muchas cosas de las que reírse, pero ya no se estaba riendo. El humor estaba allí; podía imaginar las bromas y las ocurrencias. Una mujer de pie, delante de un hombre que habría sido un buen objeto de risa. Pero no estaba para risas. Se estremeció, aunque hacía calor.

Había llegado al campo el mes anterior y se había dado cuenta de que allí no había nada que no pudiera controlar; nada al margen del árido aire. Le habían advertido que era un lugar peligroso y que se estaba volviendo más peligroso, pero ya había sobrevivido a los salones de su casa. Su hogar era un territorio hostil, donde la crueldad se mostraba entre la porcelana y las sedas. Casi se sintió aliviada ante las extensiones estériles del campo. No había pensado —no pensó— que el paisaje pudiera cambiar a los hombres.

Pero ahora estaba allí y, por primera vez, notó que aquello era diferente, algo que no podía calcular, algo que no entendía. Más tarde, recordaría ese momento y se daría cuenta de que podría haber hecho cien cosas distintas, en ese momento como en cualquier otro momento, en ese momento, que era un momento más. Pero la mente se le quedó en blanco. Pequeña, dura y en blanco. Como un guijarro. Su mente era un guijarro. Nada se adhería a su superficie.

Así que hizo lo que de costumbre. Cuando la mente se le quedaba en blanco, cuando la enfermedad se declaraba, cuando la piel le empezaba a quemar y a picar. Lo que de costumbre, el único poder de una mujer. Se quitó la ropa. Alzó las manos y soltó el corchete. Se bajó la cremallera del vestido, de aquel vestido astutamente diseñado, la más cara de sus posesiones.

Iba a pasar de todas formas, de modo que optó por tomar la iniciativa. No era fatalista, pero la cremallera bajó sin protesta alguna y el vestido se le quedó colgando de la cintura. Quitarte la ropa es fácil. Lo difícil es volver a ponértela. Mira. Se había quedado en paños menores, y no estaban limpios. Pero no le importó. Podía cantar una canción y nadie se daría cuenta. A los niños se les tiene que ver, pero no se les tiene que oír. Un dicho que se refería estrictamente a las niñas, las niñas que iban a convertirse en damas.

No es que ella fuera una dama. Era, sin embargo, un producto de su sociedad. Ya casi no podía pensar, entender. Se lo impedía la humedad creciente entre sus piernas y la esclavitud del deseo físico. No en vano, una mujer siente el peso de la mirada de un hombre, le gusta que la deseen, y allí había varios hombres, todo un grupo. Y, hasta donde ella sabía, podían ver la humedad.

Suspiró e intentó mantener la cabeza alta. Pensó en el deseo y en los errores que se cometían cuando afloraba. Había cometido muchos, cada uno peor que el anterior. El deseo era lo que acosaba a las mujeres, el obstáculo con el que tropezaban. Pensó: una mujer debe buscar tierras secas. Librarse del deseo de una vez. Pero de ahí no salía nada bueno, nada limpio. La sequedad se pegaba a tu alrededor y te volvía inútil, un objeto que acumula polvo. A los hombres no les gustaban las mujeres que buscaban tierras secas. Preferían a las que no las buscaban. Era una lógica deprimente, pero incontestable.

Aunque, al mismo tiempo, los hombres cogían lo que podían. Siempre. Uno de ellos se levantó. La chica alzó la cabeza para mirarlo. Era feo, no valía nada como hombre. Se movió despacio, con las manos extendidas hacia delante. Como si la tomara por un conejo o un animal rabioso. Ella miró y vio el destello en sus ojos. Su cuerpo se relajó levemente. Al fin y al cabo, eran hombres. Al fin y al cabo, eran iguales. Sonrió, vio que la expresión del hombre se

endurecía y la sonrisa se le murió en los labios.

Aguantó la ráfaga de hambre que surgía del cuerpo del hombre y el odio que nacía en su mirada. Odio por ella, en calidad de mujer. Y tuvo miedo. El pánico se extendió por su cuerpo y le hizo cambiar de opinión. Una mujer puede cambiar de opinión, se dijo. Una mujer puede estar húmeda entre las piernas y soltarse el vestido y, no obstante, tener derecho a cambiar de opinión. ¿O no? ¿No era eso lo que decían?

Comprendió que la situación se le estaba escapando de las manos. Trastabilló e intentó calcular sus posibilidades. Podía llamar al viejo. Le tenían miedo. Pero eso podía jugar en su favor o en su contra; más bien en su contra. La chica había visto el resentimiento en las caras de los hombres. Un resentimiento acumulado a lo largo del tiempo y cuidadosamente fortificado. Ladrillo a ladrillo, y luego la pared se derrumbaba y aplastaba al que estuviera delante, por estupidez o mala suerte.

Se había ganado un espacio en la granja, un buen espacio. Pero ahora se estaba convirtiendo en barro, y más deprisa de lo que habría creído posible. No era el destino, no era inevitable, pero era lo que iba a pasar. Ahora el hombre estaba de pie frente a ella. Pasó los ojos por su cuerpo y, después, la miró a la cara. Su interés se parecía más a un nudo que a la atracción física. Su deseo estaba atrapado en cosas complejas. Como el poder, la vergüenza y el miedo. Y ella pensó: no somos tan distintos. Te conozco. Compartimos mucho.

Pero no se convenció ni a sí misma. La mirada del hombre pasó a su cuello y a su espalda, y su cuerpo la siguió, dando la vuelta, hasta que se detuvo detrás. Ella cerró los ojos y él la cogió del cuello con fuerza. Con la otra mano, tiró de ella para pegarla a su cuerpo. La agarró del cuello y le quitó la ropa de un tirón. Sus prendas se quedaron en el suelo, como echando raíces. Le metió un dedo. Le dio un azote con la mano bien abierta. Uno duro, no cariñoso, no afectuoso. Ella soltó un grito ahogado y se estremeció de dolor. Se dijo: no lo va a hacer aquí, delante de todos. No lo va a hacer así.

El hombre se desabrochó los pantalones y la penetró, pero estaba húmeda, así que no fue una violación. Eso no le dio a él ni más placer ni menos placer, ni un placer distinto al que buscaba. Lo

cual fue un punto para la chica. Solo uno, pero quién estaba contando, te agarras a cualquier cosa cuando intentas mantener la cordura. La llamaba puta, zorra, cosas que ya había oído antes. Nada nuevo bajo el sol; nada que le pudiera decir o enseñar. Con ese idiota acometiendo. Como un perro, un cerdo o una rata. Y también rápido como un perro, y ya le tocaba al siguiente.

De modo que iba a ser así. Terminaría escocida, pero tenía sus pastillas. Todo un bote de pastillas en la mesita de noche del dormitorio. Uno de los hombres le pegó una bofetada y la tiró al suelo. Ella se concentró en las pastillas. Tendría que haber llevado la cuenta. Cuántas pastillas y cuántos hombres. Por si en los números se había ocultado una equivalencia. Antes de empezar aquello, que ya le parecía como si hubiera empezado un siglo antes.

¿Iban a participar todos? ¿Iban a hacer cola por turnos para darle un mamporro y clavársela? ¿O era posible que algunos se hubieran marchado, asustados por lo que querían ver y por lo que recordarían durante las semanas posteriores, por lo que casi habían visto y habían hecho? La chica intentó llevar la cuenta. Separó su mente de las cosas, que empezaban a ser desagradables. El deseo te abandonaba y entonces empezaba el fornicio. Podías desconectar, pero no había nada como el dolor para devolverte a la realidad.

No es que quisiera que pararan. No era capaz de pensar con tanta claridad. No podía pensar en nada que estuviera más allá de su situación presente. Ya no podía ni imaginar lo que pasaría después.

Por hablar en su favor; no esperaba que la salvaran. No esperaba oír el grito de un hombre que se acercara para salvarla de otros hombres. (Habría sido impropio de ella. Creía que, cuando un hombre salvaba a una mujer, solo estaba salvando una idea de sí mismo. Un hombre no era sino un continente de ideas. En cambio, una mujer vivía en un terreno cambiante y, por lo tanto, se podía colar fácilmente entre las grietas. Se lo habían advertido desde la infancia. No podía decir que no se lo hubieran advertido).

No hubo sonidos de pasos. No hubo portazos. No hubo ira. Nada se detuvo. Siguió adelante. Lo que un cuerpo puede soportar es siempre más de lo que un cuerpo puede soportar hasta que no soporta más; hasta que dice basta. El cuerpo de la chica sobrepasó ese punto y ella ni se enteró. Su cabeza se había desconectado de su

cuerpo y flotaba en el espacio. Sus brazos y sus piernas fueron lo siguiente, y luego solo quedó su torso. Se había olvidado de su torso; se lo había dejado atrás. Con la manada de lobos pisándole los talones. Soltándole dentelladas y después mordiendo, y después comiendo, y, después, ella ya había desaparecido.

Afuera, el fuego decapitó a la montaña. La nube de humo cubrió el cielo. Ninguno de los hombres de la terraza miró la montaña. Estaban ocupados con otras cosas.

4

Por la mañana, cinco hombres se marcharon y tres se quedaron. Los cinco que se marcharon, se levantaron temprano. Se vistieron al alba y bajaron entre susurros, moviéndose en silencio, de puntillas y en calcetines. Encontraron al viejo en la mesa de la terraza, desayunando. Al fondo, el volcán seguía de un color naranja eléctrico y el cielo seguía negro.

Se acercaron a la mesa con las botas en la mano y le dijeron que se iban, que tenían que atender sus negocios. El viejo asintió. Ellos le dieron las gracias por su hospitalidad. Él los invitó a desayunar, aunque fue evidente que no lo decía en serio. Ellos rechazaron la oferta. El viejo asintió y siguió con el periódico. Las noticias tardaban en llegar al valle; los periódicos llegaban a la granja con una semana de retraso. Los cinco hombres se pusieron las botas y bajaron los escalones de la terraza en silencio. Cuando llegaron al camino, se relajaron. Algo más adelante, uno empezó a silbar. Era una canción de las que habían sonado en el gramófono, un fragmento de canción. Los otros se sumaron. Formaron un coro de cinco y se alejaron al galope.

Cinco hombres se marcharon y tres se quedaron. Como los consoladores del santo Job. Aparecieron a mediodía y se repartieron las hojas del periódico. Se quedaron en la terraza, rodeando al viejo, que permaneció clavado en su silla. Él no se consideró atrapado; no mostró señal alguna de que se considerara atrapado. Pero se quedó rodeado por los hombres todo el día, incapaz de quitárselos de encima y con una expresión de indignación profunda.

Tom no entendía lo que estaba pasando. No se había quedado en la terraza la noche anterior. Se había ido al otro lado de la casa. Confinado en su dormitorio con una grave indigestión.

Toda la noche en la cama, sudando. Cada cinco minutos, se tambaleaba hasta el servicio y vomitaba. Luego, temporalmente aliviado, se arrastraba a la cama; pero solo para levantarse otra vez y volver al servicio.

Siempre le pasaban esas cosas. Y con el mismo resultado: Tom era el único que no sabía. Se levantó a primera hora y se dio cuenta de que algo andaba mal. La mitad de los hombres se habían ido, y los que se habían quedado parecían diferentes. Estaban envalentonados y caminaban por la casa como si fuera suya. Ya no sentían miedo por el viejo, ni por la casa, ni por la granja, y Tom no sabía por qué.

No vio a la chica en todo el día, pero no le extrañó. Normalmente, dormía hasta la cena y no le gustaba que la molestaran. Tom pensaba con frecuencia que alguien la podía asesinar de noche, y que no encontrarían su cadáver basta la noche siguiente. Alguien se podía colar en su habitación y clavarle una cuchilla de carnicero en la cabeza. Marcharse por la mañana y estar en otro país al mediodía. Se podía hacer. Había rumores de que ese tipo de cosas habían ocurrido. Durante días, buscarían a un indígena manchado de sangre.

Tom tenía un sentido del humor bastante negro. Era otro de sus defectos. Pero era un humor intermitente, una costumbre nerviosa que pronto se convertía en ansiedad. Pasaron dos días y la chica seguía sin aparecer. Tom acudió a Celeste. Le dijo que estaba indispuesta y sacudió la cabeza. Tom le preguntó si debían llamar al médico y ella volvió a sacudir la cabeza. Ah, no, dijo. Nada de médicos. Nada de médicos, repitió. Nada de médicos.

Tom fue a buscar a su padre. Lo vio en la terraza con los tres hombres. La imagen del viejo completamente rodeado lo turbó. Pensó: la presencia de los hombres y la ausencia de la chica. No salió al porche, sino que se quedó donde estaba y observó. La cara de su padre, roja de ira, mientras leía el periódico una y otra vez. Uno de los hombres se inclinó hacia delante y le puso una mano en el hombro. Tom afinó el oído para entender sus palabras.

—Lo ves, ¿verdad?

El viejo no dijo nada.

—Ves los pasos que están dando.

—Yo no veo nada.

El hombre se recostó y se cruzó de brazos.

—El gobierno hará concesiones.

El viejo lo miró con ira.

—¿Con qué autoridad? ¿A quién?

El hombre se mantuvo tranquilo. Sonrió y le arrancó el periódico de las manos. La cara del viejo se oscureció ante su audacia. El hombre hizo caso omiso; dobló el periódico en dos, se lo guardó en el bolsillo y volvió a mirar al viejo.

—Imagínatelo. Si no hacemos concesiones, destrozarán este país.

Tom sacudió la cabeza y se alejó. No era momento para preocuparse por las noticias. Volver a dar vueltas al asunto del malestar social. Cuatro días después de que empezara la erupción de la montaña y dos días después de que la chica se pusiera enferma, el volcán se detuvo. Todo el valle respiró aliviado. Pero la situación en la granja seguía igual. No parecía que los hombres tuvieran intención de marcharse. Y el viejo se mostraba extrañamente impotente ante ellos.

Era como si la granja se hubiera agarrotado entre calambres. Necesitaba que la devolvieran a la vida. Que la agarraran por el centro y la sacudieran. Pero Tom no podía hacer nada sin la ayuda del viejo. Era la primera vez que pasaba algo así. Tom estaba muy nervioso. Le disgustaba la presencia de los tres hombres. Se movía constantemente, de habitación en habitación, para no coincidir con ellos. Mientras, el viejo seguía clavado al porche, examinando periódicos con una semana de retraso.

Tom fue a buscar a Jose y le dijo que irían a Punto Alto. Una vez allí, podrían ver la montaña y calcular los daños que habían sufrido las tierras. El viejo se enorgullecía de conocer bien sus tierras. Su mejor faceta era la del hombre que las patrullaba a lomos de un caballo. No tendría más remedio que acompañarlos. De ese modo, Tom recuperaría a su padre. Lo despegaría del trío de hombres.

Pero el plan de Tom falló. A primera hora de la mañana siguiente, entró en el despacho del viejo y descubrió que ya estaba rodeado de sus consoladores. Ninguna persona ajena a la familia había entrado jamás en aquella habitación. Y ahora, de repente, había tres allí. Tres. De pie. Sentados sobre la mesa. Mirando por la ventana. Tom se detuvo en el umbral. No podía ir más lejos. Su padre lo miró.

—¿Qué sucede?

—Vamos a ir a Punto Alto.

Su padre asintió. No se movió.

—¿Cuándo?

—Ahora. O cuando quieras.

Una pausa. Su padre miró el periódico, que estaba sobre la mesa, y pasó las páginas de forma distraída. Tom pegó una patada al marco de la puerta para llamar su atención.

—¿Vendrás con nosotros?

Su padre negó con la cabeza, pero no la levantó. Le hizo un gesto con la mano, sin apartar la vista del periódico. Tom dio media vuelta y se alejó con el aire silbándole en los oídos. Estuvo a punto de dar un traspié en el corredor, pero no lo dio. Se encontró con Jose en los establos. Ensillaron las cabalgaduras en silencio. Jose no dijo nada hasta que ya habían montado.

—¿Dónde está?

—No va a venir.

Jose asintió. No pareció sorprendido, y no dijo nada más. Aunque los dos habían crecido juntos, tenían la misma edad y habían mamado de las tetas de Celeste, Jose era un misterio para Tom. Jose, sin padre, casi huérfano, sin embargo entendía cosas que Tom no alcanzaba a comprender. Cuando Tom miraba a Jose, solo veía una superficie opaca: la obstrucción de las cosas que Jose conocía, y que Tom no tenía esperanza de conocer. En silencio, sacaron los caballos del establo y se dirigieron a Punto Alto.

Antes de que el volcán despertara, el paisaje estaba mudo pero no callado. Había sonidos por todas partes y el cielo tenía la densidad del océano. Tom pensó: el agua lo impregnaba todo y hacía olas en el cielo. Mientras ascendían, vieron la fuerza del viejo grabada en el terreno: los cercados que cerraban los campos, las marcas de arados. El cielo se agitaba sobre sus cabezas, pero abajo, en la superficie, las cosas casi volvían a ser como antes. Los caballos dieron un respingo cuando un halcón sobrevoló el camino en picado. Los dos hombres tranquilizaron a los caballos y siguieron hacia arriba.

Llegaron a Punto Alto diez minutos después. Allí, el paisaje se empinaba abruptamente. El terreno era como el embate de una bestia, pero peor. La montaña se erguía ante ellos con su cumbre

destrozada y sus arroyos de lava, que aún fluían. Tom la miró. Comprendió que las cosas habían cambiado. La tierra se había deshecho y había perdido toda coherencia, arrojada hacia un desorden sin sentido. Desde el valle, no habían visto nada. No habían sido conscientes de la escala del desastre.

Era como si hubieran pasado a otro mundo. Y Tom, en particular, no estaba preparado. Carecía de las herramientas necesarias para entender lo que veía. No había ido a ninguna parte en toda su vida. Había salido tan poco de la granja que hasta una calle de una ciudad le habría parecido un milagro.

—¿Qué va a pasar ahora?

Pronunció las palabras de un modo tan tímido que ni siquiera estuvo seguro de haberlas pronunciado. Jose sacudió la cabeza.

—Nadie lo sabe.

—¿Qué significa eso?

—Que esto no había pasado nunca.

Tom buscó el río con la mirada. Estaba negro y marrón por los desechos. En la parte más cercana a la montaña, parecía inmóvil. Como si se hubiera vuelto de barro. Como si se fuera a volver de piedra. El río de barro, el río de piedra, bajaba de la montaña hacia la frontera. Cruzaba la frontera y entraba en su propiedad. Tom se giró rápidamente hacia Jose.

—Al río le pasa algo.

Jose guardó silencio durante un rato. Tom se dio cuenta de que no iba a decir nada. No estaba mirando el río, sino el cielo. Contemplaba su caos brillante como si esperara quedarse ciego.

—¿Qué pasa?

Jose se encogió de hombros.

—¿Qué pasa?

Esta vez, Tom lo preguntó con contundencia. Jose se quedó mirando el suelo. Después, sacudió la cabeza.

—Nada bueno.

—¿Nada bueno? ¿Eso es todo lo que vas a decir?

Jose asintió.

—Nada bueno.

—¿Te refieres al río? ¿Estás hablando del río? Le pasa algo.

—Nada bueno respecto a nada.

Tom espoleó al caballo y empezó a descender. Tras unos

segundos, oyó que Jose lo seguía. Tom rio. Mira que preguntar tantas veces. Mira que ponerse en ridículo. ¿De dónde había sacado la idea de que Jose sabía algo, algo sobre la montaña y la granja, algo que él no podía ver? Los nativos tenían instinto, también eran astutos, pero la suma de las dos cosas no daba nada.

Su padre nunca había tenido esos problemas. Daba órdenes y los indígenas escuchaban, porque sabían que el viejo no quería nada que no pudiera conseguir por sí mismo. Tom era diferente. No podía hacer nada por sí mismo. Los criados sabían que los necesitaba; habían tenido tiempo de sobra para darse cuenta. Tom era su superior, pero todos se subordinaban al viejo. Sin embargo, Tom se recordó que eso iba a cambiar, que todo iba a cambiar, pronto. Su padre se lo había prometido.

La perspectiva lo tranquilizó. A llegar al final de la pendiente, llevaron los caballos a los establos. Los animales estaban nerviosos. Sacudían la cabeza, y la montura de Tom estuvo a punto de tirarlo una vez. Cuando llegaron a la casa, vieron a los hombres en la terraza. El viejo alzó la cabeza al ver a su hijo.

Dijo que sirvieran comida para cinco. Ternera, porque no había pescado. Se suponía que aún quedaban paté y caviar. Dijo que sirvieran lo que quedara.

La lluvia de ceniza empezó aquella noche. Ocurrió en mitad de la noche. Tom estaba dormido. Se despertó por el ruido de las pisadas. Gente cerrando puertas. Se puso los pantalones y salió al corredor. Los criados corrían y se gritaban los unos a los otros. Se puso la camisa y los siguió. En las salas principales de la casa se había desatado el caos. Todos estaban despiertos. Se giró y agarró a la persona más cercana.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

Estaba hablando con un chico; el hijo del capataz, si la memoria no le fallaba. El chico sacudió la cabeza. Señaló hacia fuera, por encima de la barandilla de la terraza. El aire del exterior estaba blanco de ceniza. Al verlo, Tom le soltó el brazo. No entendía nada. Era densa como la nieve, pero supo inmediatamente que no era nieve. Nunca había visto unos copos tan finos. Caían como la lluvia y se arremolinaban como la nieve. Los cambios rápidos lo dejaban perplejo.

Miró el terreno que se extendía ante él. La ceniza avanzaba

hacia la casa. La pradera tenía una capa fina y los escalones de la terraza, montoncitos. El frente de ceniza estaba a tres metros. Se acercaba mientras Tom miraba, milímetro a milímetro al principio, y después, en cuestión de segundos, centímetro a centímetro. Se quedó inmóvil, sin dejar de mirar, cuando llegó a los dedos de sus pies y luego los cubrió como si él fuera una escultura en un jardín.

Volvió a mirar afuera. El aire estaba más tranquilo que antes. Se había vuelto denso, más opaco. Las luces de la casa se proyectaban sobre unos cuantos metros de ceniza. Más allá, el mundo era una oscuridad completa. Tom no era capaz de ver nada en aquella oscuridad. Ninguna sombra, ningún contorno. No era normal, no era natural esta oscuridad…

Para entonces, estaba cubierto de ceniza hasta las pantorrillas. Parecía una escena de las películas de terror que veía en su infancia. Le causaban pesadillas profundas y penetrantes —a su padre le parecía ridículo que el terror le robara el sueño. Que se meara en la cama por ese motivo—. Tom miró hacia el río y cogió del brazo a otro chico que pasaba a su lado.

—¿Dónde está mi padre? ¿Está despierto?

El chico lo miró con perplejidad. Tom lo sacudió con fuerza.

—Ve a despertarlo. Ve a buscarlo y tráelo.

El chico no se movió.

—¡Ve!

El chico se giró y salió corriendo. Aún no había salido de la habitación cuando el viejo apareció en bata y con botas. Tenía el pelo revuelto. No miró a Tom. Avanzó por el pasillo a grandes zancadas. Cruzó la terraza, saltó los escalones hasta el mar de ceniza y desapareció unos segundos después. Tom escudriñó la neblina: La lluvia de ceniza se había tragado a su padre. No se le veía por ningún lado.

Junto a él, dos criados se empezaron a gritar. Hablaban tan deprisa que no los entendía.

—¿Qué pasa?

Los criados se dieron la vuelta.

—La ceniza… No podrá respirar. Se le meterá en los ojos. En los pulmones.

Tom se quedó mirando a los criados durante un momento. Luego, cruzó la terraza a toda prisa y se adentró en la niebla.

Algunos de los hombres lo siguieron. Lo último que Tom oyó fue el sonido de sus pasos en las losetas de piedra. Después, se vio envuelto por la ceniza y ya no pudo ver ni oír nada. Flotaba en el espacio. Todo estaba en calma. Era un sueño que había tenido de niño y que aún tenía a veces: el sueño de estar libre de ataduras.

Un instante después, la boca se le llenó de ceniza. Se atragantó, tosió, derramó lágrimas y escupió flemas. Trastabilló en los montones que se iban formando en el suelo a gran velocidad, y que en algunas zonas ya tenían muchos centímetros de anchura. Extendió los brazos. Como si buscara una pared donde apoyarse. Sintió a los hombres que se adentraban en la nube detrás de él —explosiones aisladas, el signo de movimientos distantes—. El silencio no se rompió.

Ajustó los ojos, convertidos en dos rendijas, y empezó a ver. Gradaciones de color, destellos de luz. Siguió andando, con los brazos extendidos. Llamó a su padre. Le entró más ceniza en la boca y volvió a toser. No oía nada. Solo un latido denso y regular. Ya había demasiada ceniza. Entrecerró más los ojos, cerró la boca, se apretó las manos contra la cara e intentó escupir lo tragado.

Las lágrimas le caían por las mejillas. Le costaba respirar y, por primera vez, fue consciente de que podía morir de asfixia. Se dijo que conocía bien la propiedad. No había un palmo de terreno ni una roca que no le fueran familiares. Apretó el paso. Sabía que su padre había ido al río. No podía haber ido a ninguna otra parte. Lo había visto en la cara del viejo, cuando este vio la ceniza en el aire y en la tierra.

Los otros hombres llevaban linternas, y sus haces oscilaban en la oscuridad. Tom vio a uno. Estaba en un claro de luz. Era Jose. Se había quitado la camisa y se la había enrollado alrededor de la cabeza. Jose lo vio y e hizo un movimiento circular con la mano, alrededor de la cabeza. Su mano estaba cubierta de ceniza. Tom se quitó la camisa y se la puso sobre la boca y los ojos, imitando a Jose. Ahora respiraba mejor.

Se dejó un ojo sin tapar, y usando ese ojo siguió andando hacia el río. El paisaje se había vuelto extraterrestre. Era completamente ajeno. El suelo que conocía tan bien, el suelo de aquel lugar, el único que había visto, el único que comprendía, se había desvanecido. Tom aceptó que no sabía nada de aquel sitio. Pensó

que la ceguera debía de ser como eso. Nada completo o total. Los campos, que cambiaban constantemente, y las pequeñas gradaciones de luz y de sombras.

Entonces, atisbo un fragmento del viejo. Un brazo que apareció y desapareció. Un barrunto de movimiento que resultó ser su espalda. Y así, con imágenes parciales a través de la ceniza, vio que su padre tenía problemas. Se abalanzó hacia él. Guiado por el ojo solitario que se esforzaba en unir los fragmentos de aquel lugar y mantener el movimiento a la vista. Empezó a correr, sacudiendo los brazos. Las rodillas se le doblaban.

Su padre desapareció del campo de visión de Tom, que se detuvo y lo buscó con la mirada. Después, se quitó la camisa de la cabeza y gritó.

—¡Padre!

La ceniza le cubrió el rostro. Se le metió en los ojos y lo cegó. Tosió violentamente. Los hombres avanzaron hacia él al oír el sonido. Tom sintió la vibración de sus movimientos. Seguía llamando a su padre, pero la ceniza inundaba su boca y apagaba sus gritos.

—¡Padre!

Se giró. Gritó en todas las direcciones. Los hombres estaban cerca, los podía sentir. Abrió la boca y volvió a gritar entre la ceniza.

—¡Padre!

Tropezó con el cuerpo. Había estado ahí todo el tiempo, todo ese tiempo, más cerca de lo que pensaba o imaginaba. Se arrodilló y encontró un brazo, un torso. No podía ver, de modo que palpó. La línea del cuello, la extensión del pecho. El cuerpo se estremeció y emitió un sonido áspero. Tom se inclinó un poco más. No recordaba cuándo había sido la última vez que había tocado el cuerpo de su padre.

Empezó a apartar la ceniza con una mano y, a continuación, con las dos. Sacó puñados de ceniza hasta vislumbrar el cuello, un pedazo de piel, una boca abierta. Limpió y limpió, y destapó a su padre pieza a pieza. Encontró un hombro, una mandíbula. Pero otra ráfaga de ceniza lo volvió a cubrir.

A pesar de ello, siguió escarbando como un perro en busca de un hueso. La ceniza había llegado a la garganta de Tom. Tosió. Los ojos

del viejo lagrimaban tanto que la ceniza se convirtió en barro sobre su piel. Su boca era una mancha de lodo. Tom se sentó en el suelo. Se rindió y se quedó mirando mientras la ceniza tapaba otra vez a su padre. Vio cómo le cubría lacara, hasta tragársela. Luego, se dio cuenta de que los hombres se estaban acercando.

—¡Aquí! ¡Aquí!

Intentó levantarse. Agitó los brazos para llamar su atención. El cuerpo de su padre tosió y se le escapó de entre las manos. Tom las volvió a hundir en la ceniza y volvió a agarrar el cuerpo, que se retorcía. Hasta entonces, no se había dado cuenta de lo pesado que era su padre. Su peso le pareció sobrenatural. Como si, en su estado de inconsciencia, estuviera hecho de plomo y de maldad.

El cuerpo de Tom se hundió bajo el peso del cuerpo de su padre.

—¡Aquí! ¡Está aquí!

Los hombres llegaron desde todas las direcciones, como en una emboscada, surgiendo de la ceniza. Rodearon al padre y al hijo. Eran siluetas granuladas, formas oscuras contra la nube blanca y la luz tenue. Llevaban linternas que apuntaban hacia abajo y que parecían porras a la altura de sus muslos. Sus cabezas estaban envueltas en camisas y pañuelos. Tom tuvo la impresión de que Jose se encontraba entre el grupo, detrás. Lo llamó.

La voz se le ahogó en la garganta. Vio que Jose alzaba una mano como para detener a los hombres. Se quedaron en un círculo, sin moverse. Tom tuvo miedo. Iban a morir allí; era la idea más obvia del mundo. Al final, los indígenas se iban a volver contra ellos. Los dejarían morir en la tormenta de ceniza. Los ahogarían con sus propias manos. Una muerte estúpida que parecía cada vez más probable a medida que los hombres se congregaban a su alrededor sin hacer nada.

Al viejo nunca se le había pasado por la cabeza que estuvieran resentidos. Aunque sabía que habían ocurrido incidentes —criados que mataban a sus amos en plena noche, niñeras que estrangulaban a los niños—. El poder del viejo era tan absoluto que no permitía imaginarlo. En cambio, Tom imaginaba su resentimiento con facilidad. Era consciente de que no caía bien a los indígenas. El miedo lo dominó. Avivó su sentido de las cosas y, en particular, del tiempo. Hizo que un segundo o dos parecieran mucho más largos y le puso histérico sin motivo.

Se preguntó si a los hombres les causaría placer verlos morir. Pensó que sí. No podía imaginar que no fuera así. Ese fue el último pensamiento que cruzó por su cabeza. Luego, su garganta se cerró y su consciencia se apagó por la tensión. Estaba paralizado, con una camisa de algodón sobre la cara para protegerle los ojos, la boca y la nariz, que le ardían. A través de la tela, oyó gritos y vio la ceniza que se acumulaba rápidamente sobre él.

Los hombres llevaron a Tom y a su padre al porche. Los tumbaron en el suelo, en montones separados de ceniza —que estaba por todas partes, en pilas y cúmulos gigantescos—, y después, se pusieron a cerrar las contraventanas. Trabajaban deprisa. Con los ojos cerrados, Tom se liberó del miedo y se volvió a sentir cómodo en presencia de los hombres. No vio las miradas que se intercambiaban. Recuperó el aliento, aún tumbado en la cama de ceniza.

Los hombres cerraron la terraza por completo y la casa se quedó a oscuras, con el susurro de la tormenta en el exterior. Tom se apartó la ceniza de la cara y se sentó. Vio destellos de lámparas, de velas y de linternas oscilantes.

Vio a Jose, arrodillado junto al viejo. Lo había cogido entre sus brazos y le estaba quitando la ceniza con suma delicadeza. Otros hombres le pasaban las manos por el cuerpo, en busca de heridas o huesos rotos. Las mujeres no estaban lejos; aparecieron con paños y palanganas de agua y empezaron a limpiar al padre de Tom. Preservaban algo sin saberlo, sin comprender las consecuencias, hasta que consiguieron que el viejo volviera en sí.

Tom pensó: el viejo vivirá eternamente porque ellos quieren, solo por eso. Sintió celos. De ser tan querido. De que lo tocaran. Entre la luz de las velas, una mujer se acercó a Tom y lo empujó con suavidad para que se echara otra vez en el suelo. Tom se tumbó. La mujer introdujo un paño en el agua y lo escurrió lentamente.

El sonido de las gotas, cayendo. La mujer le dijo que la ceniza había obstruido el generador eléctrico y que no funcionaba, pero que el viejo estaba bien, a salvo. Tom asintió. Ella le pasó el paño por la cara y no dijo nada más. Le limpió la boca, la frente. Le limpió los brazos, toda la piel desnuda. Le quitó el barrillo de los párpados. Tom vio a Jose, que daba órdenes y organizaba a los

hombres. Cerró los ojos. Siguió tumbado. De momento, se limitaría a esperar.

5

Dos semanas más tarde, el viejo se va de la granja y se lleva a Jose y a la chica con él.

Jose está cargando baúles en un carro. La chica está en el catre del vehículo, envuelta en una chal. Está apoyada en unos cojines y a su lado hay una garrafa de té y una lata de langosta abierta. Mira hacia delante, con los ojos empañados y en blanco. Sus dedos frotan la tela del vestido y tiembla un poco. El tiempo ha cambiado durante las semanas posteriores a la erupción del volcán.

Jose carga el carro y el viejo mira. El padre de Tom se ha puesto un traje con chaleco para viajar. Un reloj de cadena y una cartera pesada en el bolsillo. No lleva sombrero. Mira a su alrededor y luego se acerca la chica. Le pone una manta en el regazo y le dice que se coma la langosta. Ella asiente y alcanza la lata. Juguetea con el tenedor y se la termina comiendo con los dedos.

El viejo fuma un cigarrillo. Jose pasa una cuerda sobre el montón de baúles y maletas. Tira fuerte de la cuerda y el carro oscila y cruje. Apilan más baúles, las cosas de la chica. Ha cambiado, pero aún queda el asunto de las alhajas y los objetos hurtados del armario de la madre de Tom. Se han vuelto pesados, y ella ni siquiera es consciente de lo pesados que se han vuelto. Tom piensa que su padre tiene la costumbre de viajar con poco equipaje. Una simple maleta, y míralo ahora.

Dos semanas. Dos semanas y ha decidido marcharse. Se ha escindido de la tierra con un corte que nadie habría creído posible, una separación que cuesta creer. Pero el carro cruje con la carga. Hay un carro abarrotado de posesiones. El viejo se va como el resto de los blancos. Y Tom se queda atrás.

El miedo de Tom fue creciendo durante las dos semanas anteriores, a medida que el valle se recuperaba y la cara del viejo se volvía más silenciosa y vigilante. La ceniza se apartó de los pastos y se sacó de los tejados a paletadas. Los indígenas se la llevaron en carretillas e hicieron montones gigantescos en las afueras de los pueblos. Después, el cielo se despejó y los oscuros cúmulos de ceniza se convirtieron en el último monumento a la tormenta.

Pero en la granja: un registro de la catástrofe en curso. Cuando los peces empezaron a flotar en el río, Tom vio el reverso de todo: la pesca, la comida en la mesa, el dinero, todo lo que había atraído a la chica. Los irreales brazos y patas de la piscifactoría, ahora inútiles en el agua, encorralando peces que no iban a ninguna parte y que, conforme se acumulaban, añadieron presión y peso hasta que las patas se agrietaron, crujieron y, finalmente, se rompieron.

En cuanto la ceniza dejó de caer, el viejo ordenó a los nativos que fueran al río para sacar los peces muertos. Oyeron la orden y miraron el agua. No se movieron. Contemplaron la masa de pescado podrido y de turbios sedimentos. Luego, se giraron hacia el viejo como preguntando si eso era lo que les había pedido (lo era); si eso era lo que deseaba (lo era). Se desnudaron hasta la cintura y esperaron por si el viejo cambiaba de opinión. El viejo no cambió de opinión, así que se pusieron paños alrededor de la cara y se metieron en el agua.

Se movieron al unísono. Con el agua hasta el estómago, usaron las manos para sacar los peces. Avanzaron hacia la piscifactoría y luego se abrieron en abanico para dar la vuelta a la estructura. Sus caras permanecieron imperturbables tras los paños. Lentamente, rodearon la estructura y agarraron sus patas, que resbalaban por culpa del barro y de la podredumbre. Se giraron hacia la orilla y empezaron a tirar.

La estructura no se movió. Había demasiados peces. Los hombres hundían sus piernas en las numerosas capas de peces muertos. Empujaban contra la pared de cadáveres, avanzando por sus grietas. Y volvieron a tirar. Pero la estructura permaneció inmóvil. Hasta que las patas se les resbalaron y el artefacto se hundió en el agua.

Llamaron a los hombres que estaban mirando desde la orilla. Se quitaron la ropa y se metieron en el río. Pidieron una cuerda, que

ataron a las patas de la estructura. Encargaron la tarea al hombre más ligero, que se tumbó sobre la estructura y fue pasando de pata en pata, anudando la cuerda. Cuando terminó, les dio un grito y se echó al agua. Después, volvió a gritar y lanzaron cabos de cuerda a los hombres que seguían en la orilla.

Tiraron. Lentamente, la estructura empezó a asomar. Con expresión adusta, los hombres del río se sumergieron y la alzaron sobre la masa de peces. Cuando volvieron a la superficie, estaban completamente cubiertos de mugre. Restos de plantas y de peces podridos, sobre sus cuellos y hombros. Brillando entre los peces muertos. Sosteniendo la estructura por encima de sus cabezas. Tirando y empujando hasta la orilla. Luego, dejaron el artefacto en la tierra seca y se quedaron de pie. Apestaban a podrido y jadeaban por el esfuerzo.

La piscifactoría estaba destrozada. Los hombres estaban tan satisfechos con su trabajo que, al principio, no se dieron cuenta. Rieron mientras se limpiaban las inmundicias. Trozos de carne en descomposición. Todo lo muerto, todo lo que les rodeaba, se convirtió en comedia. Rieron y rieron, aliviados. La porquería caía de sus cuerpos al suelo y ellos estaban contentos, casi mareados de contento.

Entre sus risas, un ruido terrible: el grito del viejo. Estaba de pie, mirando la máquina. Lentamente, los hombres se giraron y miraron. La estructura gemía, crujía, protestaba entre estertores. Técnicamente, no hacía ruido. Pero había ruido en la visión del artefacto que yacía ahora en el suelo, con las patas rotas, como si un matón callejero le hubiera destrozado las articulaciones con un bate.

Tom también estaba presente. Y pensó: era muy bonita cuando la llevaron al agua por primera vez. La llevaron al río y dejaron que la corriente la empujara. Las patas se desplegaron como las de un ser vivo y se posaron en el cauce. Fue lo más asombroso que habían visto. Un milagro de la tecnología y el tiempo; un fragmento del futuro en su remoto rincón del mundo. Tom había reconocido su belleza. Aunque no entendía el papel que iba a desempeñar en el futuro de la granja. Pese a que odiaba y temía su propósito.

Ahora, la máquina estaba destrozada. Y acabó con el viejo. Todos fueron testigos, pasó delante de sus narices. Lo vieron, pero

no lo quisieron creer. Miraron la estructura. Miraron al viejo. No era posible. El grito de aquel hombre derrotado, que lo llenaba todo. Pero su cuerpo seguía recto y su cara estoica. Aún mantenía su expresión severa e implacable. Luego, el viejo dio media vuelta y se alejó hacia la casa, dejando detrás la máquina y a los hombres.

El viejo da caladas al cigarrillo, junto al carro. Mira a Jose, que sigue con los preparativos. Tom siente un acceso de rabia por dentro. Por fuera, no es visible; pero, por dentro, es un revoltijo de medias palabras y medios hechos. Piensa: he dirigido la granja en todos los sentidos, salvo en el nominal. Márchate; no cambiará nada. Ya lo verás. La tierra sobrevivirá. La granja sobrevivirá. Los indígenas se quedaran conmigo. Y estaré bien, sí; estaré bien. Tom no cree sus propias palabras, que entran en su mente con el peso de la confusión.

La chica sigue apoyada en los cojines. Come pedazos de langosta que se lleva a la boca con el pulgar y el índice. Deja la lata a un lado y se limpia los dedos en la manta. Ahí está: un equipaje de verdad. Uno que vive y respira. Uno que dobla al viejo con su peso. Tom se enfurece cada vez que la mira. La ve sentada entre las cajas y los baúles y, por primera vez, a través de su nube de rabia y de pánico, es consciente de lo que el viejo se lleva con él.

Una multitud, un océano de cosas. La chica está sentada sobre un botín de objetos robados; se eleva sobre una ola de objetos robados. El sobrecargado carro es la prueba material de la marcha del viejo. Tom no sabe cómo han llegado a ese punto. En dos semanas se ha desmontado toda una vida. Tom mira a su padre. El viejo camina alrededor del vehículo y comprueba las cuerdas. Casi han terminado. Saca el reloj de plata y observa la esfera.

El viejo es el mismo de siempre en casi todos los sentidos. Remoto, imperioso, incomprensible; el mismo. Y sin embargo, ha cambiado por completo. A pesar del desorden de su cabeza, Tom descubre algo nuevo sobre su padre: que el trasfondo de las cosas lo ha convertido en un hombre visible. Su padre es una forma recortada contra un paisaje que ha dominado y al que ha dado forma con sus propias manos.

La forma todavía es la misma. Lo que ha cambiado es el

trasfondo y, con él, todo lo que hace al hombre lo que es. Tom casi no reconoce al viejo. Ya no lo ve como antes. Sobre todo ahora que se marcha. Ahora que ya se ha escindido de la tierra y de la propiedad. Pero seguro que no es el único que se ha dado cuenta. Seguro que otros se han fijado. Un hombre con mala suerte. Sus sueños, convertidos en una tontería. Un hombre sin dinero, lo cual también es ridículo.

Tom no sabe si su padre es consciente de la imagen que da. No cree que le importe. Su padre ha estado preocupado. Se encerró en su despacho y se dedicó a hacer números y a estudiar documentos y mapas. Hacía llamadas telefónicas a medianoche. Mantenía conversaciones que Tom no podía oír porque las anchas paredes de la casa lo impedían. Aunque escuchaba a escondidas, cuidadosamente, diligentemente.

Pero hay algo más: los tres hombres que se marcharon cuando la ceniza dejó de caer. Que se fueron con la promesa de volver y un fuerte olor a gomina. Aquella tarde, la chica salió de su dormitorio. No parecía la misma. Estaba pálida y más delgada, pero la diferencia se encontraba en sus ojos, hundidos de repente en la cabeza. Miraba las cosas desde una gran distancia, una distancia incomparablemente mayor que antes.

Había otras diferencias. La chica ya no se despegaba del padre de Tom. Estaba *constantemente con* él. Cuando cenaban, se sentaba a pocos milímetros del viejo, metía el tenedor en su plato y buscaba su brazo con los dedos. Se interponía entre padre e hijo. Como si fuera una manifestación física de la barrera que siempre había existido entre ellos, aunque Tom se resistiera a asumirlo. Como si ahora fuera la guardiana de aquella distancia. Tom la veía sentada junto al viejo. La veía alzar la cabeza y mirarlo.

Cualquiera habría dicho que eran de la misma sangre. La chica, hija del viejo. La chica, hijo del viejo; el hijo que Tom podría haber sido. La chica, el propio viejo. Y seguirían juntos. Uno y uno eran dos. Pero uno y uno y uno; las cuentas no le salían. Tom no encajaba en esa cuenta. En la casa había sol, y el polvo era tan denso que hacía dibujos en el aire. Un día, Tom pasó por delante del despacho del viejo y vio que estaba sentado con la chica. Ninguno lo miró.

Luego, se encontró con la chica a solas. Él se detuvo y ella

también se detuvo. Tom clavó la vista en su mano porque no se sentía con fuerzas de clavarla en su cara. Aún llevaba el anillo de compromiso de su madre. Tom sacudió la cabeza con desconcierto y la miró de nuevo. Esta vez, a la cara, que estaba en blanco. Ella frunció el ceño.

—¿Qué ha pasado?

Intentó que su voz sonara firme, como si tuviera algún control sobre la situación. Era consciente de su cercanía física. Del fétido aroma de su pelo.

La chica también sacudió la cabeza. Tom nunca le había caído bien. Y pretendían que se casara con él. Pensaban que esa era la solución. Abrió mucho los ojos. Durante un segundo. Después, se alejaron y la chica volvió a su posición.

Sus ojos volvieron a ser opacos. Aunque Tom ni se dio cuenta ni lo habría entendido. Detalles, no… Los detalles lo enfermaban. Tom sabía que había pasado algo, un incidente en el trasfondo de aquella catástrofe nueva. Conocía a la chica, y eso era más que suficiente. La miró otra vez.

—Por favor.

Ella suspiró. Sonó como si sus pulmones se hubieran roto.

—¿Sabes que…?

La chica se detuvo. La chica no significaba nada para él, pero Tom tragó saliva y esperó a que siguiera hablando. La chica ni siquiera lo miró cuando por fin habló. Su expresión se había vuelto distraída y sus ojos vagaban y vagaban.

—Los ñandús. Son unas aves grandes, tan grandes como personas. Viven en el suelo. Son demasiado grandes para volar…

La chica guardó silencio. Frunció el ceño, confundida. Volvió a empezar.

—Cada macho tiene una docena de hembras. Fecunda a una y pasa a la siguiente. Pero arriesga la vida para defender a su prole.

La chica calló de nuevo. Tom no sabía de qué estaba hablando. Ella sacudió la cabeza.

—No. Quería decirte otra cosa. Algo sobre los ñandús.

La chica se quedó pensativa y se arrancó un pedazo de piel seca que tenía en el labio.

—Cuando los hombres pelean por el dominio…

La chica carraspeó y cerró los ojos.

—Cuando los machos de ñandú pelean por el dominio, se enroscan los cuellos y giran sobre sí mismos. Como son pájaros grandes, algunos tan grandes que llegan a cien kilos, cogen una velocidad tremenda. Giran y giran y giran. El que se marea en primer lugar, pierde. Siguen girando hasta que hay un perdedor. No se paran hasta ese momento.

La chica abrió los ojos y sonrió a Tom. Su expresión volvía ser ladina, astuta.

—¿Lo entiendes?

Tom no había entendido nada. Pensó que la chica había perdido la cabeza.

Cuando ella le contó la historia de los ñandús, Tom empezó a pensar que su padre se iba a casar con la chica. Era el último símbolo de su poder y, en consecuencia, querría formalizar su relación. Sería como una transferencia bancaria. En términos materiales, el anillo permanecería en su dedo mientras el compromiso que representaba se transfería de un hombre a otro. Aunque sería humillante, Tom estaba acostumbrado a que lo humillaran. Eso no le habría molestado.

Pero esto… Tom mira el carro. Mira a su padre, que comprueba las cuerdas por última vez. Este abandono por parte de todos es peor que cualquiera de las pesadillas que le asaltan de noche. Jose sale de los establos con tres caballos. Dos para tirar del carro y el mejor caballo del viejo. El padre de Tom se encarama a la silla del valioso animal, que probablemente, en ese momento, costaba más que la granja. Luego da la vuelta al carro y se acerca a la chica. Como ha terminado con la langosta, el viejo coge la lata vacía y se la da a uno de los criados.

Se van. ¡Se van de verdad! No se puede impedir. Tom no puede hacer nada para que su padre se quede. Jose se sube al carro y sacude las riendas. Los caballos cobran vida y tiran del carro, que cruje. Se mueve un par de centímetros y, después, apenas treinta. No son caballos para arrastrar tanto peso. Jose los fustiga y, por fin, el carro empieza a rodar. Su padre cabalga al lado. Se va sin mirar a su hijo.

Tom observa mientras el carro y el jinete se alejan por el

camino. Su padre se lo había anunciado dos días antes, dos días; solo habían pasado dos días desde que le anunció que se iban. El viejo entró en el cobertizo, donde Tom estaba limpiando los arreos. Estaba oscuro y aún quedaban copos de ceniza en el suelo y en los estantes.

—Thomas.

Tom dejó de limpiar al oír su voz.

—Nos vamos.

Tom dejó las bridas y el arnés.

—¿Nos?

—Carine y yo.

Tom se giró para mirar al viejo. Estaba tan oscuro que los dos eran formas negras.

—¿Adónde?

—A la ciudad.

—¿Por cuánto tiempo?

—No lo sé.

Tom asintió. La boca se le había quedado seca. Se preguntó por qué habría querido hablar con él en aquel lugar, en el cobertizo, con el olor a cuero, a aceite y a bosta de caballo. Por qué había elegido ese lugar entre todos los posibles.

—¿Qué pasará con la granja?

—Te la dejo a ti. Ahora es tuya.

Sus palabras no significaban nada. La propiedad ya no significaba nada. Tom volvió con las bridas. Agarró el metal y las tiras de cuero. Alcanzó el trapo, frotó las tiras con aceite, sacó brillo al metal e intentó pensar en algo que decir.

—¿Es por la chica?

El viejo no se movió. Tom siguió frotando con el trapo.

—Sería una pena… permitir que una mujer se interpusiera entre nosotros.

La voz se le quebró. Apenas podía hablar. El viejo no dijo nada. Tom dejó las bridas a un lado y se giró otra vez para mirar a su padre.

—No importa. Lo entiendo.

El viejo siguió inmóvil.

—Te la puedes quedar.

Tom no podía ver la cara del viejo. Estaba en mitad del silencio,

con los pies plantados en la ceniza. El viejo soltó una carcajada seca, como el sonido ahogado de un golpe fuerte. Tom volvió a hablar, alzando la voz.

—No hay razón para que te vayas. Os podéis quedar. Lo entiendo.

El viejo siguió inmóvil. El silencio saltaba en la oscuridad. Tom escudriñó a su padre, con manos temblorosas. Esperó a que hablara.

—Nos vamos.

Súbitamente, su padre se dio la vuelta. Caminó hasta la puerta y la abrió. A Tom se le subió la sangre a la cabeza. De pie en la oscuridad, vio que el viejo salía del cobertizo e intentó comprender lo que había pasado, lo que el viejo había dicho, lo que quería decir con aquello. ¿Cómo era posible? Limpió y aceitó las bridas tres veces más. Después, volvió a la casa.

Eso había sido hacía dos días. Ahora, Tom está delante de la casa durante el desfile, un desfile corto, muy corto, se aleja. El chal de la chica se agita y luego cae hacia un lado. A pesar de la distancia, Tom alcanza a ver la diminuta mano que lo recoge y lo devuelve a su sitio. El carro sale de la propiedad y sigue por el camino, cada vez más pequeño. Luego, el viejo pone su caballo al galope, como si ardiera en deseos de alejarse de aquel lugar. Un momento después, desaparecen.

Los criados se quedan mudos de asombro. Miran el carro y el camino como si pensaran que les van a devolver al viejo. Que les van a devolver a Jose. Susurran entre ellos y esperan. Celeste está al frente del grupo, escudriñando el horizonte. Esperan que el carro vuelva, que suceda un milagro. No va a suceder. Tom quiere decírselo a todos, quiere decírselo a Celeste, pero sabe que no le harían caso. Aún se ve un resto de la nube de polvo que el carro levanta, y Tom permite que se aferren a él.

Tom da media vuelta y entra en la casa. No es consciente de que está corriendo, pero sus pies golpean el suelo de piedra con fuerza. La casa está oscura y fría. Se gira para ver si alguien lo sigue. No hay nadie; todos permanecen en la parte delantera, esperando que el viejo regrese. Tom se seca el sudor de la frente, porque ha empezado a sudar, y avanza por el oscuro pasillo. Abre la puerta del despacho del viejo.

Echa un vistazo a la habitación y camina hacia la mesa. Abre los

cajones, buscando documentos, resguardos bancarios, bonos, las llaves de la caja fuerte, sacos de billetes y monedas. No encuentra nada. Examina las paredes, buscando la caja de caudales. Mira debajo de la mesa, debajo de las mesas. Aparta un cuadro de la pared, un cuadro del siglo XIX con una joven y un perro pequeño. La caja está tan vacía como un tambor.

Se sienta. Cree que tiene fiebre. Puede que ese sea el motivo por el que la habitación le da vueltas. Hay enfermedad en la sala. Hay enfermedad en su sangre. Mira el cuadro de su madre. El viejo ha desertado; se ha llevado el dinero y los objetos de valor, y Tom ni siquiera sabe adónde ha ido. Solo sabe que su padre quiere empezar una vida nueva. El viejo quiere un tercer acto.

Y aquí está el hijo, sin nada. La chica se ha ido y la herencia del hijo se ha perdido en una nube de ceniza que se ha llevado un carro. ¿Qué va a hacer con la granja? ¿Cómo saldrá adelante? La gracia es que su padre podría haber salvado la granja, pero no ha querido. Construyó el lugar, de donde se deduce que sabe cómo salvarlo. Pero en lugar de eso, ha elegido marcharse. La gente dirá que es por el malestar social. Dirá que es por la chica. Dirá que el viejo no soportaba el calor.

No importa lo que la gente diga. Lo que importa es esto: el viejo ha mirado la granja y ha decidido que no merece la pena. Incluido Tom. El viejo ha tomado una decisión y Tom se ha quedado en la cuneta. Tom siempre había confiado en el vínculo existente entre la tierra y el viejo. Siempre había creído que su posición, dentro de ese vínculo, significaba algo. Siempre había pensado que el viejo cuidaría de él.

Tom se sienta en el sillón de su padre. La casa está en silencio. Mira los papeles esparcidos por el suelo, los que él mismo ha tirado durante su búsqueda, al sacar cajones y ponerlos boca abajo. Los recoge. Puede que alguno sea importante. Movimientos bancarios. Cuentas en paraísos fiscales. Un tesoro escondido. Tom no es avaricioso, pero es humano y práctico a su pesar. Se levanta. Mira los papeles. Los lee por primera vez. Los vuelve a dejar.

No entiende nada. No tiene cabeza para esas cosas. No está acostumbrado a la idea de un mundo lejos de la granja. No tiene una perspectiva amplia de sus habilidades, no suele ser arrogante, pero cree que su mundo se sostendrá en pie. La idea de que el

mundo exterior pueda cambiar su paisaje personal, incluso la propia idea de que el mundo exterior exista, implica uno, dos, tres pasos más de lo que es capaz de entender.

Tom no sabe nada de contemporización. No sabe nada de los acuerdos que se han firmado. La palabra expropiación no forma parte de su pequeño y cada vez más y más menguado vocabulario. No sabe que la gente te puede enviar requerimientos y que esos requerimientos no son simples pedazos de papel, sino pedazos de papel que tienen un significado real en el mundo.

El significado real es el siguiente: yo te enseño este pedazo de papel y tú tienes un mes para irte. El significado real es el siguiente: yo te enseño este pedazo de papel y la propiedad que tú creías tuya ya no es la propiedad que tú creías tuya. La propiedad que tú creías tuya ha pasado a ser algo completamente distinto.

Según los documentos, han dejado de ser propietarios de la mayor parte de las tierras. Los documentos (y los mapas, porque hay muchos mapas entre los documentos) trazan la nueva extensión de la granja, cuyo tamaño se ha reducido drásticamente. La columna vertebral de dieciséis kilómetros se ha acortado por los dos extremos y ya solo quedan cuatro mil hectáreas. La negociación ha concluido, la expropiación se ha iniciado. Están quitando las tierras a los colonos blancos. Los árboles y los montes se han levantado y se han ido, han hecho el equipaje y se han alejado por el sendero.

Como su padre. Se han ido exactamente del mismo modo. Tom coge un mapa que muestra la nueva extensión de la propiedad y lo suelta. Cae al suelo y se arruga. ¡Treinta y seis mil hectáreas perdidas! No sabe qué hacer. Tiene que preguntarle a su padre qué hacer, solo su padre sabrá qué hacer. Pero el viejo se ha marchado. Solo queda una firma en su lugar, en el pie de página, en cada página.

Su padre no ha actuado de mala fe, piensa Tom, sino solo para salvaguardar sus intereses. Su padre es el hombre más egoísta que ha pisado la tierra. Tom no lo ha comprendido hasta ese momento. Pero su madre era tan egoísta como el viejo, lo cual explica que siguieran juntos aunque no se amaran, aunque siguieran vinculados de un modo que solo entendían a medias y que les amargaba la vida. Al final, los dos resultaron ser iguales. Se fueron de la misma forma. Primero, su madre, por mar. Después, su padre, por tierra. Y

el hijo se queda solo.

Tom vuelve al porche. Los criados han desaparecido y todo está en calma. Ahí está. La granja es suya al fin. Contempla el horizonte y siente pánico. El mundo exterior, al otro lado de sus fronteras. Ve a los tres hombres y ve los documentos que estaban examinando. Ve a su padre, leyendo el periódico. Ve sus manos agarrotadas sobre el papel. Tom siempre ha sido de comprensión lenta. Los hombres no estaban allí por lo que le pasó aquella noche a la chica. Los hombres solo eran mensajeros de algo más. No tenía nada que ver con ella. Ningún hombre se quedó jamás por lo que le había pasado a una mujer.

Se quedaron por otros motivos. Y ahora se han ido y la tierra también se ha ido. Solo quedan los papeles. Los papeles y, con ellos, la gente que vendrá a reclamar las tierras. ¿Cómo será? ¿Quién vendrá? Las carcajadas de Tom rompen el silencio. El mundo se ha reducido a un pedazo de papel. Una hoja blanca en una cuerda de tender y el sonido de su aleteo al viento. La tierra cederá. El papel se va a romper. Y él, él sigue allí.

SEGUNDA PARTE
EL BOSQUE

6

La granja tenía seis graneros. Eran edificios sencillos; estructuras de vigas de madera cubiertas de chapa. Cada uno tenía un canalón de plástico en el tejado para expulsar el agua cuando llovía. Los seis se encontraban en mitad de los campos, y estaban esparcidos por toda la propiedad. En su interior había pacas de heno, herramientas y rollos de alambrada.

Primero sacaron los rollos y después vaciaron los estantes de herramientas. Cogieron los objetos de noche y se los llevaron. Las huellas en la hierba y las marcas en los lugares que habían ocupado los rollos fueron el único registro del suceso. Fueran quienes fueran, tuvieron cuidado de cerrar las puertas de los graneros antes de marcharse.

Una semana después, desmontaron los cerrojos y las puertas desaparecieron. Los graneros se quedaron con las entradas boquiabiertas, esparcidos por la propiedad sin puertas que cerrar o atrancar. El aire circulaba por ellos. Nadie se percató. Todo quedó en silencio. Un silencio largo y prolongado. Ocurrió exactamente dos semanas antes de que desaparecieran las ventanas.

Eran de cristal y, por lo tanto, eran valiosas. Para quitarlas, llegaron con guantes y mantas sucias con las que envolvieron las hojas tras sacarlas de los marcos. Volvieron a por los marcos al día siguiente, cuando se dieron cuenta de que también los necesitaban. Los cortaron con serruchos y se fueron a plena luz del día, con los listones de madera bajo el brazo.

Los canalones fueron lo siguiente; los bajaron de los tejados y se los llevaron. Después le tocó el turno a la chapa, que desmantelaron metro a metro. En los costados de los graneros se abrieron grandes huecos. Quitaron paredes enteras.

Hasta que los graneros quedaron reducidos a simples estructuras de madera. Como esqueletos tras perder todo asomo de carne.

Al final, se llevaron hasta las estructuras. Desmontaron las vigas, algunas de las cuales estaban podridas por el tiempo y la humedad, y cogieron la chatarra que habían dejado en la hierba: bisagras y otras piezas de metal. Tras una breve pausa, también acabaron por llevarse los clavos, ocultos en las manos. Lo único que seguía en su sitio eran las pacas de paja. Pero se pudrieron con la lluvia.

Ese fue el preludio, ejecutado durante el mes siguiente al anuncio de la reforma agraria. Que se emitió por la radio y se publicó en la prensa, propagándose como el fuego. Los blancos expulsados de la tierra en tantos centímetros de tinta y papel. La tierra cambiando de alianza en las ondas.

Luego, ocurrió el hecho en sí mismo. Tom los vio desde la ventana. Llegaron con carros, mulas y herramientas oxidadas. Lo primero que hicieron fue marcar las lindes con la alambrada y la madera de los graneros. Docenas de parcelas separadas, para que no se confundieran las unas con las otras. La fiebre de cien personas colonizando sus propias tierras.

El suelo se hundió y se combó bajo el peso de los hombres nuevos, que horadaron la tierra con ahínco, demostrando que la propiedad era el valor más venerado de todo el país. Era el principal legado de los colonos blancos. Lo que los indígenas habían aprendido.

Durante los días posteriores al anuncio, Tom despidió a la mayoría de sus nativos. Solo se quedaron unas cuantas docenas, testigos de las granjas que surgían desordenadamente a su alrededor. Cada nuevo granjero recibía tres vacas, cinco ovejas y un saco de semillas con las que empezar. Tras arar la tierra, ahora rica en ceniza, echaron la simiente. Encorralaron a los animales en las esquinas de las parcelas y levantaron las casas con las destartaladas láminas de chapa.

En general, el resultado no era el que estaban acostumbrados a esperar, ni tampoco especialmente apropiado. Los nativos de Tom negaban con la cabeza. Podían dejar la granja y poner media hectárea y tres vacas a su nombre. Otros lo habían hecho. Pero rechazaron la idea. Preferían apostar sobre seguro. Estaban esperando algo más, y se negaban a creer que aquello fuera el final

del asunto.

El viejo volvió seis meses después. Tom está sentado en el porche. Ha pasado un mes desde la vuelta del viejo y en su cabeza Tom sigue llamando porche a lo que una vez fue la terraza. Se ha retractado de muchas cosas en su vida, y de las más importantes, en su cabeza. Es primavera, pero del interior de la casa surgen sombras y Tom está sentado en el límite de un charco de oscuridad.

En su cara no hay ningún asomo de alegría. La edad y las desilusiones lo han castrado. Su cuerpo sigue siendo joven; puede saltar como el mejor y se mueve deprisa cuando es necesario, porque siempre ha tenido talento para correr, en varios sentidos; pero su cara es como la de un hombre que ya estuviera muerto. Su mundo se ha encogido hasta una fracción de su tamaño original.

Tras el anuncio de la reforma agraria, Tom estaba solo. Sus tierras estaban a salvo, de momento. La granja era suya y podía hacer con ella lo que quisiera. Pero aquella granja no se parecía a la prevista, a la que había soñado tantas veces. Se había visto obligado a asumir el estado reducido de todos sus asuntos, al ser el padre perdido y la tierra perdida un mismo y único ser, al haberse ido los dos al mismo tiempo y en las mismas circunstancias.

El padre perdido tenía dos partes: la simple ausencia física y la ausencia, más difícil, de la idea de un padre. La imagen del padre. Que se había marchado, que se había derrumbado delante de él. Y la segunda pérdida era la mayor. Al haber perdido tanto, Tom se vio obligado a desposeerse todavía de más. Echó a la mayoría de los criados y de los trabajadores del campo; otros se marcharon por iniciativa propia.

No preguntó adónde iban. Vendió una cosa y luego empezó a vender todo lo demás. Aceptó lo que le ofrecían porque no sabía negociar.

Vendió las lanchas a motor. Los tractores y los arados. (Había mucha maquinaria. Se necesitaba mucha maquinaria para mantener toda la propiedad. Los almacenes contenían montones de herramientas y piezas; habían sido el osario de la granja). Pero no fue difícil. El vínculo de Tom era con las tierras, no con los aparatos que recibió con ellas, y el valle estaba abarrotado de granjeros

nuevos. Los oportunistas compraron equipos al por mayor y los vendieron como si estuvieran recién salidos de fábrica. Tom vendió todo menos la estructura de la piscifactoría, que siguió en un cobertizo cercano al río, bajo una lona.

El resto de los cobertizos se había perdido con la expropiación de las tierras. Tom no sabía en qué manos habían terminado. El proceso de redistribución había sido rápido e impreciso. Aparentemente, caótico. Tom tampoco sabía si el resultado era el deseado, si estaban satisfechos con lo que habían ganado. Ni siquiera sabía quiénes eran. Comunistas, le dijeron; gente que no creía en la propiedad privada. Pero luego oyó que no eran comunistas, sino capitalistas revolucionarios. Rebeldes nihilistas. Definiciones que no significaban nada para él.

Tom estaba sentado en las tierras que seguían siendo suyas. Se había quedado con los indígenas que necesitaba para mantener la granja en funcionamiento. Tenía poco dinero. Pero, en general, se había borrado a sí mismo de la propiedad con su habitual talento para las retiradas. Y era una suerte que hubiera actuado tan deprisa. Una semana antes de que llegaran los hombres, Tom ya había vendido la mayoría de las reses. Los vio un día en la distancia, cabalgando. Eran los mismos hombres, los tres de antes. Se habían ido y ahora regresaban. Tom los estaba esperando cuando se presentaron en la casa. Llegaron a pie, con los pantalones cubiertos de polvo y las manos en los bolsillos, llenos de piedras.

No los invitó a entrar. No tenía motivos. Llegaron y le dijeron lo que ya sabía. Sacaron unos documentos y se los enseñaron con naturalidad, como si no esperaran resistencia. La firma del viejo era inconfundible. Tom reconoció los documentos. Les dijo que lo comprendía y que solo quería que se marcharan. Sin embargo, ellos insistieron en explicarle la situación.

La violencia se había extendido por el país durante meses.

Y luego, aumentó súbitamente. Por lo visto, los inconformes tenían un líder. Alguien capaz de organizar en un movimiento a los inconformes. Corría el rumor de un envío ilegal de armas y se habían dado pasos para evitar que el caos se extendiera y se perdiera el país. Se presentaron reivindicaciones que se aceptaron. El gobierno aprobó la ley de la reforma agraria a toda prisa, en cuestión de días. Los hombres estaban al tanto desde hacía tiempo.

Durante meses, le habían reiterado al viejo que la expropiación era cada vez más probable. Pero eso no significaba que no pudieran hacer negocios en el caos. Los viejos tiempos habían quedado atrás, y ahora el gobierno estaba luchando por mantener el poder. Los blancos estaban luchando. Eso era tan real como todo lo demás. Y se podían conseguir cosas. Hasta en época de dificultades.

Por ejemplo. Los tres hombres habían jugado bien sus cartas y habían conseguido que los nombraran inspectores especiales del proceso de la reforma agraria. Le habían dicho al viejo que había oportunidades, incluso para gente como ellos.

Yen cuanto a la gente como su padre…, bueno, había sido una conversación extraña. El viejo no se lo tomó muy bien. No creía en su autoridad; ni siquiera creyó cuando le enseñaron los papeles sellados y autorizados. Se negaba a creer que los tiempos estaban cambiando.

Ciertamente, no sabían en qué quedarían las cosas. ¡Incluso ahora tenían dudas! Seguían trabajando en los detalles, era un asunto complicado. Le habían dicho al viejo que pasaría un tiempo antes de que le expropiaran las tierras. Pero Tom ya debía de saberlo. Su padre se lo habría contado. Ellos no estaban informados de que Tom fuera a heredar las tierras tan pronto. De haberlo sabido, lo habrían incluido en las conversaciones.

De todas formas, se mostraron impresionados por la rapidez con la que Tom había reaccionado. No se lo esperaban. Pero allí estaba él. Faltaba una semana para que se cumpliera el plazo y ya se había adaptado a la nueva situación. A su modo, era tan rápido como su padre. Había sido muy astuto al vender las reses. Desgraciadamente, tenían la obligación de embargar los bienes como el ganado y la maquinaria, además de las tierras. Pero allí estaban ellos y no había nada que embargar.

El valle era un caos. Le podían contar una o dos historias al respecto. En cuanto a él, suponían que se acostumbraría con facilidad. A fin de cuentas, solo eran tierras. Que apenas había utilizado. Y su vacada se había reducido mucho durante los años anteriores. Sí, dijo Tom. Todo era cierto. Se habían concentrado en el río. El río se había convertido en su fuente de ingresos. Los hombres le preguntaron cuáles eran sus intenciones y Tom se encogió de hombros.

Agradeció a los hombres la visita. Ellos sonrieron. Era obvio que lo tomaban por un idiota. El hijo idiota engañado por el padre astuto. Tom sabía que esa era la imagen que tenían de él. Los hombres sacaron un bolígrafo y le pidieron que firmara unos documentos. La transferencia de las tierras. Lo que su padre ya había firmado, nada más. Tom firmó los documentos sin mirarlos y les pidió que lo disculparan con la excusa de que no se sentía bien, de que no se había sentido bien desde la marcha de su padre.

Los hombres dijeron que lo comprendían y se fueron en silencio. Desanduvieron sus pasos por el camino y él los observó desde el interior de la casa, tras haber cerrado la puerta. Los hombres dejaron una copia de los documentos a uno de los criados. Nadie llegó a comprobar los documentos. Tom se retiró a su dormitorio, que ahora estaba en el ala de la servidumbre (habían cerrado gran parte de la casa). Se tumbó en la cama y se puso una bolsa de hielo en la frente.

Se tumbó en la cama y, a su alrededor, se derrumbó el negocio de los cuarenta años anteriores. La historia de la granja se disolvía. El mito de su padre hincaba la rodilla en la tierra. Era como coger un cabo suelto, era como echarse hacia atrás. Empujó con los talones y se balanceó sobre las patas traseras de la silla. Se inclinó y todo se deshizo. La tierra y el viejo, el primer colono que llegó por mar. Y luego su madre, también su madre, antes de los granjeros vecinos y del pescado, de la agitación del río y de las pesadas redes en el agua.

Permaneció tumbado en la oscuridad, agarrando el cabo suelto en su pecho; aferrándose a él como si fuera un muñeco de peluche. De niño, cuando estaba enfermo, pasaba muchos días solo. Los criados satisfacían sus necesidades físicas y nada más. Su madre estaba ausente. Su padre también estaba ausente. El aire de la habitación se viciaba y se cargaba de polvo mientras una nube de indiferencia se ceñía sobre él. Siempre deseaba que su enfermedad fuera larga. Para estar solo donde nadie pudiera verlo.

Y ahora había sucedido. Se había cumplido su antiguo deseo. Era como si la enfermedad hubiera conquistado el mundo y él se hubiera quedado en la cama, abandonado y olvidado. Soñó, con una vida que no viviría. El negocio de equitación que le habría gustado tener; la esposa con la que se habría casado; los turistas que habrían

vuelto a la granja. Sus sueños se desplegaron por el aire quieto y se solaparon. Tom tenía fiebre. La humedad se extendió por las sábanas y él sufrió accesos frecuentes y profusos de transpiración.

Tom se había retirado a su dormitorio, a su inercia, y la granja, lo que quedaba de ella, las cuatro mil hectáreas casi sin río, se gobernó a sí misma. El olor a ganado llegaba y se iba. El jardín se arregló. Tom siguió en la cama y sus sueños se multiplicaron mientras contemplaba la nueva vida que se arrastraba por la colina. No sabía si era real o una alucinación. Se hundió en la tierra. La separación de la tierra siempre había sido menos nítida en Tom que en su padre. Y la separación cedió incluso entonces, aunque la tierra ya no lo quería.

La tregua de Tom fue temporal. No encontraba verdadero consuelo en ella, y pronto se vio expulsado al mundo. Su soledad solo había durado unos meses. El mundo, tal como era y tal como había sido, volvió en sus dos facetas para hostigarlo. El país volvió. También el tiempo lineal. La tierra se estremecía y el mundo exterior rugía con los cambios. Las viejas estructuras del poder habían regresado, pero con otra forma. Y ahora, su vida era la misma y era completamente distinta a la vez.

Tom se levanta. Va a la cocina a buscar a Celeste. Está junto al fuego. Siempre está junto al fuego. Durante seis meses, ha caminado por las tierras (la granja ha encogido mucho, pero sigue siendo suficientemente grande para pasear). Como si estuviera buscando a Jose y al viejo. Como si creyera que los podía encontrar allí, en algún lugar. Ahora ha vuelto a la cocina y Tom piensa que está aliviada y tranquila. A pesar de los cambios que se han producido. A pesar de los que se siguen produciendo.

Celeste asiente al ver a Tom. Está preparando sopa para el viejo. Una cena de plato único. Antes cocinaba para mucha más gente; comidas espléndidas en mesas llenas. Huelga decir que el menú ha cambiado, pero ello no se debe únicamente al empeoramiento de sus circunstancias.

—¿Ya está lista?

Ella gruñe y le oculta el fuego con la ancha superficie de su espalda.

Está bien, piensa Tom; está bien. Que haga la sopa, pero la sopa no irá a ningún sitio sin él. Ese es su trabajo. Aunque no se puede

decir que lo disfrute demasiado.

Tom tiene una serie de pensamientos inconexos. No representan las mejores facetas del hombre. Recela. Se siente maltratado. Sabe que es un sentimiento mezquino. Está cansado. Le asombra que, en muchos sentidos, la vida siga como antes. Come la misma comida. Duerme en la misma cama. Caga la misma mierda. Sí. Todo eso es verdad, pero no es verdad.

Mira a Celeste, que se inclina sobre la cacerola y mueve la sopa con un cucharón de palo largo. No está acostumbrada a ese tipo de cocina. Ni es lo que se le da mejor ni es lo que le gusta. Su fuerte es otra cosa. Salsas suntuosas. Carnes achicharradas (crujientes y humeantes por fuera y tan tiernas por dentro que casi se deshacen). Mantequilla y nata y vino.

No esto. Caldo de verduras rebajado con agua. Sin sal, pero con un poco de pollo porque no se ha podido resistir a la tentación. Es incapaz de trabajar sin nada más que unas zanahorias y unas cebollas. Qué sentido tiene eso. De la comida mala no puede salir nada bueno. ¿Quién se ha puesto mejor alguna vez con mala comida? ¿Quién se ha curado?

Tom hace caso omiso. (Celeste no dice todo eso en voz alta; lo dice dándole la espalda, que sigue encorvada sobre la cacerola. Ella ha echado un chorrito de nata, aunque él le había dicho que no lo hiciera. Aunque le había dicho que solo empeora las cosas. El comprende que no lo puede evitar. No sabe cuidar al viejo de otra forma). Tom se acerca y se pone a su lado para poder ver la cacerola. Y la sopa que contiene, que ya parece estar lista.

—Ya está lista. Y Celeste. Esta vez, no pongas mantequilla en la tostada.

Ella lo mira fijamente y espolvorea pimienta y sal. Con la mano abierta. Añade más nata, y él mira. Él sacude la cabeza. Se pregunta si va a seguir así. Si insistirá en buscar pelea donde no hay ninguna. Aún lo está mirando con cara de pocos amigos cuando alcanza la barra de pan. Coge un cuchillo y corta dos rebanadas. Las pone en la parrilla y deja la parrilla en el fuego.

Tom revisa la bandeja mientras esperan a que el pan se tueste. La sopa no huele particularmente bien, pero tiene hambre y la sopa se lo recuerda. Corta un pedazo de pan y se lo come de forma distraída. Sabe un poco rancio. Celeste lo mira con desaprobación.

—Si me lo hubiera pedido, se lo habría tostado.

Tom desestima el comentario con un gesto. Tiene la boca tan llena que no puede hablar. Vuelve a revisar la bandeja, con cuidado de que no le caigan migas. Nunca se es suficientemente cuidadoso. Comprueba la cuchara, el cuchillo y el tenedor. Sobre la servilleta de paño. Todo está bien. Pone las manos en la bandeja y, un segundo después, se siente abrumado. Pensar en levantar la bandeja y llevársela. Aparta las manos y se sienta, repentinamente necesitado de un descanso.

Celeste aparta la parrilla del fuego. Pone las tostadas en la tabla y las corta por la mitad. Luego, las envuelve en un paño y las lleva a la bandeja. Mientras alcanza la mantequilla, mira a Tom.

—Nada de mantequilla, Celeste.

Ella lo ignora y corta un trozo.

—Nada de mantequilla, Celeste.

Celeste guarda la barra de mantequilla y se limpia las manos en el delantal. Alcanza un cuenco y sirve un único cazo de sopa. Lo pone cuidadosamente en la bandeja. Lo mira.

—Puedo llevarlo yo.

—No es necesario.

Ella lo mira con astucia.

—Parece cansado. Quédese aquí. Está vez lo llevaré yo. Por una vez, lo llevaré yo.

—No.

—Se va a agotar. Se lo advierto.

—Estoy bien.

Tom se levanta y mira a Celeste. Ella tiene razón. Está cansado. Acabará exhausto. Todo lo que dice es verdad. Pero no puede llevarle la bandeja. Los dos lo saben. Tom alcanza la bandeja. Ella hace un ruido de protesta, pero no intenta impedirlo. Él comprueba el platillo con la pastilla. Sí. Está ahí. Junto a la servilleta. A continuación, levanta la bandeja con sumo cuidado para no derramar la sopa ni el vaso de agua. La levanta, sale de la cocina y desaparece por el corredor.

7

La habitación está oscura. El viejo descansa en la cama y piensa en las cosas que tiene que hacer. Oye ruidos tras la pared y las ventanas. Los ruidos de la granja. Hace listas en su mente y las listas crecen, se salen del papel, crecen en todas las direcciones. Corren hasta el borde del papel y saltan, y él se rinde. No puede impedir que sigan creciendo. Algunos días, puede sentir las listas en la piel. Gateando sobre su pecho, por sus piernas, dentro de su cuerpo. Son la causa de los temblores y los espasmos.

Está algo confuso. No sabe lo que le está pasando. Cuando tiene un mal día, comprende que está ocurriendo algo nuevo, que su cuerpo navega por mares ignotos. Pero ni en un mal día entiende lo que eso significa. Su mente no se lo permitiría. Su mente se está derrumbando, se está deshaciendo como un puñado de arena, pero sigue siendo su parte más fuerte.

El viejo sostiene puñados de esa arena; recuerda que se ha estado haciendo viejo desde hace tiempo, que se hace viejo y se hace fuerte. Crece y la gente que lo rodea se hunde y casi es como si quisieran hundirse. Ese es su secreto. No ha sido siempre así. De joven, tuvo que luchar porque el mundo no se ajustaba a sus deseos. Luego se hizo viejo y el mundo empezó a rendirse ante él y continuó por ese camino, rindiéndose y rindiéndose.

Pero el mundo vuelve a desafiarlo. Se encoge en una espiral, y no entiende por qué. ¡El mundo le está quitando lo que le dio! Primero fue el país. El cambio de tierras, el repliegue de la propiedad, algo más allá de su poder y de su jurisdicción. Luego fue la chica, fallándole de ese modo, su cuerpo ocupado por la semilla de otro hombre. El viejo intentó abrir el mundo, intentó sujetarlo para que se quedara ahí. Y en lugar de eso, se vio obligado a volver.

Él, precisamente él, forzado a retirarse a un rincón, con la chica tropezando a su espalda, y el rincón ni siquiera era seguro.

Su cabeza se estremece en un espasmo que no puede controlar. Su cuerpo lo está desafiando igual que el mundo. El mundo en su cuerpo mientras el mundo se achica. Y se asienta en su hinchado estómago como una pelota. Además de eso, están sus piernas, su pecho y sus brazos. No le queda nada más. Pero también lo puede perder; lo perderá si no se anda con cuidado. Le gustaría unir su cuerpo. Piensa en juntar huesos y músculos para lograr que vuelvan a ser fuertes.

Se agacha en el borde de la cama. Es una colección de huesos, el estómago como el carozo de una fruta y las extremidades como esquirlas. Los brazos que se astillan cuando los tocan. No puede creer que ese cuerpo sea suyo. No está seguro de que lo sea. Intenta hacer ejercicios de brazos. Levanta uno hasta la altura del hombro y lo baja. Tras repetirlo, se queda sin respiración y se tiene que tumbar. Se apoya en un poste de la cama y se agarra a él con las dos manos. Se echa otra vez en la cama. Aparta las manos del poste y las presiona contra la sábana. El aire vibra en su garganta.

Se tumba en la cama y espera. Cierra los ojos, pero su mente no descansa. Duerme. La gente dice que está durmiendo bien, dice que descansar es bueno y que lo necesita. Pero se despierta exhausto de sueños que no puede recordar; se despierta y no se siente fresco como antes. Sueña, y el sueño es tan intenso como una alucinación. Pero nunca es tan intenso como el dolor, que no es nada salvo una sensación insoportable. Que solo puede empeorar.

Así que se tumba en la cama; muerto de miedo, aunque nadie lo diría. No se debe subestimar el carisma de los moribundos. El carisma está amarrado al viejo y el viejo se hace cada vez más grande con él. Se extiende sobre la granja, que sigue encogiendo por la expropiación, que se sigue reduciendo. Se aferra a la casa y a las tierras. Se niega a perder la propiedad. Pero solo él sabe, solo él ve, lo que está por venir.

La puerta se abre y Tom entra con la sopa. El viejo abre un ojo y mira a su hijo. Tom deja la bandeja en la mesita, incorpora a su padre y lo tumba sobre los cojines. A continuación, coge la servilleta y la desdobla con cuidado. La extiende sobre el hinchado estómago del viejo, que está duro como una roca y crece cada día

más. Tom pone una silla junto a la cama, alcanza el cuenco de sopa y le da de comer.

Un mes antes, cuando el viejo volvió a la granja, todavía se sostenía sobre sus dos piernas. El coche desconocido, ruidoso y destartalado, bajó por el camino, y el viejo estaba sentado detrás. La chica estaba sentada a su lado y Jose, que iba delante, no parecía ni un chófer ni un granjero. La ventanilla del coche bajó, y el viejo miró a su hijo.

—Las cosas han cambiado.

Tom asintió. Aquí también, quiso decir. Aquí también han cambiado las cosas. Ya no son como cuando tú te marchaste. Sintió ira y alivio a la vez. No vuelvas/vuelve. La cara de su padre, que lo escudriñaba a través de la ventanilla, era complicada. Creía que podía volver y encontrarlo todo como antes. Como si no hubiera pasado nada. Como si él no tuviera nada que ver con la nada que había pasado. Tom ardió en deseos de hablarle sobre su resentimiento, sobre toda una vida de resentimiento que apenas entendía y que en ese momento llegaba a un punto crítico. Tengo cosas que decirte, pensó. Hay cosas que debes oír.

No tuvo ocasión. Aquella misma tarde, su padre sufrió una crisis. Su metro ochenta cayó al suelo. La chica gritó pidiendo ayuda. Los criados corrieron. Lo levantaron y lo llevaron a un sofá.

Se estremecía de frío y lo taparon con una manta. Había sangre en las losetas y sangre en la cabeza del viejo. Podían oír cómo le castañeteaban los dientes dentro del cráneo. Tumbado en el sofá, el viejo intentó recuperarse y vomitó dos veces en el suelo. La chica se levantó y lo miró, las manos en el estómago. Su estado también era distinto. Últimamente ha sido así, dijo. Está empeorando.

Parecía enfermo. No tenía buen color. Su cuerpo se deslizó saliéndose de debajo de la manta: un tobillo y una pantorrilla, finos como varas. Tom nunca había visto tan delgado a su padre; no lo habría creído posible. Se giró y ordenó a uno de los chicos que preparara un dormitorio cerca de la cocina y de los cuartos de la servidumbre, para que pudieran atenderlo más fácilmente.

El viejo lo escuchó, pero no protestó. Cerró los ojos. Había un fuerte hedor a vómito en el aire. Le dijo a Tom que no se sentía bien y que había vuelto a la granja para recuperarse, para ponerse mejor. Tom asintió. Dijo que la granja ya no era lo que había sido. El viejo

no dijo nada. Tom declaró que las cosas también habían cambiado allí. Yo también he cambiado. El viejo siguió sin hablar. Tom no dijo nada más.

Prepararon tres habitaciones para el viejo. Un dormitorio, un despacho y una sala de estar. La chica eligió dormir en la sala de estar; el viejo, en el dormitorio. De día, él se sentaba en el porche y ella lo acompañaba a dar paseos cortos. Cruzaban la pradera y la chica le decía que estaba cansado. No, decía él. No, no estoy cansado. Claro que lo estás, insistía ella. Y él hacía caso omiso, pero enseguida volvía con ella a la casa.

De ese modo, se estableció un perímetro. El viejo tomaba las comidas en la sala de estar y pasaba horas en el porche, bajo el débil sol de primavera. No recuperó la salud. Bien al contrario, adelgazó más. Su color pasó a ser gris y, después, verde. Con determinada luz, en determinados momentos del día. En otras circunstancias, volvía a su gris habitual. Cambiaba constantemente, y lo estaban perdiendo en ese cambio.

Una vez establecido, el perímetro se encogió rápidamente. Una semana y ya no podía salir a dar su paseo diario. Otra semana y se tambaleaba al intentar llegar al porche. Dio bandazos desde la pared hasta los muebles mientras avanzaba por el pasillo. Se sentó en silencio durante media hora, para recuperar el aliento. No aceptó ayuda.

Luego, el viejo renunció al porche y se quedó en sus habitaciones. En otros tiempos, poseía todo lo que la vista alcanzaba. Ahora tenía tres habitaciones y hasta esas tres habitaciones estaban desapareciendo. Tocaba fondo a cada paso, en cada centímetro, anunciando lo que estaba por venir. Al darse cuenta, Tom comprendió que se estaba muriendo. Los animales morían de la misma forma. Cuando perdían su territorio. Las reses se retiraban a los establos. Los perros asilvestrados se encogían de miedo en las esquinas.

La muerte lo igualaba todo. Tom se dio cuenta, pero no quiso creer que el viejo se moría. Fue la confusa prueba de que Tom no estaba preparado para ese final. Negó su conocimiento del hecho. Rechazó la idea como si fuera una semilla seca en la palma de su mano. Cerró el puño y la intentó ocultar, enterrándola en el bolsillo trasero de los pantalones. Donde se quedó suspendida. Junto a la

rabia de Tom contra el viejo y contra todo lo que había hecho. Contra su caída en desgracia.

Un bolsillo lleno de confusión. Tom se concentra en el presente. Piensa que es la forma de afrontar todo el asunto, aunque no sabe, no podría decir, en qué consiste ese «asunto». Se sienta junto a su padre. Le lleva la sopa a la boca. Dos días antes, el viejo decidió aceptar ayuda. No tenía elección. Ya no podía satisfacer las necesidades básicas de su cuerpo sin ayuda. Y eligió a Tom, que no sirve para nada y que, en consecuencia, es el más apropiado para la tarea. El viejo se resiste a que los indígenas lo vean en ese estado de debilidad. Pero que lo vea Tom es como si no lo viera nadie.

Así que Tom tiene ahora el privilegio de intimar con su padre; algo que, en otro tiempo, habría significado mucho para él. Por ejemplo, se sienta junto a su cama. Tan cerca que distingue la textura de su piel, cada pelo de su brazo. Tan cerca que huele el hedor de su aliento, más fuerte de lo que imaginaba. Tom lleva la cuchara a la boca del viejo y el viejo la abre con obediencia. Pero los dos se comportan como si no hubiera obediencia.

La puerta se abre. Es la chica y Tom la saluda con la cabeza. Ella cruza la habitación con dificultad. (Laboriosamente sería la palabra, y no solo por su estado. El suyo no es un embarazo feliz. La ha avejentado, le ha chupado la vida. Aunque sigue siendo delgada y traviesa, a pesar del bombo). La chica renquea hasta una silla que está contra la pared y se sienta. El viejo traga la comida que tiene en la boca. Abre los ojos y la mira.

Está sentada en la silla como si la hubieran clavado a la pared. Es consciente de la animadversión del viejo, Tom lleva más sopa a la boca de su padre, que no deja de observar a la chica. Que haría cualquier cosa por volverse pequeña, pero no puede por culpa de su estómago. Que se encoge y se encoge mientras su estómago permanece. Es algo con vida propia, casualmente adjunto a su cuerpo. Todos lo saben.

Tom mira el cuenco. Está casi vacío. Moja un trozo de tostada y lo lleva a la boca de su padre, que masca y traga. Sus ojos siguen fijos en la chica. Tom recoge la bandeja y se levanta para marcharse. Mira a la chica y hace un gesto hacia la puerta. Ella no se mueve. Tom la vuelve a mirar y la chica se incorpora a regañadientes y lo sigue.

Cierran la puerta a sus espaldas y se miran. Sin hablar, ella agarra la bandeja y tira de tal forma que el cuenco y los cubiertos tintinean. El permite que la coja. Sus manos entran en contacto. Ella se apoya la bandeja en el estómago y, a continuación, se da la vuelta y se va, con la bandeja vacía descansando pesadamente en su embarazo.

Tom la sigue con la mirada. Está de ocho meses. Esa es la otra cosa que llegó a casa en el coche. Se muestra, se muestra… Su estómago tensa las costuras del vestido. Cada día, rompe un vestido y se tiene que coser uno nuevo. La chica sigue siendo minúscula, y el embarazo es poco natural. Cada vez que el vestido se le rompe, Tom espera ver un estómago de plástico, un cojín relleno, una no verdad con forma de verdad. Pero no hay nada salvo carne estirada, un campo de carne en su estómago.

Su padre se está muriendo, pero aún es capaz de engendrar vida. Capaz de colonizar el cuerpo de una mujer. A fin de cuentas, es un hombre. Tom también es un hombre, pero no sabe nada de eso. Cuando vio el estómago de la chica por primera vez, los celos se apoderaron de él. Celos que sintió en varias partes. El estómago de la chica como prueba añadida de su marginación y también como prueba añadida de la obscenidad del viejo.

Pero Tom no estuvo totalmente acertado en su valoración de los hechos y, en consecuencia, no estaba preparado cuando las cosas dieron un vuelco. Tendría que haberlo estado. Había un precedente. Un hombre se puede estar muriendo, pero eso no significa que su carácter cambie. Ese hombre en particular, ese viejo, se vuelve más él mismo mientras se muere; simplemente, destila su propio ser. Su poder no va a ningún otro lugar.

La noche de su vuelta, los tres —su padre, la chica y él mismo— se sentaron a cenar. Durante meses, Tom había sobrevivido a base de arroz y judías. Pero aquella noche, Celeste hizo un esfuerzo heroico y la mesa solo ofrecía dos o tres veces menos manjares —quizá cuatro— que en los viejos tiempos. Pedazos suculentos de pescado y de carne. Tom no había visto un pescado en varios meses. Ni vivo ni de ninguna otra forma.

Cuando sirvieron el pescado, el viejo dijo: «He extrañado tus platos, Celeste». Él dio un bocado y ella se ruborizó y volvió apresuradamente a la cocina. Pero el viejo no se terminó la terrina,

ni la sopa, ni los platos posteriores. Dijo que no tenía hambre. Llevaban casi una semana en la carretera. Tom asintió y le informó de que su habitación estaba preparada y de que se podía acostar cuando le pareciera mejor.

Pero su padre no se quería acostar. Se tomó su oporto (¡un mes antes aún bebía! Un mes antes aún era capaz de aguantar toda una comida sentado) y miró a su hijo. Luego, anunció que la chica daría a luz dos meses más tarde. Tom asintió. Su cabeza estaba haciendo los cálculos: nueve menos siete son dos, son seis meses menos siete, es un mes. El viejo dijo que tendrían que prepararse.

A continuación, sus ojos se volvieron hacia la chica, que lo miraba sin expresión alguna. Ella entreabrió la boca como si fuera a decir algo. Sus labios fueron lo siguiente en moverse, pero no emitió ningún sonido. El viejo la miro fijamente. Poco después, se levantó y dijo que se iba a acostar. La chica se levantó con él. Enroscó su brazo en el de él. Dijo que no necesitaban que los acompañaran. Dijo que ella se encargaría de todo.

Tom limpió la mesa. Ahora que había echado a casi todos los criados, la limpieza era cosa suya. No le importaba. Se había acostumbrado; había tardado poco en acostumbrarse. Llevó los platos, la vajilla, las copas de vino. Celeste había descorchado una botella que había encontrado en alguna parte. Tal vez tenía cajas y cajas de vino escondidas debajo de la escalera… Evidentemente, en aquella casa pasaban cosas de las que él no estaba informado. Se puso uno de los delantales de Celeste y lavó los platos sucios.

Se estaba quitando el delantal cuando la chica entró en la cocina. Tom forcejeó con el nudo y las tiras de la prenda antes de conseguir quitárselo.

—¿Sí?

—Una taza de té.

Él asintió y alcanzó la tetera. La llenó de agua, encendió una cerilla y la llevó al quemador.

—No —dijo ella.

—No —repitió él.

—Siéntate.

La chica intentaba aparentar que tenía el control de la situación. No lo tenía de aquella ni de ninguna, y los dos lo sabían. Sus labios temblaron. Parecía cansada. Pero aun así él se sentía indefenso,

aunque no sentía el menor afecto hacia ella. Su presencia confundía al hombre. Ella parpadeó y se apoyó en una silla. Él se sentó.

—Tu té.

Ella sacudió la cabeza.

—Apagaré el gas.

Ella volvió a sacudir la cabeza. Tom oía el zumbido de la llama a su espalda.

—El bebé.

—Sí.

—No te comportes como si no tuviera nada que ver contigo, por favor.

El agua comenzó a hervir. Él se levantó y apagó el quemador.

—Todo aquí tiene que ver con todo.

Él la miró. Intentó sonar tranquilizador. Aunque no se sentía ni mucho menos tranquilo.

—Estaremos preparados.

—No me refería a eso.

Tom se sentó con inquietud. Ella se inclinó hacia delante.

—¿No quieres saber quién es el padre?

—No es asunto mío. Es cosa tuya y de él.

—¿Es posible que no te acuerdes?

La chica había convertido su cara en una máscara de rabia e incredulidad, pero no parecía sentir ninguna de esas emociones. Se sentó a su lado y cruzó las manos sobre el estómago.

—Estabas borracho.

Él se estremeció.

—Yo no bebo.

—Pero estabas muy borracho. Me asusté cuando llamaste a mi puerta. Casi no podías caminar. Todo ocurrió muy rápido.

—Eso es imposible.

—Tu padre se llevó una sorpresa cuando se lo conté, pero luego dijo que había pasado lo que tenía que pasar.

No está en sus cabales, pensó. Su mente se había resquebrajado y aún no había recogido los fragmentos. No pensaría de verdad que él se iba a creer esa historia. No pensaría de verdad que era tan estúpido. Él, precisamente. El hijo del viejo. Y, no obstante, ella siguió hablando.

—Lo entendí —dijo—. Eras…, eres mi prometido.

Él parpadeó.

—Tienes ciertos derechos.

La chica lo miraba con atención. Tom intentó no escuchar. Se recordó que era una manipuladora. Pero la idea —no, no la idea, sino una colección de deseos e imágenes, de la chica, de la granja, de una versión de la vida— había germinado otra vez en su interior. Podían tener otros hijos, por ejemplo. Tom se dijo que no la había tocado nunca, aunque no por falta de ganas. La boca se le quedó tan seca como si ella se la hubiera llenado de algodón.

—Tengo derechos…

Ella asintió. Él, también. Aunque la chica no le iba a abrir su corazón; aunque esa tienda estaba cerrada, al menos temporalmente. Le había concedido sus derechos demasiado tarde. Pero la chica no tenía por qué confirmárselo. A fin de cuentas, era obvio. Él la miró fijamente y se humedeció los labios. En su frente aparecieron arrugas de confusión.

—¿Qué es lo que quieres?

Ella apartó la mirada y, un segundo después, sacudió la cabeza. No sabía lo que quería. Le habían arrancado la medida de lo que quería. Le habían robado la cinta métrica. No había sido fácil… impedir que los fragmentos se alejaran flotando. Le había costado todo lo que tenía. Si hubiera tenido una cantidad de cuerda interminable, habría atado todos los fragmentos y habría estado entera otra vez. Pero la fragmentación volvía a ella a veces, en fogonazos.

La chica echó un vistazo a la cocina. Ahora crecía algo en su interior. Algo que había evitado durante años con tacto y astucia, pero que ahora era una realidad categórica. Su cuerpo pesaba cada día más, como si el bebé fuera de plomo. La cadena se tensaba. Su mundo encogía. Como encogía el del viejo. En eso también eran iguales. Sus cuerpos se sublevaban al unísono y el mundo a su alrededor…

Se levantó, se acercó a la cocina y encendió el quemador. Esperó a que el agua hirviera, con Tom a su lado. No imaginaba una vida con aquel hombre; no pensaba en él en esos términos. Solo necesitaba que hiciera lo que debía hacer, lo que el viejo había

dicho que haría. El viejo le había hecho una promesa. No había pronunciado las palabras, no se había comprometido en modo alguno, pero era lo mejor que tenía:

Miró la llama. La sensación de náusea se le había aferrado a la cabeza y al estómago. La primera oleada se presentó poco después de que llegaran a la ciudad. Notó el cambio en su interior, pero era lo que cabía esperar. Teniendo en cuenta lo sucedido. Teniendo en cuenta lo insertado y, después, lo arrancado. Luego, su menstruación se retrasó y ella siguió sin pensar. Intentaba recuperar todas las piezas de su cuerpo. No se le había ocurrido que en aquel desierto pudiera crecer algo.

No era buen momento para eso. No estaba en condiciones de dar vida. Mientras, su cabeza y su cuerpo seguían abotargados. Había sufrido daños duraderos. Casi esperaba que el bebé se le saliera del cuerpo, pero no fue así. Casi esperaba que el bebé se le cuajara en el cuerpo, pero no fue así. Hizo lo posible por provocarlo. Lo intentó dos veces, pero insistía en vivir, en crecer en su interior. Por lo tanto, necesitaba que la protegieran. El viejo había estado a su lado hasta ese momento. Ahora estaba embarazada y se preguntó si continuaría a su lado.

Aunque el niño no fuera suyo. Porque creía que no lo era. Había dedicado mucho tiempo a los cálculos y no estaba totalmente segura…, garabateando papeles y contando con los dedos, sumando o restando un día, era difícil de saber. El padre seguía sin cara y sin nombre, como el grupo de hombres de aquella noche. El padre era un monstruo de muchas cabezas. Esa era la verdad. Y para lo que crecía en su interior no había oraciones suficientemente fuertes.

Fue a ver al viejo y le dijo lo que ya transpiraba en sus entrañas. Esperó a que él preguntara si era el padre para decirle que sí, que por supuesto, que obviamente sí, ¿quién si no? Pero no lo preguntó. En cambio, quiso saber por qué no lo había resuelto. Ella le dijo que lo había intentado. Lo había intentado. Había intentado librarse de aquella cosa, pero había fracasado y estaba atrapada. Era como llevar una soga al cuello.

La cara del viejo se llenó de ira. Este hombre, que podía soportar la violación, pero no la prueba de la violación. Que no podía vivir con la prueba que crecía delante de él. Ella pensó que le pediría que se marchara, pero no lo hizo. Porque estaba enfermo. Pronto

descubrieron que estaba enfermo y que tendrían que volver a la granja. Las cosas no habían salido según el plan. Se habían quedado sin dinero y el viejo había descubierto que no tenía crédito en ningún banco. Ya habían vendido los caballos y las joyas.

El viejo dijo que no tenía otro sitio a donde ir. No se podía quedar en la ciudad. Ella dijo que el campo no era un lugar seguro. Dijo que no creía en la paz. Que había rumores de que la violencia se estaba extendiendo otra vez por el país. De que los nativos no se habían calmado. El gobierno no había hecho suficiente. Ella preguntó si había otra opción, otra forma. Él la miró fijamente y replicó que no creía en las habladurías sin fundamento.

La habría abandonado si hubiera podido. Ya no le servía de nada. Pero no podía viajar solo, así que la chica hizo un esfuerzo por volver a ser útil. La necesidad se lo imponía. Hizo los preparativos del viaje. Adquirió un coche con prisas: le dio a Jose un puñado de billetes y, dos horas después, este volvió con un Buick que parecía un coche fúnebre y varias latas oxidadas de gasolina. Un artefacto de chiste que se estropearía en cuanto sus ruedas empezaran a girar. Pero discutir no habría servido de nada. Llevaron el equipaje al coche y salieron a la mañana siguiente.

Jose condujo entre el tráfico de la ciudad. Cuando llegaron a la carretera, que estaba vacía, aceleró. Pero había tantos baches y grietas invisibles que pincharon dos ruedas y el motor se ahogó varias veces. El coche fúnebre se paraba todo el tiempo y ellos lo persuadían —lo persuadían y golpeaban alternativamente— para que volviera a ponerse en marcha.

A esas alturas la chica estaba desesperada por llegar a la granja, al recinto de la propiedad. Estaba nerviosa y la carretera le daba miedo. Entre tanto, el viejo se había puesto tan enfermo que la velocidad no era suficiente en su viaje hacia el sur, y ella vio que estaban volviendo a la granja para que muriera allí. Estaba tumbado en el asiento de atrás y se moría a cada kilómetro. Sudaba y estaba azul y verde. Ella tampoco se encontraba demasiado bien. Las náuseas la obligaron a pasar medio viaje con la cabeza fuera de la ventanilla, soltando las tripas o intentándolo.

A medio camino del valle, pidió a Jose que detuviera el coche. La chica vomitó en el arcén de la desierta carretera; vomitó tanto que pensó que el niño se le había salido en una de las arcadas.

Mientras volvía al coche, se dio la vuelta para ver si, entre la fécula y las proteínas medio digeridas, había un feto. Luego, entró en el coche y gritó a Jose que arrancara. El coche arrancó ruidosamente. Si la chica hubiera atisbado un puñito o un piececito surgiendo del charco de vómito, le habría pedido a Jose que pisara el acelerador.

Estaban a ciento cincuenta kilómetros de la granja cuando el viejo se incorporó en el asiento trasero. Como un vampiro. Salió del sueño de su ataúd, tras estar tumbado de espaldas todo el viaje, y le dijo a la chica: «Hablarás con Thomas y le dirás lo del niño». Ella se volvió y lo miró. ¿Decirle qué? ¿Que iba a tener un hermano?

Lo dijo esperanzada. Se recordó que ella era tan fuerte como el viejo. Que, en otras circunstancias, habría sido capaz de tener y de dirigir su propia granja. Que ella era más parecida al viejo de lo que ninguno de los dos se dignaba a admitir. El viejo sacudió la cabeza. «Un hijo. Le dirás que va a ser padre». Luego, se volvió a tumbar.

La vergüenza del padre se transfirió al hijo. Eran hombres hechos de apariencias. Y ahora, la chica estaba en la cocina, esperando que el agua hirviera. Tom esperaba junto a la mesa, de pie, observando. Se había pasado toda la vida a la sombra del viejo. Su aguante era considerable. Era como una de esas plantas obstinadas que crecen bajas y se pegan al suelo. Nadie se fija en ellas, pero sobreviven a las más altas y verdeantes. Sí, seguramente seguiría allí después de que ella hubiera pasado y se hubiera marchado. La chica lo vio arañar el suelo con sus inquietos ojos.

Ella le pidió que se sentara. Ya no tenía miedo. Estaba segura de que acataría su destino, como ella misma. Tendría la seguridad que necesitaba. Era el viejo. Los dominaba a los dos. Pero también era algo más. A decir verdad, era mucho más. El país estaba sumido en el caos. Y había más: las náuseas, el embarazo y la cercanía de la muerte. ¿Qué podían hacer salvo rendirse ante lo evidente en lugar de rendirse ante lo correcto? Eran demasiadas cosas.

Sí. Incluso para ella. Miró a Tom y sintió lástima de él, a pesar de sí misma. La brecha que los separaba se había estrechado un poco. Quiso decirle que tenían algunas cosas en común. Quiso decirle que no eran tan distintos. Pero eso atentaba contra su buen juicio. El principio del fin.

8

Tom y la chica están sentados en la cocina. Tom se inclina hacia delante. Que el viejo muera es una cosa, le dice ella; pero ¿qué pasará si se recupera y sobrevive? Su padre mira por la ventana y no parece ser consciente de que la tierra ha cambiado. Habla con él sobre lo que van a hacer al año siguiente. Habla sobre las mejoras que deben afrontar. Cuando el río baje claro, reabrirán la piscifactoría y añadirán otra estructura. Abrirán senderos nuevos; incluso un segundo pabellón para los turistas.

Tom no cree que el viejo vea los cambios del país ni los cambios de su propio cuerpo. Tom no intenta sacarlo de su error. Hace lo contrario. Es como un juego de farsas. Dice y no dice; ni siquiera encuentra una razón para comportarse de otra forma. La imagen de su padre se ha esfumado, pero Tom le sigue teniendo miedo. Teme por sí mismo. Esa parte de su relación permanece intacta. Tom se toma el té y le pregunta a la chica cuánto sabe su padre, cuánto recuerda.

Ella se encoge de hombros. Sabe bastante, replica. Sabe más que tú; más que tú y yo juntos. Tom le dice que no puede ser verdad. Le pregunta si ha estado escuchando lo que el viejo ha estado diciendo.

Ella sacude la cabeza. Lo conoces desde siempre. ¿Cómo es posible que lo conozcas tan poco? Está tumbado en la cama, aunque no tiene nada de débil. Está en la cama y se está yendo, pero basta que se vaya del todo el viejo seguirá aquí. ¿Es que no lo entiendes?

Tom lo entiende. Vuelve a mirar a la chica. Cada día que pasa se siente más cerca de ella. También más cerca del niño que crece en su interior. Del que se siente propietario. Su idea del mundo posterior a la muerte del viejo está atada a la mujer y al niño que ni siquiera es suyo. Ella arrastra su estómago por la casa y se detiene

para recuperar el aliento, sosteniéndose el bulto con las dos manos, como si tuviera miedo de que fuera a caerse. Tiene la piel apagada y el pelo seco. Es como si el niño le estuviera chupando la vida. El niño que crece y el viejo que muere.

Tom pregunta si come lo suficiente. Si descansa lo suficiente. Le dice que intente no preocuparse demasiado. Ella dice que se encuentra bien. Todo va bien. Gracias por preguntar. Sabe que él está haciendo lo que puede. Lo que puede no es suficiente, pero es algo. Empiezan a estar cansados. Empiezan a sentirse aplastados bajo el peso del viejo moribundo.

Los dos han dormido mal la noche anterior. El viejo no dejaba de toser y de llamarlos continuamente: agua, luz, un maldito puro. La chica le llevó uno y, luego, él se desinteresó por ella y por el puro. Ya no está para puros. Los dos lo saben. Ella lo sabía cuando se lo llevó, pero se lo llevó de todas formas. Se permite esas cosas. Piensa que debe de ser duro para Tom, que no le habría llevado el puro y, por lo tanto, nunca será libre.

Piensa: Tom no sabe cómo querer a su padre, así que quiere a la tierra en su lugar. La chica lo vio desde el principio. Sentimientos sin resolver en lo tocante al viejo. Emociones mal encauzadas. Incluso ahora, a Tom le gustaría quedarse en la granja. En esta casa, en esta habitación, en esta mesa si fuera posible. Se aferra a la tierra y a la granja y en realidad se aferra a su padre. A quien odia y ama por igual. La chica siente pena y recuerda que los problemas de la granja vienen de lejos. Algunos, de tan lejos que no se pueden cambiar ni solucionar.

La chica se inclina hacia delante.

—¿Cuánto dinero hay?

El alza la vista.

—¿Dinero?

—Sí, dinero. ¿Cuánto queda?

Él sacude la cabeza, con la mirada perdida. Su expresión es estúpida; estúpida sin pensamiento ni disimulo. Pero no puede ser así. El viejo dijo que Tom es más de lo que se vea simple vista. Dijo que Tom puede ser ladino en ocasiones. Bueno con el dinero. Bueno con los números. Había dejado la granja no en buenas manos, pero sí en manos aceptables. Fue todo lo que dijo. Y la chica escuchó.

La chica escuchó, y por eso sabe que Tom sabe más de lo que

parece. Lo cree porque necesita creerlo. El viejo se va a morir. ¿Qué será de ellos entonces? Ha apostado mucho por las buenas manos de Tom. Por la protección de las tierras, por muy reducidas que estén. Se sienta con las rodillas separadas para acomodar su estómago y se reclina en la silla. Carraspea para que Tom sepa que habla en serio, lo mira con intensidad.

—El dinero.

Tom parece sorprendido por la aspereza de su voz.

—No hay mucho.

—¿Cuánto?

—Muy poco.

—¿Qué ha pasado con él?

Él se encoge de hombros.

—Para empezar no había mucho. No había dinero. Había tierra.

—¿Cuánta tierra queda?

—Algunos pastos.

El viejo está equivocado. Su hijo es idiota. La mira fijamente sin saber lo que está diciendo. Se echa hacia delante.

—Dime lo que queda.

—Se lo llevaron casi todo.

—Dime lo que queda.

—Lo suficiente para una granja pequeña. Eso es lo que somos. Una granja pequeña.

La chica nota que le cuesta decir eso. A Tom no le falta vanidad. No es un hombre sin deseos. Pero esos deseos son pequeños y están comprometidos por toda una vida de atrofia. La chica se da cuenta de que tendrá que desear por los dos. Se recuesta y lo mira. Se esfuerza para hablar con voz firme.

—Pero aún queda tierra.

—Sí.

—¿Y en qué condiciones, después de la erupción y la ceniza?

Él tarda en responder. Parpadea y se humedece los labios.

—No lo he mirado.

—¿Las reses pueden salir a los pastos?

—Me han dicho que estarán bien.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Los trabajadores.

—¿Qué trabajadores?

—Los trabajadores.

La chica lo mira y sabe que Tom no tiene ni idea. Ha sido demasiado para él. Durante los meses anteriores no ha estado haciendo planes de negocio. Tenía otras cosas de las que preocuparse. Bueno, y ha pasado por un infierno, pero no es el único. Ella se pone de pie, mientras su pánico va en aumento.

—Iremos a mirar. Ahora.

—No podemos dejarlo solo.

—Por supuesto que podemos.

Tom se lame los labios con nerviosismo.

—Ahora tenemos que cuidar de él. Lo acordamos, ¿recuerdas? Eso es lo que tenemos que hacer.

Ella sacude la cabeza.

—Te esperaré en los establos. Nos llevaremos a Jose.

La chica sale al pasillo y busca a Jose. No le cae bien a Jose. Sabe que ni le cae bien ni confía en ella. Pero la escucha. Hace lo que le pide. No en vano, fue el primero en comprender que el viejo se estaba muriendo. Solo hay una pregunta importante: ¿quién acabará teniendo el poder? ¿El hijo, la chica o los dos juntos? Ella nota que la pregunta vibra en el interior de él. Está armado con el instinto de supervivencia, un instinto feo, pero a ella le pasa lo mismo. Se entienden el uno al otro.

Sale al vestíbulo. Desde allí, puede ver las otras alas de la casa, las que se cerraron, sumidas en la oscuridad, con las contraventanas echadas. Piensa en las palabras del viejo. Está cerca del delirio, pero sigue siendo más inteligente que los demás. Imaginar que en la casa hay dinero no es ninguna locura. Tendrán que renunciar al ganado, pero pueden abrirla casa a personas que pescarán, montarán a caballo y pagarán como antes en cuanto la sensatez vuelva a la tierra. No es una perspectiva imposible.

Aprieta el paso y sale del vestíbulo. Se recuerda que está buscando a Jose. Lo encuentra afuera. Cuidando el huerto de la cocina. Trabajando en los guisantes, la remolacha, los espárragos y las lechugas. Cosas que crecen y de las que ella no sabe nada. La chica se planta en el huerto con su bata y sus zapatillas y se da cuenta de lo poco que salen de la casa. La primavera está bien entrada y hace más calor de lo que suponía. Mira a Jose, doblado sobre las plantas. Se pregunta quién le ha pedido que cuide el

huerto, quién le ha recordado que lo haga.

—¡Jose!

Él la mira cuando lo llama y se incorpora. Para ver lo que quiere.

—Sí.

—Tom y yo vamos a dar una vuelta por la propiedad. ¿Sabes dónde están las nuevas lindes?

Él asiente.

—¿Nos las enseñas?

Él asiente otra vez.

—Nos vemos en los establos en media hora.

Ella vuelve a la casa. Es una mujer con imaginación, pero no se le ocurre preguntarse cuánto tiempo se quedará Jose. Cuánto tiempo se quedarán Celeste y los trabajadores. Por qué no se han ido y han fundado su propia granja, reclamado su media hectárea. Dan su lealtad por sentada: Tom, Carine, el viejo. Nunca han percibido ni examinado el significado de esa lealtad.

Entre tanto, Tom sigue sentado a la mesa de la cocina. La chica no sabe ponerse en su piel. Tom lo supo a la primera. Ella le propone una vida, una idea de vida. Pero da igual que él se aferre a esa idea, porque la semilla de la confusión crece pesada y rígidamente en cuanto se aferra. Tom siente que está a punto de brotar. Ella hace preparativos para el futuro y los brotes lo ahogan a él, que intenta ocultarlos, convencido de que su padre los verá en cualquier momento. Está fuera de su control; no puede hacer nada. Pero no es algo que le pueda explicar a la chica. No lo entendería. Ni él mismo lo entiende.

Va en busca de Celeste. La encuentra y le dice que van a salir. Ella pregunta cuánto tiempo estarán fuera y él se lo piensa y responde que no lo sabe. No sabe cuánto tiempo tardarán en recorrer el perímetro de la propiedad porque no sabe qué tamaño tiene. Es la primera vez que toma conciencia de ese hecho evidente, de las fronteras físicas, de la contracción de la granja. Celeste pregunta si la chica lo acompañará y él dice que sí. Ella chasca la lengua para mostrar su desaprobación. El explica que ha sido idea de la chica y añade que irán despacio, al trote, nada de medio galope o galope.

Se da la vuelta y se va, sintiéndose estúpido. Cuando llega a los

establos, la chica ya está esperando. Se ha sentado en una peña, con los brazos cruzados sobre el estómago. Tiene aspecto de llevar sentada allí un buen rato. Alza la mirada.

—Por fin.

—Estaba hablando con Celeste.

Ella se levanta y lo mira sin replicar. El entra en los establos y ella se sienta otra vez. Manos sobre el estómago. El niño de plomo sigue creciendo y creciendo. Se sienta en la peña y parece que se va a caer rodando al suelo.

Tom saca los caballos. Con algunas dificultades, consiguen que la chica monte en la yegua. Ella coge las riendas y se agarra a la silla con seguridad y aire resuelto. Se pone en marcha sin esperar. Tom y Jose montan y la siguen.

Van por el valle y cruzan los campos. Tom siempre ha preferido los pastos, pero la granja está orientada al río. La casa mira hacia el río, las puertas se abren al río, las ventanas, los balcones, el porche. Hacia los campos no hay porche ni balcones, solo unas cuantas ventanas. Cuando el viejo dibujó las especificaciones de la casa, no imaginaba que algún día solo tendrían una miseria de río a su nombre.

Cabalgan en silencio. Tom se da cuenta de que la chica lo está observando. Le gustaría que él le preguntara a Jose. Le gustaría que él consiguiera información sobre la suerte de la granja, sobre el estado de sus asuntos. Tom no está preparado para ello; en ciertos aspectos, todavía no ha entendido ni asumido completamente la reducción de la granja. Mira y no sabe lo que es suyo y lo que no lo es. Ve exuberancia a su alrededor y no tiene idea de cuánto vale esa exuberancia; no sabe lo que pueden aspirar a conservar.

Duda. Luego, pregunta a Jose por el estado de las reses. Jose se adelanta y se gira para contestarle por encima del hombro.

—Están bien, no están mal.

—¿Cuándo las llevarán a la subasta?

Jose se encoge de hombros.

—No hay motivos para preocuparse.

No se extiende más. Jose no se extiende nunca. Siguen por los pastos, hacia los montes. La chica guarda silencio. Jose señala el límite del campo.

—Esa es la linde norte de la propiedad.

Ellos miran hacia donde apunta. Está a la distancia de un escupitajo. Tom toquetea las riendas.

—¿Allí?

—Allí.

Jose gira y ya no siguen ningún camino en particular. Serpentean por los campos. Siguen la frontera de un pedazo de terreno sin sentido. Jose vuelve a señalar un punto y les dice que esa es la linde oeste de la propiedad. Que esa es la linde este de la propiedad. Se gira. La chica se pone a su altura y, por fin, habla.

—¿Dónde están los otros campos?

Jose sacude la cabeza.

—No hay otros campos.

—Tom me ha enseñado el mapa.

—El mapa está desfasado.

La chica ríe y acaricia a la yegua en el cuello.

—Imposible.

—Pero cierto.

—¿Cómo?

—El gobierno se está sumiendo en la desesperación. Cada vez hace más concesiones. Cada semana hay anuncios nuevos en la radio.

Jose mira a la chica. Ella palidece. No han oído la radio desde que volvieron de la ciudad, y ha pasado un mes, más de un mes. Agarra las riendas con más fuerza, pero sacude la cabeza, desafiante.

—No pueden quitar tierras con anuncios en la radio.

—Pero lo hacen.

—No te creo.

—La ley de reforma agraria ha sido un fracaso. La gente no está satisfecha. Cada vez hay más violencia en el país y, esta vez, organizada. Esta vez, armada.

Jose se encoge de hombros.

—Es como dijeron. El malestar se ha convertido en una rebelión. Entregan las tierras de los colonos, pero quién sabe si con eso será suficiente.

La chica da media vuelta y galopa por las tierras que ya no son suyas. Va hasta lo más alto de los montes, donde se detiene de repente. Desde allí, hubo un tiempo en que la propiedad se extendía

dos mil hectáreas más. Ahora está en tierras de otros.

Tom y Jose la siguen y también miran monte abajo. A lo lejos, se ve la división de las tierras en cientos de granjas minúsculas. Hasta hace poco, aquello estaba vacío. Ahora es un diagrama complejo de cercados y propiedades que cuesta descifrar. Ya no está en su idioma. No obstante, uno de los significados del paisaje está perfectamente claro para ellos. La chica clava la vista en el suelo. En sus ojos hay pavor.

—¿De dónde ha salido esa gente?

—De aquí. ¿De dónde si no?

—Pero ¿cómo han llegado tan deprisa?

—La rebelión. Ha organizado las tierras. Está supervisando el proceso. El gobierno ya no tiene poder.

Ahora resulta, piensa Tom, resulta que esa gente no cree en la propiedad hasta que es suya. Luego la defienden con uñas y dientes. Se extenderán, piensa Tom. Es su momento. Los llevará adelante mientras empujan y empujan. Hasta que, al parecer, los empujen hasta al río. Con más fuerza de la que jamás han experimentado.

La chica dice que no se siente bien. Retrocede y desaparece monte abajo. Está disgustada, piensa Tom. Al igual que él, ha comprendido que la cosa pinta mal. Las paredes de adobe se hunden a su alrededor. Las granjas de abajo también pintan mal. Les han dado tierras, y eso no es poco. Pero esos cuadrados minúsculos de tierra no contienen apaciguamiento alguno, no contienen nada salvo tierra. Hasta él lo ve.

Tom y Jose se quedan solos en la pendiente. Tras un silencio largo, Tom dice a Jose que deberían terminar el recorrido. Ya que están allí. En un día de primavera tan bonito. No sabe qué más puede hacer. Jose asiente y descienden el monte hasta el llano. Jose rodea los pastos, trazando el perímetro de un cuadrado largo y empinado. Tom pregunta qué tierras le pertenecen y Jose responde que ese cuadrado y lo que ya ha visto, alrededor de cuatrocientas hectáreas. De qué me sirve eso, pregunta Tom. No lo sé, pero son tuyas, dice Jose.

Tom señala las tierras que rodean el cuadrado.

—Todavía no las han repartido.

—Todavía no.

—¿Cuándo lo harán?

—Pronto, supongo.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Nada.

Tom asiente. Eso no puede ser estrictamente cierto, pero comprende lo que Jose quiere decir. El viejo dejaba las cosas en barbecho con demasiada frecuencia; entre ellas, su propio hijo. Hasta que el tiempo llegó para cosechar a voluntad. Tom contempla el valle. Mira las tierras, que han sido el marco único de su visión. Piensa: al viejo le habría gustado tener una fotografía. Le habría gustado ver una panorámica. Un legado vacío, estúpido, ahora que el tiempo había llegado a su fin.

No los recuperarán. Pronto, esos campos también estarán llenos de cercados y alambradas. Como un millón de jaulas puestas sobre sus tierras. Estarán rodeados y no podrán hacer nada al respecto. Tom echa el aire por la nariz.

—¿Todo es como esto?

Jose asiente.

—¿En todas partes?

Jose se encoge de hombros. Los dos se giran e inician el camino de vuelta.

Cuando llegan, la chica no está por ninguna parte. Se ha desvanecido. Ha hecho las maletas y los cajones del tocador de su habitación están vacíos. Tom va a los establos y cepilla los caballos. La yegua todavía está ensillada. La han encontrado en el cercado, con las riendas echadas apresuradamente alrededor de un poste. Tom le quita el arnés y la yegua exhala con alivio. Le acaricia el hocico. Es suave como el fieltro.

9

La casa parece vacía sin la chica. Entre tanto, el viejo ha empeorado. Está en caída libre. Ya es oficial. Cada día hay una diferencia apreciable. Cada cambio es malo. La enfermedad le ha hinchado brazos y piernas. Su piel está lacia y brillante, y sus ojos, empañados. Tan empañados que cuesta creer que vean algo.

No puede caminar. No se puede sentar. Solo puede estar en la cama, mirar el techo y pedir más morfina. Dice que no puede respirar, le cuesta respirar. Intenta describírselo a los otros. Es como si alguien me robara el aire. Como si alguien… Se lleva las manos al pecho y a la garganta. Es como esto. Es como esto. Pide más morfina.

Tom le lleva el frasco. Los ojos del viejo relucen cuando lo ve. Sus ojos permanecen inmóviles, clavados en Tom, mientras Tom saca una, dos pastillas y pone el frasco a un lado.

El viejo le agarra del brazo y levanta tres dedos.

—Dos.

El viejo sacude la cabeza. Vuelve a levantar tres dedos.

—Solo te puedo dar dos.

El viejo cierra los ojos y sacude la cabeza de nuevo. La frustración le ha gastado la voz. Tom alcanza un vaso de agua.

—Abre.

El viejo asiente, abre la boca y saca la lengua. Sus labios tiemblan. Su lengua está tan seca como el polvo. Tom le pone las pastillas en la lengua y le lleva el vaso a la boca. Suavemente, cierra la mandíbula del viejo. Lo ve tragar y cerrar los ojos. Su expresión se toma tranquila.

—Duerme. Hasta que la medicina haga efecto.

El viejo asiente. Está tapado hasta el cuello y su cabeza es lo

único que asoma por encima de la manta. Tom le toma la temperatura. Después, coge el frasco y el vaso y se levanta. Su padre no vuelve a abrir los ojos.

Tom va a la cocina. Celeste le quita el vaso de la mano y ni siquiera lo mira cuando vuelve junto al quemador.

—Yo le llevaré la comida.

El asiente. A su padre ya no le importa quién lo atiende. No ve mucho aparte de su dolor. Ha llegado a ese punto. Y Tom ya no se molesta en llevarle la comida. Se alegra de que Celeste se encargue. Ella remueve vigorosamente una olla y deja fuera el cucharón.

—No se encuentra bien.

—Nos estamos quedando sin morfina.

—Esta mañana, cuando he ido a su dormitorio…

—Queda para una semana más. Si no aumentamos la dosis; aunque puede que sea necesario. La medicina ya no le dura ni lo que le duraba hace un par de días.

—Estaba gritando…

—Era cada seis horas y ahora es cada cuatro. Mañana será cada tres.

—Y estaba muy angustiado. Se lo había hecho encima.

—Escucha, Celeste…

—Había mierda por todas partes. Por todas las sábanas. Hasta había chorreado en el suelo. Se había cagado con el pijama puesto. Lloraba y lloraba y no sé cuánto tiempo llevaba así, entre su propia mierda, sin que nadie lo escuchara. Sin que nadie lo supiera.

Tom se queda en silencio. Se sienta. No puede mirar a Celeste. Ella está llorando. Una lágrima, una más, una a una. Cayendo en la sopa.

—El olor era terrible. Abrí la puerta y no podía respirar. No sé cómo lo soportó todo ese tiempo. Y la mierda…, la mierda era negra como la brea. Pegajosa como el alquitrán.

Tom no quiere oír eso. Se está tambaleando; las piernas se le doblan bajo el peso de la situación. La chica se ha ido. El viejo descansa sobre un montón de mierda. Y hay una rebelión. ¿Llegará hasta ellos? Se lo pregunta a pesar de sí mismo.

Es imposible. Seguro que es imposible. Mira a Celeste. No puede hablar del tema con ella. Ya tiene bastante con sus propias emociones; es mejor que cada uno se las guarde para sí mismo.

Se levanta y le pide que se encargue de la limpieza del viejo. Para asegurarse de que no se ha vuelto a ensuciar. Ya no es el que era, le dice. Se lo dice a ella y se lo dice a sí mismo. El viejo es lo que era, pero también es algo muy, muy diferente.

Tom sale y se sienta en los escalones de la entrada. Tiene mucho que hacer todo el día. Alimenta al viejo. Le toma la temperatura. Le cambia las sábanas. Cuenta las horas entre las pastillas. Los días desaparecerán entre esas cuentas; se le habrá acabado el tiempo y el viejo estará muerto, y Tom ni siquiera sabrá por dónde empezar. Solo sabe una cosa: que, cuando el viejo muera, no tendrá dónde meter todos esos sentimientos.

Es consciente de un entumecimiento profundo y creciente que se extiende por su cuerpo. Ya no puede pensar; su cerebro está sentado bajo una pesada mole de emociones sin explorar. Mientras, el entumecimiento avanza por su cuerpo. Dentro de poco no me podré mover, piensa. Dentro de poco será como si estuviera paralizado de cintura para abajo, de cuello para abajo, desde lo alto de la cabeza hasta el suelo.

Sí, está cansado; es como le habían dicho. Tom intenta imaginar la granja con el viejo muerto; intenta imaginar lo que significará su ausencia. Pero, sin la chica y sin la herencia, no tiene forma de darle sentido a la muerte del viejo. Sin la chica, no hay nada salvo el viejo tumbado en la cama, y el viejo detiene todo acto de la imaginación. Congela al hijo en el presente de indicativo. Aunque se sigue muriendo, y pronto se habrá marchado.

Tom se levanta de los escalones. Vuelve a la casa y al dormitorio del viejo. Espera que esté dormido. El viejo dormido y muriéndose es más fácil que el viejo despierto y muriéndose. El viejo despierto es más de lo que Tom puede soportar. Las interacciones son cada vez más extrañas. Se han convertido en un espectáculo de terror. No está dormido. Está despierto, mirando el techo y con una sonrisa en la boca. Sus ojos se arrastran por la pared. Sus manos acariciando y tocando la manta. Mira a Tom cuando este entra. Tarda un momento. Le indica que se siente.

Cautelosamente, Tom se sienta. El viejo le indica que se acerque más. Tom se acerca un poco. El viejo insiste en que se acerque más. Tom duda y se mueve hasta que le llega el olor agrio que sale de la boca del viejo. El residuo de mierda en las tablas del suelo. Algo

nuevo; algo que no había notado antes: un olor dulce, el olor dulce de la enfermedad, como de confitería, emanando de la piel del viejo. Tom olisquea y acerca la nariz mientras los ojos de su padre siguen vagando por el techo y la pared.

—¿Se ha ido?

Tom se sobresalta. La chica, que lleva una semana fuera, si no más. El viejo le lanza una mirada cómplice y lasciva, como diciendo: tú y yo sabemos de lo que estoy hablando. Y, a decir verdad, Tom lo sabe. Pero no sabe qué es lo que el viejo pretende decir con la mirada lasciva y el guiño.

—¿Te refieres a Carine?

—Ssss.

Es todo lo que dice su padre. Vuelve a acariciar la manta. Vuelve a mirar el techo. Sonríe. Con añoranza, como si tuviera una canción nostálgica en la cabeza. Tom nunca lo ha visto así. El viejo no sonríe. No así y no con añoranza. Tom sacude la cabeza.

—Se ha ido.

Espera que la noticia de su marcha le devuelva a su antiguo padre. Pero su padre está a millones de kilómetros. Agita las manos en el aire como si dirigiera una orquesta. Luego, cruza las manos y las posa sobre la manta. Cierra los ojos. Sigue sonriendo.

Tom se da cuenta de que, si hubiera tenido una relación distinta con su padre, si su padre lo hubiera querido de un modo que él pudiera entender, de un modo más cercano a su concepto de normalidad, si el entumecimiento no hubiera conquistado su cuerpo…, entonces, aquella situación le habría parecido trágica. Habría llorado sobre la taza de té como Celeste sobre la olla de sopa. Pero no llora. No tiene acceso a esas lágrimas.

Tom se levanta. El viejo se ha quedado dormido y no tiene sentido que se quede. Sale de la habitación y vuelve a la cocina. A solas, el viejo abre los ojos y vuelve a arrastrar las paredes con su visión.

Tom se sienta a la mesa de la cocina. Los ojos de su padre en el frasco. El destello contra las pupilas empañadas. Su pensamiento vuelve al problema de la medicina. El viejo ansia las pastillas como antes ansiaba las mujeres. Y es un hombre cuyas necesidades se tienen que satisfacer. Necesitará más pastillas. Las necesitará muy pronto. A Tom le duele la cabeza. Intenta pensar a pesar de las

punzadas. Piensa que el médico más cercano está en Herbertville, a sesenta kilómetros.

Lo piensa, pero no está seguro. Nunca ha estado en Herbertville. Cree que está a un día de viaje. No sabe cómo hacer ese viaje. ¿A caballo? ¿En coche? ¿Solo? ¿Con ayuda? (Solo, no. No haría eso solo). Intenta imaginarse caminando por las calles de Herbertville. Intenta imaginar la forma de explicárselo al médico. Gestión del dolor; así cree que lo llaman. A partir de determinado momento hay que concentrarse en la gestión del dolor.

Necesitará dinero para el médico. Y necesitará un caballo. El coche es inútil, el coche apenas funciona, y además tampoco sabe conducir. Tampoco sabe si ir a Herbertville es una buena idea, pero piensa que no tiene elección. La gente dispara a las reses en la cabeza cuando ya no se pueden salvar. El viejo ya no se puede salvar, pero Tom supone que pegarle un tiro en la cabeza no es una opción aceptable.

No, la pistola está fuera de lugar. Tom irá a buscar al médico, que le dará más pastillas y le hablará de gestión del dolor. Necesitará que Jose lo acompañe. Jose es un buen jinete. Ha viajado por los caminos y conoce bien la zona. Y a Jose se le da bien la gente. A Tom no se le da bien la gente. No sabe tratar a los desconocidos, ni siquiera a la gente que conoce. Pero Jose… sí, Jose es distinto.

Con esa idea en mente, Tom sale en su busca. Va por el camino que lleva a los establos. El camino suele estar desierto, y cruza las tierras despejado y sin obstáculos. Por eso ve a los hombres en la distancia. Cuenta cuatro o, tal vez, cinco. Vienen por el camino, hacia la granja, en bicicletas. Han atado bolsas de plástico a la parte trasera de los sillines, y de los manillares cuelgan más bolsas de plástico, que oscilan.

Desconcertado, Tom se detiene y observa a los hombres que se acercan. Sus hombres; son sus nativos. Las ruedas zumban mientras las bolsas se balancean y saltan, cubiertas de polvo. Los hombres llevan la cara tapada con pañuelos y gafas oscuras para protegerse los ojos. Llevan grandes mochilas a la espalda y avanzan encorvados, ocupan la carretera, ganando cada vez más velocidad.

Como van sobre ruedas, se catapultan hacia él. Tom salta a un lado del camino. Pasan a medio metro de él, pero no se paran. Se

comportan como si no lo hubieran visto, ojos invisibles bajo las gafas de sol y las protectoras de carretera. Pedalean furiosamente, y el polvo que levantan llega a tres metros de altura.

En cuestión de segundos, se han ido. Tom los sigue con la mirada mientras se alejan. Cruzan el portón de la propiedad y salen de la granja. Tom se queda mirando el camino vacío. Está en silencio. Los establos están en silencio. Escucha el sonido de los insectos y contempla la nube de polvo, que vuelve al suelo. Mira fijamente la tierra, frustrado.

Se gira y ve otro grupo de hombres. Un mar de hombres que bajan por el camino en bicicletas y motos, llevando a sus mujeres y a sus niños. Ellos no le hacen caso, pero algunas de las mujeres y los niños lo saludan o asienten al pasar. Ninguno reduce la marcha. Ninguno se para a explicarse. Vuelven a batir la tierra y el polvo vuelve al aire.

Están huyendo. Sus últimos trabajadores se van. Están abandonando la propiedad. Esta vez, Tom sale corriendo tras ellos. Grita a la nube de polvo.

—¿Adónde vais? ¿Qué estáis haciendo?

No se detienen, así que corre más deprisa, agitando los brazos.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué os vais?

Habla a una montaña de polvo. Están a muchos metros de distancia. Están a mitad de distancia del portón. Ya han desaparecido en el camino. Tom los busca con la mirada. Después, se da la vuelta y mira la granja. Ha regresado al silencio. Mira el polvo que se asienta. Vuelve a buscar a los hombres, intenta distinguirlos a lo lejos, pero han desaparecido y el paisaje está inmóvil.

Oye un chirrido detrás. Un chico rezagado baja en bicicleta. Tom se planta en mitad del camino y alza los brazos.

—¡Alto! ¡Alto!

El chico vira bruscamente y se cae de la bicicleta. Se pone en pie, cojeando. Se ha hecho un corte en la rodilla. Tom lo mira a la cara. No está seguro de haberlo visto antes. No sabe su nombre.

—¿Adónde vas?

El chico sacude la cabeza y levanta la bici.

—¡Dime adónde vas!

—Este lugar no es seguro.

Tom ríe.

—¿De qué estás hablando?

—La rebelión se acerca. Los hombres que fueron al bosque… Ya vienen.

Tom coge al chico por los hombros.

—Solo eres un niño pequeño. No sabes lo que estás diciendo.

El chico se suelta.

—Señor, sé lo que estoy diciendo.

El chico vuelve a la bicicleta.

—Me tengo que ir. No me esperarán.

—¿Quién no te esperará? ¿Adónde vas?

El chico sacude la cabeza y grita al alejarse.

—¡Sé lo que estoy diciendo! ¡Ya lo verá!

Tom lo ve alejarse por la carretera y desaparecer. La granja ha quedado completamente en silencio. Se gira y corre hacia la casa. Encuentra a Jose en los establos. Está fumando un cigarrillo. Tom se detiene ante él, jadeando.

—¿Qué pasa? ¿Por qué se han ido?

Jose lo mira. En aquel silencio, Tom se vuelve rápidamente consciente del desprecio de Jose. Por primera vez, lo muestra sin atenuantes. Se toma su tiempo para contestar.

—Se han ido.

—Sí, pero ¿adónde?

Tom sigue intentando recobrar el aliento. Jose apaga el cigarrillo en el suelo y a continuación recoge la colilla con sumo cuidado. La sostiene entre los dedos.

—Tienen miedo.

—No lo entiendo.

—Lo sé.

Jose lo mira.

—Espero que no vengan hasta el valle. Pero debería estar preparado.

—¿Preparado para qué?

—Hay matanzas por todas partes. ¿No oye la radio? Empezaron en el norte y se han extendido. Avanzan hacia el sur desde hace un mes.

Jose hace una pausa. Se encoge de hombros.

—Ya han llegado al sur. La rebelión está aquí.

Tom contempla la tierra y el polvo. Nunca ha oído la radio; no le interesa. Ni siquiera lee los periódicos. Se lame los labios, nervioso.

—¿Por qué hay violencia? Les dimos las tierras. Las están cogiendo. Lo vimos el otro día…

Tom es como un ciego. No ve lo que está a punto de golpearlo en la cara y derribarlo. Se lo han mostrado, pero estaba mirando para otra parte. Jose no parece proclive a explicarle nada; quizá, porque cree que es una tarea imposible. Se vuelve a encoger de hombros.

—Sí.

—Media hectárea por hombre. ¿Es que no es suficiente? Ahora, todos tenemos lo mismo.

—Usted tiene cuatrocientas hectáreas. Y es un hombre solo.

—Eso es distinto.

—Sí.

—Les daré más tierra. Si tierra es lo que quieren.

—Es demasiado tarde.

Tom necesita poner en orden sus pensamientos. Saca un paquete de cigarrillos. Se lo ofrece a Jose.

—Tenemos que ir a Herbertville.

Jose sacude la cabeza.

—Demasiado peligroso.

—El necesita más medicina.

—Es demasiado peligroso.

—Se morirá si no vamos.

—¿Es que no lo entiende? No debería estar aquí.

Tom sacude la cabeza. El viejo morirá de todas formas. El viejo está condenado a muerte. Pero se morirá sin más y eso será todo, o el trabajo de morirse lo matará. La lógica es inescrutable, pero sólida como una roca en el pensamiento de Tom. Extiende un brazo y agarra a Jose del hombro.

—Se morirá. Necesito que vengas conmigo.

Jose sacude la cabeza. Tom baja la mano. Jose saca un mechero del bolsillo y vuelve a fumar.

—Le daré algo. Si usted quiere.

—¿Qué me vas a dar?

—Dinero. Aún queda un poco de dinero.

—¿Cuánto?

—Doscientos dólares.

Jose da una calada. Tom piensa algo que no se le había ocurrido hasta entonces: Jose le está diciendo que se vaya, pero ¿por qué se queda él cuando los demás se han ido? No puede ser lealtad. Tom no cree en su lealtad. Se queda por costumbre, piensa Tom. Está demasiado acostumbrado a ellos. Demasiado acostumbrado a los blancos. A Celeste le pasa lo mismo.

No pueden romper la costumbre como los otros. Hay demasiados vínculos, de los que apenas son conscientes. Tom espera a que Jose hable.

—Antes, tendré que ver el dinero.

—Por supuesto.

—E iremos juntos.

—Sí. ¿Cuánto tardaremos?

—Medio día por caminos secundarios. Quizá, un poco más.

—Si nos vamos de noche, ¿podremos estar de vuelta en un día?

—Es posible.

Tom asiente. Necesita sentarse. Está mareado. Respira mal y empieza a sudar por la frente. Se sienta en el suelo, en la tierra, jadeando. Jose baja la mirada hasta él.

—¿Qué está haciendo?

Tom le hace un gesto para que se vaya. Se cruza de piernas, sin resuello. Baja la cabeza y la aprieta contra el pecho. Espera a que su respiración se calme.

—¿Se encuentra bien para viajar?

Tom traga saliva y alza la vista.

—Estoy bien. Saldremos mañana.

Jose se mete las manos en los bolsillos. No le ofrece la mano a Tom. No le ayuda a levantarse. Se limita a mirarlo. Tom permanece en el suelo y observa a Jose, que frunce el ceño.

—Vale.

Tom se incorpora lentamente. Le tiende una mano a Jose. Jose duda y, a continuación, le estrecha la mano. Los dos están confundidos por el gesto. Ahora, Tom tiene miedo del viaje que les espera. ¿Qué está haciendo? Puede que sean un par de estúpidos. Afín de cuentas, son los únicos que se han quedado. Debería haberse ido hace tiempo. Pero no se ha ido y sigue pegado a la

tierra. Son él y el hombre moribundo, aquí, en la granja.

10

Salen a las tres de la madrugada. Es noche cerrada. A Tom no le gusta la oscuridad; es de esa clase de hombres que duermen siempre con un poco de luz. Es de esa clase de hombres que dejan una vela junto a la cama. Está nervioso y dirige mal su montura. Por suerte, el caballo es tranquilo y está acostumbrado a su nerviosismo. El caballo avanza lentamente y se mantiene en el camino a pesar de la oscuridad.

Jose va por delante, inescrutable. Esa es la palabra que Tom usa en su cabeza. Es la palabra que todos usaron y usan para describir a los indígenas. No es la correcta; los nativos serían tan escrutables como cualquier colono blanco, si los colonos blancos se tomaran la molestia de escrutarlos. Pero no lo hicieron antes y tampoco lo hacen ahora. A pesar de lo cual, Tom cree que Jose está tan interesado en terminar el viaje como él mismo. Este es un detalle que lo tranquiliza un poco.

Jose opina que pueden hacer la primera parte del viaje por el camino principal. La rebelión todavía no ha llegado tan al sur. Jose conoce los movimientos de la rebelión al detalle. Nunca había hablado de ella, pero ahora no habla de otra cosa. La rebelión está aquí o allá. La rebelión avanza hacia ellos. Se aleja. Crece en fuerza y velocidad.

Esta nueva idea de la rebelión trastorna a Tom. Cabalga y las entrañas se le revuelven. Ni siquiera sabe qué significa la rebelión. Y, no obstante, su vocabulario se expande. Hay palabras nuevas e ideas nuevas. Los juramentados. Los hombres que se fueron al bosque. La expansión a Tom no le parece buena. Vive en un estado permanente de contracción y el estiramiento amenaza con romperlo.

Hace preguntas. En la oscuridad, farfulla de puro nerviosismo.

—¿Y qué juraron?

—Juraron por la tierra y la libertad.

—Pero les han dado la tierra y tienen su libertad.

—Puede que no sea suficiente.

—¿Quién dice que no son libres? Son libres.

—No debemos hablar. Debemos guardar silencio.

Jose también está tenso. Los demás se han ido. El castigo para los que simpatizan con los colonos es peor que la muerte. ¡Y sin embargo se queda! Cuando la lógica dicta que se tendría que haber marchado tiempo atrás. Solo ha estado cubriendo todos los frentes. Se dice a sí mismo que solo ha estado cubriendo todos los frentes. Pero su posición terminará por ser insostenible. Tendrá que tomar una decisión muy pronto.

Por lo tanto, guarda silencio mientras cabalgan. Los caminos están vacíos y oscuros. Hay rebaños pequeños de ovejas y otro ganado, pero ninguna persona de quien hablar. Tras dos horas, el camino empieza a ascender y a cruzar el territorio de las nuevas granjas. Hay rollos de alambre de púas enganchados a postes y, en algunos casos, alambradas enteras. La mayoría de las granjas no tienen más que una casucha. Demasiado pequeñas para albergar a una familia; con el tamaño justo para un par de herramientas y un arado. Todas las granjas están valladas con alambre.

No parece que den uso a las tierras. Solo son medias hectáreas en campos de tierra divididos. Sin la extensión suficiente para plantar nada. Un huerto de verduras. Un poco de trigo o de maíz.

Las granjas nuevas son completamente inútiles. Tom es consciente de ello. No le extraña que estén desiertas. Jose le dice que deben seguir adelante. Deben alejarse de las granjas nuevas y de los pueblos nuevos. Dice que no están ni mucho menos desiertos. Tom sacude la cabeza. Las granjas nuevas están por todas partes. Son inevitables. Mira, dice. Mira cómo consumen la tierra.

Pero Jose está inquieto. Le dice que se tienen que ir. Ya. Así que dejan el camino principal y suben por los montes. No están cerca de Herbertville; no han cubierto ni la mitad de la distancia y ya están tomando caminos secundarios. Los caminos son sinuosos, curvos e indirectos. Tom no encuentra sentido a los caminos secundarios. Tras una hora de cabalgar en lo que a Tom le parecen círculos, le

dice a Jose que deberían volver al camino principal. Le dice que están perdiendo el tiempo. Está amaneciendo. Casi es de día.

No estamos lejos, declara Jose. Vamos a buen ritmo… El sonido de un disparo corta su frase. Los dos hombres se sobresaltan. Un silencio largo y, después, una serie larga de disparos. Voces que gritan. Desmontan y llevan los caballos a una zona umbría. Jose le hace un gesto y se lleva un dedo a los labios. Tom asiente, los dientes le castañetean. Se dice a sí mismo, susurrando: quizá es una cacería, sí, seguro que es una cacería. Esa es la explicación. Están cazando impalas. Están cazando jabalíes. Jose le lanza una mirada intensa y le vuelve a indicar que guarde silencio. Escudriña entre los arbustos.

La ronda siguiente de disparos suena a su alrededor, en todas las direcciones. Tom se tapa las orejas. Baja la cabeza y cierra los ojos. Sus dedos pierden el contacto con las riendas y el caballo desaparece en un instante. Oye gritos de hombres y se echa al suelo. Quiere desaparecer; desea que la tierra se lo trague. No debería haber dejado la granja.

Las voces se acercan (están en el camino, en este camino de tierra, están ahí mismo, se deberían haber quedado en el camino principal, otro error), y después hay un silencio largo y el terror obliga a Tom a abrir los ojos. No ve a Jose en ningún sitio. Los dos caballos han desaparecido. Solo está él, al que llaman niño lagarto, agazapado sobre la tierra y el polvo. Se pone de pie. El sol está alto en el cielo. Entrecierra los ojos y alza un brazo para tapar la luz del sol.

—No se mueva.

Se queda helado en mitad del camino.

—Dese la vuelta. Despacio.

Arrastra los pies por la tierra. Se encuentra ante un joven con uniforme del ejército, armado con un AK-47. Tom es cauto, pero se siente aliviado. Eso tiene sentido. El gobierno estará informado de la rebelión y habrá enviado soldados al valle. Habrá enviado tropas para proteger a los ciudadanos del país.

—Levante las manos.

Con cautela, levanta las manos. Desea que el joven le deje de apuntar al pecho. No hace falta, mire, es blanco, ¡es obvio que no es un juramentado! Pero el joven no baja el fusil. En lugar de eso,

avanza hasta que el cañón del arma le presiona el esternón y se detiene. Ni siquiera es un hombre. Apenas es un chico. El corazón de Tom late con fuerza contra el cañón de metal.

El soldado grita.

—¡Aquí!

Se le acerca otro soldado. Este tiene una pistola encorreada a la pierna, y su uniforme no está tan limpio como el del chico: tiene desgarrones, rotos y manchas, y parece que las mangas se le han caído sin más. Puede que lleve mucho en el combate contra la rebelión, que a fin de cuentas empezó en el norte. Lleva galones e insignias de coronel. Se ha metido los pantalones por dentro de las botas, que están llenas de tierra y lodo. Se aproxima a Tom y al chico.

—¿Quién es?

—Lo he encontrado aquí, echado en la cuneta.

—¿Dónde?

—Aquí, aquí.

El chico apunta al suelo con el cañón del fusil. No aparta la vista de Tom.

—¿Está armado?

—No.

El otro militar mira a Tom.

—¿Qué está haciendo aquí?

—He venido a buscar medicinas para mi padre.

—¿Qué le pasa?

—Se está muriendo.

—Todos ustedes se están muriendo.

Tom asiente. Vuelve a estar asustado. Le gustaría huir. Esa gente le da miedo. Sus caras están llenas de cicatrices y ahora, por primera vez, se da cuenta de que también están manchadas de sangre fresca. El chico lleva un machete colgado del cinto. Tom no sabe si eso es bueno o malo. Hay cosas, definitivamente hay cosas en esos hombres que no están bien. Parecen al borde de la locura. Llevan demasiado tiempo en el bosque y han perdido el juicio.

—Ustedes se irán pronto. Este país ya no es seguro para los blancos.

—Sí. Nos iremos.

—¿Y adónde irán?

—A casa.

El coronel ríe.

—Sí. Esa es la respuesta correcta. Veo que han aprendido.

Sonríe y se rasca la barbilla. Mira al sol perezosamente.

—Dígame…, ¿ha oído hablar de unos pájaros llamados ñandús?

Tom sacude la cabeza, mudo de pavor. El soldado sonríe.

—¿No? Son pájaros grandes…, demasiado grandes para volar. Se congregan en el suelo, sin nada que hacer. Imagine…, tantos pájaros en el suelo y ninguno es capaz de volar. No hay tierra suficiente para tantos pájaros.

El coronel arquea una ceja, cómicamente.

—Tienen que hacer algo para matar el tiempo. Tienen que encontrar una forma de mantenerse ocupados. Un juego.

Hace una pausa. Sacude un dedo hacia Tom y adopta un tono bajo, de confidencia.

—Los machos tienen un juego. Despejan un sitio grande y, después, dos machos entrelazan sus cuellos. Giran en círculos con los cuellos entrelazados. Giran cada vez más deprisa, hasta que uno de los dos se marea y se suelta. El que se marea es el perdedor. El que se suelta primero. Así matan el tiempo.

El coronel mira a Tom.

—¿Había oído antes esa historia?

Esta vez, Tom asiente.

—Es una buena historia, ¿verdad? Esos pájaros son grandes como hombres. Grandes como seres humanos.

El coronel suspira. Vuelve a mirar el sol.

—Es hora de irse.

Le hace un gesto al chico, se da la vuelta y se aleja camino abajo. El soldado se queda con Tom.

—¿Qué hacemos con él?

—Déjalo. Es inofensivo.

El otro militar desaparece en el camino. El chico se gira hacia Tom. Aún le está apuntando al pecho. Lo encañona unos segundos más y, de repente, baja el arma con un gesto de disgusto.

—Es un tipo con suerte.

Se da la vuelta y trota camino abajo. Desaparece entre el follaje.

Tom se queda en mitad del camino durante un rato, inmóvil. Al final, baja las manos. Las ha tenido alzadas todo ese tiempo. Ahora

las baja y le duelen por el esfuerzo. Oye pájaros, árboles, sonidos estúpidos y anónimos. Está solo. Está a salvo y sigue vivo. Sabe que ha tenido suerte; no necesita que el chico se lo diga. La sangre —su vida, ahora a salvo, de la cual es súbitamente consciente— le late en la cabeza.

A lo lejos, suenan más disparos. Seguidos de gritos. Rápidamente, se agazapa en medio del camino y se arrastra hasta detrás de un arbusto. Los gritos se transforman en una canción. Tom se esfuerza por entender la letra.

Los hombres que fueron al bosque,
los hombres del juramento,
combatiremos
hasta recuperar la tierra,
hasta el último hombre,
hasta el último grito.
Mejor morir de pie
que morir de rodillas,
mejor morir libre
que ser esclavo.

Aterrorizado, se tapa las orejas y espera a que los hombres se pierdan en la distancia y las voces se apaguen. Cuando ya no oye las voces, se pone en pie. Está temblando. Se interna en el follaje y corre tan deprisa como puede. Se va a perder; se ha perdido. No sabe adónde va. Solo sabe que huye.

Tom corre tan deprisa como Tom es capaz de correr. Aunque es consciente de que no tiene a donde ir. Corre y se descubre en el camino principal. Al sentir la superficie asfaltada, siente pánico y regresa a los arbustos. Se agazapa sobre la tierra y escucha, intentando descifrar el silencio. Hay olores en el aire. Sangre y humo. Puede oler la sangre y el humo.

Sus pensamientos son un caos. Necesita un caballo. Tiene que encontrar a Jose. Tiene que encontrar la forma de volver a casa y de advertir a su padre sobre la presencia de los soldados. Estoy buscando ayuda. Se lo dice a sí mismo. Estoy buscando ayuda. Se levanta y sale al camino. Más arriba, hay una casa en llamas. Arde

en el suelo y la mitad son ascuas.

Empieza a caminar hacia la casa en llamas, sin otro sitio a donde ir. Ha perdido los zapatos…, ¿cómo? No sabe cuánto tiempo lleva sin zapatos, y el suelo está caliente a causa del sol y las llamas. Las zarzas y los espinos le han arañado los brazos y las piernas. Camina a trompicones, hasta que alguien lo agarra de ambos brazos, se hace con él y lo tira al suelo. Tom se ahoga cuando el aire sale de golpe de sus pulmones, y tose cuando la cara se le llena de polvo.

Jose le tapa la boca con una mano y le indica que guarde silencio. Tom le aparta la mano.

—¿Dónde te habías metido?

—Silencio.

Tom baja la voz.

—¿Dónde te habías metido?

—¿Se encuentra bien?

—Esos soldados…, les pasaba algo extraño.

—No son soldados. Debería estar muerto.

—¿Qué son?

—Juramentados.

—Iban de uniforme…

—Roban los uniformes a los muertos. Controlan toda esta zona.

—Pero… ¿cómo?

Jose le hace un gesto para que salgan del camino. Se agazapan como animales, peor que como animales, contra la tierra y los arbustos. En esa posición, cerca del suelo, ven a un grupo de hombres en la carretera. Algunos llevan un AK-47, y también se ven machetes. No parece que tengan prisa. Caminan despacio. Disparan sus armas, a veces al aire, a veces a un objetivo del camino que no es visible ni para Tom ni para Jose.

—Se están moviendo. Los hombres que lo han interrogado… ¿Por dónde se han ido?

Tom señala el camino del este. El grupo también se dirige al este. Pasan ante ellos y ellos se quedan quietos, apretados contra la tierra, ocultos tras los arbustos. Pasan más hombres y, después, más hombres todavía. No son tantos; tal vez, dos o tres docenas. Pero llenan el camino y toman posesión de él mientras pasan. No me extraña, piensa Tom, Dice para sus adentros: no me extraña que vayan a tomar el país. Porque lo tomarán. Si treinta hombres

pueden hacer eso, con trescientos, con tres mil, el país será suyo.

Creen que les pertenece. O no les importa y lo tomarán de todos modos, en cualquier caso, será suyo. Por fin lo entiende. Las cosas se están astillando a su alrededor. Siente que los cimientos se agrietan y que no volverán a su estado anterior. No se arreglará. Jadea. Es como si se hubiera vuelto transparente, como si él mismo se estuviera volviendo invisible, como si el terreno que está ante él se hubiera cortado a machetazos.

No es extraño que no lo vean. Los juramentados patrullan el camino. Todo se ha quedado en silencio, hasta los animales y los sonidos de los animales. Los rebeldes avanzan con una severidad arrogante y exagerada. Caminan con despreocupación; hacen muecas y gritan para romper el silencio. Cumplimos con nuestro deber. Hacemos lo que es necesario por el país. Van dejando un rastro de sangre justificada a sus espaldas y trasladan, llevan, el rastro hacia delante.

Tom y Jose se esconden a la sombra de los árboles y esperan a que se vayan. No son muchos, pero van en grupos pequeños y tardan en desaparecer. Incluso después de que desaparezcan, Tom tiene miedo de moverse. Al cabo de unos segundos, Jose traga saliva.

—Se han ido.

Tom asiente. Ya no recuerda por qué están allí. Es como si hubiera pasado un siglo. Se acurruca detrás de Jose, temblando. Las piernas se le han quedado dormidas y no se puede mover. Jose se gira hacia Tom.

—Vamos.

—Deberíamos espetar un poco más.

—No. Vamos. Ahora.

Sale al camino y Tom no tiene más opción que seguirlo. Con dificultad.

—¿Adónde vas?

Jose se para.

—Voy en dirección contraria a los rebeldes. Ahí es donde voy.

Gira y sigue por el camino, hacia el pueblo. Tom intenta seguir su paso. Se alzan columnas de humo negro que atraviesan el aire. Los rebeldes han quemado las casas y las chozas. Han quemado todo lo que podía arder. La cuneta está llena de montones enormes

de cenizas y brasas. Tom y Jose pasan junto a los montones. El ambiente está cargado de humo y de olor a sangre y a carne quemada.

Deberían irse, dice Tom. Quiere irse, no entiende lo que están haciendo. Su voz se convierte en un chillido. Ha entrado en pánico. Solo se quiere ir, pero Jose no escucha. Jose ignora a Tom. Sale del camino y se pone a mirar en los montones. Levanta trozos de madera achicharrada y metal ennegrecido, y encuentra un cadáver. Le han cortado la cabeza con un machete. Jose hace caso omiso del muñón negro de huesos y venas, y le abre cuidadosamente los bolsillos. Saca una cadena de oro. Un par de billetes. Se los guarda y aparta el cadáver.

—¡Jose! ¡Jose!

Un calor súbito se extiende por la entrepierna de los pantalones de Tom y sigue hasta el suelo. Un charco de pis crece en la tierra. Tom lloriquea y grita y se sigue meando encima. El súbito calor y el alivio de sus necesidades lo reconfortan mientras Jose avanza por el camino, buscando cuerpos, husmeando en las cenizas. Encuentra cosas que se lleva a los bolsillos. Se gira hacia Tom.

—Vamos.

Tom lo sigue a regañadientes, empapado en pis, con los pies completamente mojados. Jose ha cogido un fusil y camina a zancadas. Tom no sabe dónde ha encontrado el fusil. Lo lleva al hombro como si hubiera llevado un fusil toda su vida. Tom puede oler el ácido hedor de su propia ropa empapada de orina. Delante se ven más humo y más cadáveres. Una gallina cacarea, nerviosa.

Entran en el pueblo. En mitad del camino hay un *jeep* volcado. Descansa de lado como un animal muerto. El parabrisas está roto y el conductor yace sin vida. Le han pegado un tiro en la cabeza. Su boca está abierta como en un grito de protesta, y sus brazos, extendidos sobre el polvo.

Alrededor del *jeep* hay soldados muertos; esta vez, soldados del gobierno. Están dispersos por el camino, como arrojados por una explosión. Sus torsos tienen tajos de machetes y sus entrañas y vísceras se desparraman por el suelo. Los rebeldes les han quitado las guerreras y las botas. Una fina capa de polvo les cubre los pies. También les han quitado las armas.

En los árboles que flanquean el camino hay cuerpos colgados.

Parecen espectadores a los que hubieran obligado a mirar y que no hubieran encontrado interesante el espectáculo. Tienen los pantalones por los tobillos y sus caras están petrificadas. Bocas rellenadas con sus propios testículos, abiertas con sorpresa y horror. Sus penes yacen marchitos a sus pies.

Tom vomita y luego se limpia la cara con la camisa. El hedor es terrible.

Es terrible y está en todas partes. Hay cadáveres en el camino y en los árboles, cadáveres de niños, mujeres y hombres. Civiles, además de soldados. La matanza ha sido meticulosa y absurda. Más adelante, un árbol está ardiendo. El fuego se extiende de rama en rama. Salta de extremidad a extremidad. Va a arder entero, piensa Tom. Todo el bosque quedará arrasado.

—¡Tom!

Se da la vuelta. Jose está junto al *jeep*, intentando sacar una bolsa de lona del destrozado maletero del vehículo. Le hace un gesto a Tom.

—Venga. Ayúdeme.

La bolsa está atascada entre trozos de caucho y metal retorcido. Intentan doblar el metal con las manos. Jose se aparta. Extrae un machete del torso de un hombre. Vuelve *al jeep* y lo usa como palanca hasta que el metal cede y la bolsa se suelta. Después, la abre. Está llena de jeringuillas, ampollas y pastillas. Examina las etiquetas y le lanza la bolsa a Tom.

—¿Qué es?

—Hay morfina. Cójala.

—¿Qué hacemos ahora?

—Tenemos que encontrar caballos.

—¿Dónde?

Jose se encoge de hombros. Se da la vuelta y se interna más en el pueblo. Tom considera la posibilidad de no seguirlo, de quedarse junto al *jeep*. Poco después, Jose desaparece y Tom se queda solo. Mire donde mire hay un cadáver, un cadáver destrozado, un cadáver calcinado. Corre tras Jose y oye un crac, como de un trueno. El árbol en llamas ha caído en el camino y ahora lo bloquea. Jose mira a Tom.

—Quítese la chaqueta y tápese la cara.

—Volvamos, Jose. Volvamos.

—Necesitamos caballos. En alguna parte del pueblo tiene que haber caballos.

Jose se envuelve la cabeza con su propia chaqueta y sale disparado con el fusil contra el pecho. Salta sobre los restos humeantes. Tom lo mira fijamente. Salta, bota, brinca y luego se para. Su cabeza y sus pies son lo único que se ve entre el humo. Hace un gesto a Tom para que lo siga, un movimiento. Tom, que apenas ve entre la humareda, le indica que no. Jose se quita la chaqueta de la cabeza y se gira con intención de marcharse. Como no tiene elección, Tom se despoja de la chaqueta y avanza.

Desde el otro lado, Jose tira de él y le golpea en la espalda. Uno. Dos. Tres. Tom traga aire fresco y se encuentra mejor. Se limpia el hollín de la cara y de los ojos y ya puede ver. Por delante, en el camino, hay más cadáveres y más vehículos del ejército tumbados. Jose señala:

—Mire. Caballos.

Y es verdad, son caballos. Hay tres, hay cuatro, a un lado del camino. Jose avanza con las manos a los lados. De repente, Tom se da cuenta de que se mueve como el viejo. Se ha convertido en él. Tom comprende, en un fogonazo de lucidez, que eso también forma parte del nuevo orden. Que Jose debería ocupar el puesto del viejo. Tom observa a Jose, que avanza despacio, extiende una mano, espera a que se acerquen y, a continuación, los coge de las crines y les roba su libertad.

Sus propietarios estarán seguramente muertos, camino arriba o camino abajo. Jose le dice a Tom que monte el más tranquilo y el más grande. Ha encontrado un poco de cuerda y la usa para atar a los dos caballos restantes, dos caballos además de los dos que montan, cuatro caballos en conjunto, ¿qué van a hacer con cuatro caballos? Los animales están asustados por el caos y les tranquiliza que los lleven. El peso de ambos humanos los reconforta.

Jose guía a los caballos sobrantes y a Tom y su montura. Juntos, avanzan por el camino y salen del pueblo. Los caballos saltan sobre los cadáveres. Tom pregunta: ¿Adónde vamos? Daremos un rodeo, responde Jose, un rodeo para volver a la granja. Lleva la morfina, ¿verdad? Lleva la bolsa. Sí, dice Tom, tengo la bolsa. ¿Ve? Al final, hemos encontrado lo que buscábamos, afirma Jose. Sí, dice Tom. Sí.

Ya han pasado diez minutos desde que salieron del pueblo y el

olor a sangre y carne quemada desaparece. Los rebeldes habrán venido por aquí, dice Jose. Pero no hay indicio alguno que lo demuestre. Al pasar junto a una granja grande, con un portón y un emblema, Jose se detiene.

Conozco esta granja.

Tom asiente.

—Es de los Wallace.

Tom asiente otra vez. Hay una mansión de piedra, visible desde el portón. Jose mira la casa. Después, desmonta y ata los caballos.

—¿Qué estás haciendo?

—Voy a buscar más morfina.

—Ya tenemos morfina. La tengo aquí.

—Solo durará unos días. Los Wallace son adictos.

Tom no sabe cómo sabe Jose que los Wallace son adictos; cómo sabe eso y otras muchas cosas. Jose se aleja por el camino de la propiedad y él no tiene más remedio que atar su caballo y seguirlo. Las ventanas de la casa están rotas y la puerta achicharrada. Jose pega una patada a la puerta, que se abre. Entra antes que Tom, con el AK-47 a la altura del vientre. Tom piensa que podría ser un juramentado. Ya no me sorprendería nada. Todo me resulta sorprendente. Es una cosa o la otra, pero no sabe cuál.

La casa está vacía y en silencio, y eso no es bueno. Hay muebles tumbados, agujeros de bala en la pared y salpicaduras de sangre en el suelo, en las paredes, en los muebles tumbados. Jose se detiene y escucha, pero no se oye nada. Asiente y camina hasta el aparador. Abre cajones, busca frascos y jeringuillas. En el proceso, se guarda cosas: joyas, monedas, fajos de billetes y bonos que los rebeldes se han dejado o que no se han molestado en buscar.

Tom entra en el salón y encuentra a la señora Wallace. Le han pegado un machetazo en el cuello y en el torso. Está sentada en el sofá, secretando un río de sangre. Los cojines están empapados y hay manchas de sangre en las paredes y en el suelo. Los ojos de la señora Wallace miran el techo. Su expresión es de asombro y desaprobación. Los sabuesos de la familia yacen a su lado, con disparos en el pecho y la cabeza, y con las lenguas colgando fuera de sus fauces.

Tom contempla a la señora Wallace. No la había visto desde que la chica llegó a la granja. Hace mucho tiempo, cuando empezaron

los problemas. Ahora, la señora Wallace está inmóvil en su bien amueblado salón. Hay cojines y mantas en las sillas, y no todos están manchados de sangre. Hay lámparas de bronce y cuadros en la pared. Un trío de moscas zumba alrededor de la cabeza de la señora Wallace. Una y luego otra se posan en sus ojos abiertos. Que se empiezan a convertir en gelatina, que se pudren rápidamente por el calor. Dentro de poco, se derramarán fuera de las cuencas como un líquido denso.

Tom retrocede despacio. Después, se da la vuelta y sale corriendo. Pasa corriendo ante los bustos de mármol y las cajas de puros, ante la alacena de nogal y los armarios de caoba que llenan la sala. En sus prisas por salir, tropieza con sillas y mesas. Entonces, la puerta de uno de los armarios se abre y aparece un pie, una pierna, la chica. Tom se para en seco.

Claro que habría ido allí. Claro que la habrían recibido con los brazos abiertos. Son tiempos difíciles, pero ellos son familia. La chica es familia. Incluso en su estado actual. Tom lo puede entender. Pero se queda estupefacto cuando ve a la chica y su estómago salir del armario tosiendo para expulsar el polvo que se ha acumulado en su garganta durante las horas —¿cuántas?— en las que ha permanecido escondida, apretujada en el interior del mueble.

Tom le clava los ojos. Abre la boca.

—La señora Wallace…

—No quiero mirar.

El asiente. Jose entra en el salón y los mira. No parece sorprendido de ver a Carine. Sí; Jose se ha vuelto como el viejo.

Que tampoco se sorprende casi nunca. Jose lanza una mirada rápida a la señora Wallace y, acto seguido, se vuelve hacia la chica.

—Así que estaba aquí.

—Sí.

—¿Cómo ha sobrevivido? ¿Dónde se ha escondido?

—Me escondí en el armario. Estaba sentada con Martha cuando aparecieron. No hubo tiempo para esconderme en otro sitio.

—¿Y la señora Wallace?

—Fue demasiado lenta.

—Qué mala suerte.

La chica se encoge de hombros. Jose aparta la mirada.

—¿Dónde está el señor Wallace?

—Fuera. Le pegaron un tiro.

Jose asiente. Lleva una cartera de cuero que estaba llena de pastillas, ampollas y objetos de oro y plata. Vuelve a mirar a la chica.

—¿Dónde está la caja fuerte?

Ella sacude la cabeza.

—No lo sé.

—Vamos a necesitar dinero.

—Lo sé.

—¿Y dónde está la caja fuerte?

—Sus joyas están arriba, en el vestidor.

Dejan a la señora Wallace en el sofá y siguen a la chica por las escaleras. Ella se para junto a una ventana del segundo piso y señala la ventana.

—Robert está ahí.

Un hombre yace bocabajo en una zanja. Lo han acribillado a balazos por la espalda. Jose mira por la ventana y, a continuación, sigue por el pasillo. La chica mira por la ventana un poco más y se aparta con rapidez. Llegan al vestidor. Dentro hay vestidos de seda, plumas y flores. Huele levemente a perfume. El cuarto de baño se ve a través de una puerta abierta. La bañera está llena de agua tibia.

Jose camina hasta el tocador. Deja el fusil sobre la superficie recubierta de cristal y oro. Agarra un joyero, husmea en su interior y empieza a sacar collares y brazaletes. Se detiene y mira a la chica.

—Debería lavarse.

Ella asiente y se dirige al cuarto de baño, donde coge una esponja y se lava la cara, los brazos y las piernas con el agua de la bañera. Jose vacía dos cajas llenas de diamantes, zafiros y perlas en la cartera. Echa cepillos de ébano y pinzas de nácar. En el fondo del cajón, encuentra un fajo de billetes atado con un trozo de cordel.

La chica reaparece, secándose el pelo con una toalla. Lleva una bolsa y se ha cambiado de ropa y de calzado. Se ha puesto un vestido, un jersey y unas botas. Jose la mira.

—Tenemos que irnos.

Ella asiente. Jose echa un vistazo rápido a la sala. Luego, coge la cartera y el fusil. Bajan en fila: primero, Jose; después, Carine, y, por último, Tom. Cuando llegan a la puerta principal, Jose se gira

hacia la chica. Aprieta el fusil contra el pecho y asiente.

—No se queda.

—¿Aquí? No.

—Entonces, será mejor que nos acompañe.

—Sí —dice—. Sí, será lo mejor.

11

Los caballos siguen atados al portón de los Wallace. Tom ayuda a la chica a montar y, después, Jose y él hacen lo propio. Jose lleva el cuarto caballo. La chica extiende un brazo.

—Dame un arma.

Jose la mira. La chica mantiene el brazo extendido y le devuelve la mirada.

—Lo digo en serio.

Jose se lleva una mano a la parte trasera de los pantalones, saca una pistola y se la entrega. El AK-47 sigue en su regazo. Las manos de la chica tiemblan un poco. Comprueba que el cargador tiene balas, pone el seguro y se guarda la pistola en una bota. Hace un gesto a Jose. El duda, pero saca otra pistola y se la ofrece a Tom.

—Tome.

Tom coge la pistola. En el cañón hay pólvora. Agarra la pistola y las riendas, y hace una señal con la cabeza a Jose y a la chica. La pistola le pesa en la mano.

—Vamos.

Toman el camino del pueblo. Para volver a la granja, tienen que volver sobre sus propios pasos. Casi es mediodía. El sol brilla directamente sobre sus cabezas. Los cadáveres se están fundiendo al sol. Ya hay nubes de moscas en los boquetes y tajos de los cadáveres. El olor es atroz. Los caballos están tranquilos; el olor a podrido les inquieta menos que el olor a sangre. Pero los humanos no lo pueden soportar.

Jose los mira.

—Tápense la boca y la nariz.

La chica pierde el equilibrio y se bambolea un momento en la silla. Su estómago se balancea hacia los lados. Jose la endereza

enseguida. La mantiene en la montura mientras saca un trapo del bolsillo y se lo pone alrededor de la cara. Ella aprieta el trapo con los dedos de una mano, agarra las riendas con la otra y asiente.

—No mire. Mantenga la cabeza hacia abajo.

La chica asiente otra vez y se hunde en la silla. Jose conduce los caballos y los hace pasar sobre los cadáveres del camino, junto a los cuerpos que cuelgan de los árboles, junto al *jeep* tumbado del ejército. La chica está en silencio, sentada inmóvil y cuidadosamente en la silla, la cara cubierta con el trapo.

A Tom le gustaría cabalgar a su lado. Le gustaría montarse en su caballo, pasar los brazos alrededor de su estómago, apoyar la cara en su lomo y dormir. Acurrucarse contra la curva de su espalda. Pero monta solo y olisquea la peste a orina que se vuelve dulce con el calor, dulce que contrasta con el cuero y el sudor del caballo. Animal, vegetal, mineral. Mientras monta, se va convirtiendo en piedra.

Podrían esperar hasta el anochecer, piensa. Podrían esperar hasta que esté oscuro y sea menos peligroso. Sería lo mejor para todos. Están abrumados. Hay que pensar en la chica, en su embarazo…, sería mejor que esperaran. Este calor y este olor. Aunque la chica no se mueve; permanece perfectamente inmóvil y deja que el caballo la lleve a través de la masacre del pueblo.

Tom admite que ahora tienen la morfina. Sabe que sigue vivo, más o menos. Pero ha pagado un precio. Anhela borrar las imágenes de lo que ha visto, pero ya ha comprendido que no es posible. Se ha familiarizado con el mundo de los sucesos y ahora sabe que es un lugar hecho de locura. Más allá de la granja no hay nada. Una nada que se despliega y se extiende sin motivo. Él, que ha visto tan poco, ahora puede ver la historia del futuro, lo que va a pasar en el país.

Allí no hay vida para él. La última de sus ilusiones se escabulle. Jose les dice que deben seguir adelante. Les dice que no se pueden arriesgar a esperar hasta la noche. La chica, con la cara envuelta en el trapo, no responde. Tom también guarda silencio. Continuarán. Volverán a la granja. Pero es como si hubiera perdido una extremidad en el pueblo, una mano, una pierna o un pie. El mundo en el que creía ha desaparecido. Yace en la cuneta en un charco de sangre. Por lo tanto, él ya no es inocente; le han quitado sus fetiches.

Cuando los tres se aproximan a la granja, ya ha amanecido, o casi. La chica cabalga erguida; se ha quitado el trapo de la cara y ha cogido las riendas, que ahora le caen sobre el estómago. Escudriña la oscuridad, la noche, mientras avanzan por caminos secundarios.

Durante mucho tiempo, creyó que en la tierra había seguridad; pero ahora ve que no hay ningún sitio con tierra en el país, que la tierra se está alejando de todos. Y sin propiedades, la tierra se vuelve absurda. El país se convierte en un laberinto, el paisaje es ahora irreconocible, los rótulos desaparecen. Y ella se mueve en círculos cada vez más anchos. Está atrapada en un laberinto que no deja de crecer.

Como si solo existiera la granja (aunque está menguando). Como si solo existieran esos hombres (aunque se están desvaneciendo). Podría viajar por todo el país y siempre terminaría donde empezó. Pero las cosas no son exactamente como las ha visto. A su alrededor, el país se astilla y se fragmenta. Hay profundas sacudidas de violencia mientras un niño crece en su interior, y el mundo encoge a medida que crece. Sin el niño, las cosas serían distintas. Sin el niño, ella sería libre.

Pero no es libre. Ninguno de ellos lo es. Eso ya no existe en el país. De hecho, se están retirando a la tranquilidad relativa del valle. Nunca habían cruzado las tierras tan deprisa. Dos blancos y un nativo; mala combinación en una época en la que acribillan a blancos y nativos por igual. Huyen para salvar la vida, y no es una metáfora. La chica piensa que en el país ya no es tiempo de metáforas. Solo hay hechos.

Cuando por la mañana alcanzan la granja, está como siempre. La granja, en silencio, y el valle, vacío. Los rebeldes no han llegado todavía. Están a salvo. Están en sus tierras, en las tierras que son suyas, temporalmente, porque recuerdan que todo es ahora temporal, incluidas las tierras, muy especialmente, las tierras. Pero la granja, la propiedad, no ha perdido su efecto. Por muy falso que sea. Antes de cruzar el portón, ya sienten que el caos ha empezado a alejarse.

Dejan los caballos en los establos y Tom coge la bolsa de lona con la morfina. Está agotado y desvelado. Los recuerdos del caos se mezclan con fragmentos del viejo: los accesos de dolor, la medicina que se termina, los ojos arrastrándose por la pared y el techo. El

viejo es el último vínculo con el mundo antiguo, con el orden antiguo que han visto hundirse recientemente. Es la última recopilación y ya es un despojo, pero Tom recuerda que ha conseguido la morfina y que, al menos, todavía hay algo que puede hacer.

Cruza el vado hacia la casa. Jose y la chica lo siguen y entran con él. Dentro, la muerte está en todas partes. La muerte los ha rodeado a toda velocidad, y ahora…, ahora están en mitad de una muerte a cámara lenta, una muerte lenta como la melaza. Es diferente, pero no menos truculento. La casa está llena de su olor. Como si todas las puertas y ventanas se hubieran cerrado sin más propósito que el de mantener el olor dentro.

Celeste corre a la puerta y los empuja hacia fuera.

—Bajo. Hablen bajo.

Como si hubieran dicho algo. Como si no estuvieran completamente en silencio. Hay aflicción en su rostro, y su cara muestra todo lo que hay que ver. Pero se lo dice de todas formas.

Que las últimas treinta y seis horas han sido muy malas. Que el viejo ha estado gritando de dolor, pidiendo pastillas. Que ella se las dio, que siguió dándole pastillas hasta que el dolor desapareció y él pudo descansar. Que las pastillas se estaban terminando y que luego oyó golpes y más golpes, y que corrió a su dormitorio y lo encontró allí, botando en la cama, gritando de agonía, golpeándose la cabeza contra la pared y el cabecero. Y que le dio el resto de las pastillas.

Al anochecer, el viejo se quedó mudo. Abrió la boca, pero había perdido la voz. Su lengua se agitaba en el aire, pero no emitía ningún sonido. Ella se quedó junto a la cama. Él le hizo un gesto para que le diera más pastillas. Ella le dijo que no tenía más. Él repitió el gesto. Ella le preguntó si quería agua, sopa, leche. Le dijo que, si quería, le daría un masaje en los pies. Él abrió la boca, pero no pudo gritar.

Se alegra de que hayan vuelto. Se alegra mucho. Tom asiente y traga saliva.

—¿Está durmiendo? ¿Cómo está ahora?

—Ya no es él mismo.

—Iré a verlo.

—Sí.

Tom le da la bolsa de lona.

—Dentro hay medicinas.

Jose le quita la bolsa a Celeste y mira a Tom.

—Debería sentarse y descansar del viaje. Yo le daré la morfina.

Jose se va. Celeste los guía; lleva a Tom y a la chica embarazada a la cocina. Los obliga a sentarse y calienta agua para el té.

—El viejo ya no es el de siempre. Deben estar preparados.

—Lamento haberte dejado sola.

Celeste sirve una taza de té y Tom se la bebe. Encuentra un pedazo de tarta y se lo da. Celeste, que no parece sorprendida de ver a su acompañante, ofrece otro pedazo a la chica. La chica lo rechaza. Celeste le da una taza de té, se sienta y se come el pedazo que la chica no ha querido. Tom prueba la tarta. Tiene la mirada perdida.

La chica lo observa. Ve cuánto ha cambiado. Se lleva la taza de té a los labios y luego la deja abruptamente en el platillo. Se levanta y sale de la cocina. No va a esperar más. Lo que tenga que afrontar, lo afrontará ahora. Al fin y al cabo, qué le importa a ella… qué le importa el viejo, qué le importa ese lugar, ese chico y esa mujer, qué son para ella.

Va al dormitorio y siente más o menos como si una pared se le pegara a la cara. Y entonces, recuerda. Se estremece antela visión incluso. Tom aparece corriendo por el pasillo detrás de ella y ya es demasiado tarde. Ella no puede huir, no puede retroceder ni decirle que no entre. Tom bloquea literalmente la puerta detrás de ella. No hay más dirección posible que hacia delante, así que entran juntos en la habitación.

Y sí. Se quedan horrorizados. El viejo yace en la cama y secreta más que nunca el carisma tóxico de un moribundo. Rocía el aire con él, como un gato. Ni Tom ni ella pueden apartar la vista. Se quedan mirando las extremidades colapsadas, la cara que se ha vuelto amarilla, los montículos pequeños bajo las sábanas que han dejado de ser el viejo, porque están seguros de que, por fin, se está muriendo.

Es tan cierto como todo. La realidad de la muerte y la realidad de la situación general, igualmente funesta. No hay lugar al que huir. El viejo se está muriendo y la granja morirá con él. Tom se ha quedado sin tiempo. Se ha estado quedando sin tiempo durante días y semanas. Es un tonto. El mundo exterior está fuera de control,

pero el hombre que se encuentra ante él… Mira el cuerpo extendido ante él y sabe que ya no tendrá ocasión de decir… ¿Qué pretendía decir? ¿Qué habría dicho si hubiera tenido tiempo?

Lo desconoce, y eso es parte del problema. Ha empezado a llorar. Los ojos de la chica están secos cuando le da un pañuelo. Le dice que se limpie la nariz y que saque fuerzas de flaqueza. El coge el pañuelo y se suena la nariz. Le devuelve el pañuelo, pero sin recuperar el aplomo. Y la chica necesita que se dé prisa; necesita que se calme, porque en ese estado no le sirve de ayuda.

Los dos y el mundo exterior, y el viejo en la cama. El viejo, que ha perdido la capacidad de hablar y la capacidad de moverse, cuyas extremidades yacen inmóviles…, el viejo mira fijamente a Tom. No se lo están imaginando. El viejo ya ha tenido bastante. El viejo se está muriendo y no le gusta. Su mirada hacia Tom no es una jugarreta de la fisionomía de un moribundo; es la verdad absoluta de lo que siente.

Eso es demasiado para Tom. Quien nunca será capaz de expresar sus sentimientos. Quien gustosamente daría diez años de su propia vida a cambio de que su padre viviera un año más, un mes más, otra semana, un día o una hora, aunque sabe que ese tipo de transacciones son imposibles. La buena voluntad de Tom nunca ha tenido sitio a donde ir, y ahora lo tiene menos que nunca. Sale del dormitorio con la cara oculta entre las manos y el cuerpo aplastado por el peso de la situación.

La chica cierra la puerta cuando él se va. Se acerca a la cama. Mira al viejo, con los ojos secos. Él le devuelve la mirada, con los ojos secos. Permanecen así hasta que los ojos del viejo se vacían y su cabeza se hunde en la almohada. El cierra los ojos. La chica le pone la palma en la frente y le toma el pulso en la muñeca. Se ha desmayado otra vez.

Le acomoda las sábanas y la manta. Piensa: querías morir aquí y ni siquiera sabías que te estabas muriendo. Querías volver a casa y morir. Eso es más de lo que ellos han conseguido. Más de lo que han logrado los hombres, las mujeres y los niños muertos a machetazos. También los soldados. También los que no eran soldados. Y aquí estoy yo ahora, contra una esquina, pero, al menos, viva. Yo y el que llevo dentro. Eso es lo que vale.

No mucho, piensa; no vale mucho. Suelta la manta, da media

vuelta y sale del dormitorio. No quiere ver a Tom ni a los demás, así que deambula por los corredores. A falta de algo mejor que hacer. Entra en las alas que han permanecido cerradas durante meses. Deja la zona de muerte en la que han estado secuestrados durante todas esas semanas. Camina por las alas (cerradas, pero no con cerrojos). Abre puertas y cruza pasillos.

Encuentra habitaciones que se han vaciado. Paredes tapadas con plásticos y telas blancas. Casi no reconoce la casa donde vivió. Mira y ve. En esta habitación pasó esto. En este corredor pasó esto. No se parece nada a lo que fue. Es como si todo estuviera terminando. Como si ya hubiera terminado y ellos fueran tan extraños como fantasmas.

Ellos y todo lo que les ha pasado en ese lugar. Todo está desapareciendo por arte de magia. Aún no es el pasado, pero se está yendo. Se da cuenta de que, pronto, ni siquiera podrán hablar de ello. De que el pasado quedará sellado y sus llaves se perderán. Ya está pasando. Ella está empezando a olvidar, ya ha olvidado cómo llegó a donde está ahora.

Hay tantos suelos vacíos. En otro tiempo se sumergió en sociedad, se asfixió en sus antecámaras. Ahora, ese tiempo encoge como el hielo fundiéndose en agua. Alza la vista. Esos techos abovedados, esos suelos de piedra, esas ventanas y lámparas de araña. Es demasiado bueno para dejarlo ir y demasiado bueno para destruirlo. Lo convertirán en un edificio del gobierno. Un centro comercial. Una oficina de correos o un banco. Volverán a llenar las habitaciones y la gente hablará de la arquitectura. Dirán que es una buena reliquia de un pasado preservado. Es cuestión de tiempo, piensa. De un año, una década o un mes.

La chica está sentada, acurrucada en una esquina fría de una sala vacía, cuando oye voces. Apresuradas y presas del pánico. Oye una voz aquí y otra allá, y sigue el dialecto indígena con dificultades. Escucha con atención, se concentra y oye más:

—No nos podemos quedar más tiempo.

—Mira a tu alrededor. Se está muriendo. Es cuestión de días.

—Nos hemos quedado sin tiempo. No entiendes lo peligroso que es. Se extiende como una infección.

—Exactamente. No durará, ya lo verás. No durará.

—Escúchame. Nos matarán. No matan solo a los colonos. Matan

a sus simpatizantes por todo el país para dar ejemplo ante la gente. Y si no has hecho el juramento, eres un simpatizante del régimen. Todo se reduce a eso.

Las voces callan. La chica echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. Casi se ha quedado dormida cuando las voces vuelven.

—Yo no soy simpatizante.

—Fuiste en busca de aventuras, como un niño.

—Si hubiera querido aventuras, me habría unido a los juramentados.

—Pero no te gustan.

—No.

—A mí tampoco me gustan. Esperaba otra cosa para este país.

Una carcajada seca.

—Te morirás esperando. No hay nada más. Hasta es un milagro que esto haya pasado. Estamos rodeados por un milagro.

—No es mi milagro.

—No tienes elección. Es lo que te intento decir. Han tomado la decisión por nosotros. Si queremos sobrevivir, tenemos que hacer lo que es mejor.

—Es tu padre. ¿Cómo puedes decir eso?

—No ha sido un padre para mí.

—Qué sabrás tú. Él lo intentó.

—Eso no significa nada. No me ha dado nada.

—Te ha dado un hogar. Ese era el amor que nos podía ofrecer.

—Me dio la misma casa que le habría dado a cualquier nativo, a cualquier esclavo que trabajara sus tierras. Y tú lo llamas amor…

Un sollozo ahogado.

—No, no. No lamentaré su muerte.

Las voces se pierden por el pasillo. La chica escudriña la oscuridad. No oye nada más, pero entiende. El eco fantasmal entre Tom y Jose. Jose, que se parece tanto al viejo y en consecuencia a ella. Y más… El odio de Jose hacia Tom y su ignorancia, las cosas que no le contaron a Tom porque querían protegerlo. Tom, que no sabe nada, y Jose, que lo ve todo. El extraño patrimonio del padre.

Los secretos de ese lugar. No es extraño que Jose y Celeste se hayan quedado cuando los demás se han ido. El viejo todavía significa algo para ellos. La chica se sorprende de no haberlo comprendido hasta entonces. Sin embargo, es una locura que se

queden. Le desconcierta que Jose, inteligente como es, pueda cometer ese error. Es cierto que ninguno sabe hasta dónde se extenderá la rebelión; pero hay poco margen para el error y ninguno para el sentimentalismo.

Al cabo de un rato, se queda dormida. Se queda acurrucada en la esquina, en el suelo, durante horas. Cuando despierta, despierta sobresaltada por el ruido de unos pasos. Su sueño ha estado atiborrado de fragmentos de cosas malas: el volcán, el porche, los peces muertos. Despierta y casi espera que haya llegado el final, que le abran el vientre y le corten la cabeza. Sale del sueño y vuelve a oír las voces. Oye a Tom y a Celeste y, durante unos minutos, se siente mejor.

Se pone en pie con esfuerzo y camina hacia las voces. Entra en el dormitorio del viejo. Está tumbado con los brazos y piernas abiertos, y su cuerpo se sacude de lado a lado. Tiene espuma en la boca y sus ojos giran en círculos. Celeste pregunta dónde están las pastillas. La chica le dice que no importa. No podría tragar nada…, míralo. Celeste insiste. Las pastillas. ¿Dónde están las pastillas?

Le dice a Celeste que las tiene Tom. No sabe dónde están. Tom tiene toda la morfina. ¿Dónde está Tom? No sabe dónde ha ido. La chica no puede apartar la vista del viejo. Está jadeando, se aferra a las sábanas, a su cuello y a su pecho, al aire delante de su boca. Grita en silencio con los ojos amarillos, hinchados de rabia y de dolor.

La chica da un paso adelante —Celeste sigue preguntando por las pastillas, una y otra vez— y coge de la mano al viejo. Y aunque su cuerpo sigue convulsionando, su brazo, al menos, está inmóvil. Ella lo aprieta con fuerza y le dice que todo saldrá bien. Todo saldrá bien. Aprieta más y él sacude la cabeza hacia ella, mirándola fijamente. Y ella repite que saldrá bien y él asiente. Es un hombre que se aferra a la esperanza, y ella nota en sus ojos que quiere creer lo que ha dicho.

Sí. Todo saldrá bien. Para quién y hasta qué punto no lo sabe; pero no deja de decírselo. Saldrá bien. Y él la mira y luego asiente. Sí. Bien. ¿Verdad? Después, Celeste le clava una aguja en el brazo y todos oyen la rápida succión de la jeringuilla, y él se desmorona en la cama.

La chica alza la vista. Celeste deja la jeringuilla en la mesita de

noche. Tumba al viejo de lado y, con un tirón seco, le baja los pantalones del pijama. La chica contempla el rostro del viejo, un rostro pétreo, sin más expresión que una indignación resignada. Celeste abre el frasco de la morfina, saca las pastillas y se las mete por el culo. La cara de Celeste no dice nada cuando le sube los pantalones al viejo y lo vuelve a tumbar bocarriba. Lo tapa bien y él se queda perfectamente inmóvil.

Tom está de pie en la puerta, con la bolsa de lona apretada contra el pecho. Celeste suspira y se aparta de la cama. La chica la mira sin comprender.

—¿Está vivo?

Los tres se miran. Luego, Celeste sale de la habitación. Es consciente de haber hecho más de lo que pretendía. Se oye un silbido largo y un olor a mierda llena la habitación. No se parece a nada de lo que han olido hasta entonces. La chica sabe que deberían limpiar al viejo, pero es un pensamiento distante. Tom arrastra los pies hasta la cama y observa la cara del viejo.

—¿Qué le ha dado Celeste?

Carine sacude la cabeza y camina hacia la puerta. Tom alcanza una silla y toma asiento. Ella lo mira.

—¿Qué estás haciendo?

—No podemos dejarlo.

Ella lo piensa. Necesita tumbarse. Necesita comer. En ese dormitorio ni siquiera puede respirar. Tom la está mirando. Está sentado en esa nube de hedor y su cara es la viva imagen de la determinación; dice que se va a quedar sentado ahí todo el tiempo que sea necesario. A fin de cuentas, es todo lo que le queda. Ella asiente.

—Está bien.

Y sale del dormitorio.

12

El viejo está en coma durante los tres días siguientes. No se mueve. Su respiración es regular como un reloj, pero un reloj que se va parando poco a poco. Ellos escuchan su respiración, esperando que esta vez se muera de verdad. Que siga adelante y termine de una vez por todas. Su respiración va más despacio, pero demasiado despacio para su gusto.

Preferirían que muriera. No pueden esperar mucho más; no creen que sea físicamente posible. La tensión es inmensa. No duermen lo suficiente. Se olvidan de comer. Celeste cocina todo el día. Siempre hay una olla en el fuego. Cocina toda la comida que les queda. Pero han perdido el apetito.

Ellos son los que están vivos, y a los vivos les cuesta lidiar con los muertos. No hay espacio suficiente. El viejo se hincha y se expande, y los aplasta contra las paredes de la casa. En esa posición, tienen problemas para respirar. Pero la respiración del viejo silba rítmicamente hacia dentro y hacia fuera.

Achatados por las paredes y el techo, escuchan el sonido de su respiración. Desean que las paredes se agrieten. Que la casa se hunda. Es obvio que la estructura no podrá aguantar. No hay espacio suficiente para el muerto y para ellos, así que algo tiene que ceder. Esperan que sea la casa y no ellos. No serán sus pulmones los que se colapsen en primer lugar.

Tom se sienta solo junto la cama del viejo y se mantiene en vela. No quiere que el viejo esté desatendido. No quiere que muera solo. Por supuesto, es una posibilidad. Puede que se levante a estirar las piernas o a usar el retrete y, *zuuum*, se haya muerto en un suspiro. Podría terminar así. Cada vez es como tirar los dados. Pero Tom necesita creer que aún puede hacer algo. Por lo menos, dentro de

esa habitación. Que todavía se pueden mantener algunas cosas, aunque sea demasiado tarde.

En consecuencia, Tom se sienta junto a la cama y los demás se sientan contra la pared, se caen por las ventanas y vuelven a gatas. Está sentado tres días seguidos. Es obstinado. No permitirá que se le escape ni un solo segundo de la muerte. Los otros miran y piensan que es como si se estuviera aferrando al moribundo, que devoraría el cuerpo ya apestoso si pudiera. Tom siente que se va a disolver cuando el viejo muera; puede ver el momento, agazapado tras la esquina.

Sin embargo, hasta la persistencia de Tom se agrieta ante esa muerte interminable. Al tercer día, deja el dormitorio y sale afuera. No ha comido nada salvo el olor a muerte, cuya dulzura es ahora tan intensa como el azúcar a punto de caramelo. Últimamente, le cuesta respirar; se pinza la nariz y contiene la respiración cuando se inclina para levantar a su padre, limpiarlo y cambiarle el pañal.

La mierda tiene el color y la consistencia de la brea. Como una mancha de brea en una muselina blanca. Cada vez, Tom examina el pañal como si estuviera interpretando un augurio. Como si en el excremento hubiera signos escritos.

Tom se sienta en la oscuridad de los escalones del porche. Se acuerda de haber guardado los muebles de afuera; pero han pasado muchos meses desde entonces y huelga decir que le parecen una eternidad. Mira hacia el río, que ahora baja claro. Nueve meses; le ha costado nueve meses, pero, por fin, baja claro. No tienen más noticia de la rebelión en el valle. No ha habido nada salvo el silencio ensordecedor de la muerte del viejo.

Más tarde, Jose sale y se une a él. También se apoya contra uno de los pilares y enciende un cigarrillo. Tom habla sin mirarlo.

—¿Crees que vendrán?

—No lo sé.

Tom asiente. Sigue mirando el río. Que, además de bajar claro, fluye. Que contiene peces, aunque no sea en grandes cantidades ni estén en época de puesta.

—Se lo daré todo. Nuestras cuatrocientas hectáreas. Que se queden con la casa… No la necesito. Viviré con media hectárea. Puedo vivir con menos. Pero…

—Pero no quiere morir.

—No, no quiero morir.

—No creo que lleguen tan lejos. Aquí no hay nada para ellos. Volverán a la ciudad y presentarán sus exigencias. Su líder hará un trato con el gobierno, como antes. No están ciegos, no actúan sin intención.

Jose mira a Tom mientras lo dice. Tom se estremece.

—No quiero morir.

—Yo tampoco.

Jose se da la vuelta y regresa a la casa. Tom se queda en el porche. El aire está limpio y es cálido. El verano está a punto de llegar. Si el viejo no muere antes, su cuerpo se pudrirá con el calor y eso será todo. Terminará así. Cuesta creer que el viejo vaya a morir. Es más probable que se pudra ante sus ojos reunidos; es más probable que se quede con ellos para siempre, sin terminar de morir, como está ahora.

Tom se levanta y entra en la casa. Celeste ha dejado una bandeja con comida fría en la cocina. Tom dice que se llevará a la chica, que está sentada junto al viejo. Coge la bandeja y va al dormitorio. El cuerpo del viejo no ha cambiado. Sigue agitando el aire como un ventilador. Ha levantado un párpado. El blanco del ojo es visible y la pupila no mira nada.

Tom deja la bandeja. Levanta más el párpado, lo baja y se sienta. La chica asiente a modo de saludo. No son ni amigos ni enemigos. Están más allá de eso. Podrían ser las dos últimas personas del mundo. ¿Por qué le has subido el párpado? Ella sacude la cabeza: olvídalo. Está cansada, sentada a los pies del viejo. Se aprieta los ojos con las palmas de las manos.

Se levanta y sale de la habitación. Tom contempla al viejo. Durante el último día se ha producido un cambio, y ahora está más hundido en la cama. Tom ve el cambio con claridad. Como si tuviera mil piedras sobre el cuerpo. La alquimia de la muerte ha transformado al viejo; de ser ingrávido y quebradizo, ha pasado a ser pesado y denso como el plomo. Tom ya no lo puede mover. Su padre ya no puede ni temblar.

Ahora también es una máquina de ruidos. Su aliento chirría al entrar y salir de su boca. Como si tuviera fuelles en su interior. Como si en la cama hubiera una gaita gigante. Su cuerpo es muy ruidoso a pesar de la inmovilidad; está haciendo más ruido que en

toda su vida. Tom permanece junto a la cama y al final se queda dormido. Se duerme, sueña, al son del ruido de su padre moribundo.

Despierta a un silencio ancho y súbito. Asustado, se inclina hacia delante. Su respiración…, no hay duda de que su respiración es más lenta. Tom lanza su cuerpo hasta la cama y acerca la oreja a la boca de su padre. Un silencio largo; tan largo que el ritmo del corazón de Tom aumenta en la quietud; le aporrea el pecho. Después, una brusca y seca bocanada de aire; muy seca, más parecida a un clic mecánico que a una bocanada. Y luego, otro silencio largo.

Tom siente náuseas. Se acerca un poco más al viejo. Escucha el silencio. Cuenta uno, dos, tres, diez segundos, más bien doce. Quince. ¿Es posible que esté muerto? ¿Es ese el aspecto de la muerte? Le pone los dedos en el cuello y le busca el pulso. La arteria está quieta, así que aprieta más y más hasta que casi lo estrangula con las manos. No siente nada; ni un asomo de pulso. Sin embargo, el viejo no parece muerto.

Han pasado treinta segundos…, han pasado más…, ha perdido la cuenta. Se queda rígido con las manos en el cuello del viejo. La cabeza le da vueltas. Hace un esfuerzo por retomar la cuenta. Le suelta el cuello y deja caer las manos, que entrecruza sobre el regazo. Para no aferrar otra vez el cuello del viejo. Por favor. No te vayas. En ese momento, desearía saber rezar. Un sonido alto como un disparo sale de la garganta del viejo y Tom comprende que su cuerpo se ha rendido.

Se sienta en el borde de la cama. La mente se le queda en blanco durante un rato. Mira el cadáver. Hace ademán de tocarle el brazo, pero no sigue. El viejo no se mueve. Su cara se ha puesto rígida. Ha pasado en un minuto. Un minuto o quizá dos. Es humano y, de repente, ya no es humano; es una cosa con la boca abierta como unas fauces. Sus ojos permanecen clavados en el techo, con sorpresa. Se han abierto en algún momento de su muerte.

No es cara para un muerto. Resulta que la cara de la muerte no es cara para un muerto. Asqueado por lo que ve, Tom intenta cerrar las fauces. Aprieta y aprieta, y la mandíbula no cede hasta que empuja con la palma de la mano y los nudillos del puño, y entonces,

con un chasquido, la boca se cierra. Se inclina y presiona los párpados con fuerza hasta que nota que los ojos del viejo se hunden bajo sus dedos.

Tom aparta las manos. Se queda de pie un momento y luego sale rápidamente del dormitorio. Al pasar junto a la cocina, oye a Celeste. Está cocinando en mitad de la noche, golpeando ollas y sartenes; está disgustada con Jose y con él, como cuando eran niños. Ahora el viejo está muerto y quién sabe lo que va a pasar, qué hará ella con su descontento. Tom no entra en la cocina. Va a su dormitorio y se mete en la cama.

En realidad no duerme. Se queda bajo la sábana y escudriña la oscuridad. La muerte del viejo descansa acurrucada en un rincón de su mente. Tom no sabe si ha expirado o está aletargado. Pero está tranquilo y el resto de su cerebro es como un desierto o un páramo. Es como si lo hubieran vaciado. Y no es capaz de remover la muerte en su mente. Piensa que es preferible la negrura.

Al cabo de un rato, sale de la casa y se encuentra con el alba. La luz surge en el horizonte y Tom ve que la tierra está verde y que se extiende en la dirección del sol. La tierra ha sido liberada. Su imprimátur ha caducado. Tom está aturdido. Estará aturdido durante mucho tiempo, piensa. Ese es el primer pensamiento que tiene en lo tocante a la muerte del viejo. Un ruido seco y él es libre. Luego, su mente vuelve a callar.

Ve que la chica está más allá del portón, sentada bajo un árbol, mirando el camino. Ha amanecido y empieza a hacer calor. Tom piensa: va a huir. Ha huido antes y no hay nada que se lo impida ahora. Él le dirá que el viejo ha muerto y ella no tendrá motivo alguno para quedarse. Los dos deberían marcharse. Quedarse no tiene sentido. Pero Tom no cree que él se pueda ir, no se cree capaz.

Se sienta junto a ella y ella no alza la mirada. Se sienta a su lado. Se sienta y no sabe si se podrá volver a levantar.

Tras un silencio largo, habla.

—¿Te vas a ir?

Ella sacude la cabeza.

—¿Estás pensando en irte?

Ella vuelve a sacudir la cabeza.

El asiente y se gira para mirar el camino. No le dice que el viejo ha muerto. Se dice a sí mismo que hay tiempo, que ya se lo dirá

más tarde. Se dice a sí mismo que hay tiempo para muchas cosas, que un día amará el recuerdo de su padre como nunca amó al hombre, que un día podrá hacer eso. Pero no ve cómo, ahora que la esperanza de las cosas normales y corrientes se ha vuelto imposible. Entre tanto, la muerte sigue bocabajo en su interior.

La chica salió al camino para huir de la casa. Cuando llegó al portón y vio el camino de tierra, consideró la posibilidad de marcharse. Pensó que se debía ir de inmediato, mientras la carretera estuviera abierta, mientras el país estuviera tranquilo. Allí no había nada que mereciera la pena. No creía en la seguridad de la granja. Y entonces, su instinto le dijo otra cosa y cambió de opinión. Pronto. Pero no todavía. En lugar de irse, se sentó bajo el árbol.

Ahora mira a Tom. El corazón de Tom se acelera. Mira el suelo y no dice nada. Ella alza una mano y le acaricia el pelo suavemente.

—Le he dicho a Jose que le ayudaré a cuidar del huerto.

El asiente.

—Podemos plantar cosas para comer. Dice que él me enseñará.

Tom no se mueve, pero espera. Ella le vuelve a acariciar el cabello y después le dice que se va a quedar. Le dice que no se va a ir. Sabe que Tom no dejará nunca la granja. La verdad es que no le importa mentir. La chica aparta la mano de su pelo y se la lleva al estómago. Lo siente duro bajo los dedos y, un momento después, la boca se le queda seca. Cuando habla, habla sin intención.

—Él no va a venir.

Tom alza la vista.

—¿Quién?

Ella hace caso omiso y se aprieta más el estómago. Intenta hundir sus dedos en él. Su cuerpo ha cambiado. El niño hecho de plomo ha convertido su torso en madera. Ella no lo puede romper ni agrietar. Lo intenta. Cierra el puño y hunde los nudillos, pero ni cede ni se astilla. Está duro como la superficie pulida de una mesa, y es totalmente macizo.

Sacude la cabeza y mira a Tom.

—Es de madera. Se ha convertido en madera.

¿Qué puede hacer para que lo comprenda? Él no sabe qué decir; ni siquiera sabe lo que ella quiere decir. Tom no puede responder. Ella le coge una mano y se la pone en su estómago. Intenta mostrarle lo que ha pasado.

—¿No lo notas? Es de madera. Me estoy convirtiendo en madera.

Es sólido como una roca. Tom empieza a pensar que entiende lo que quiere decir. Pero entonces se mueve. Una patada de vida ajena. El niño de plomo se mueve. Los dos se miran.

—¿Lo notas?

Ella lo repite. Sus ojos son duros. Piensa que cualquier cosa es inútil. Que nunca se podrá ir. Se quedará atrapada, arrastrando su estómago de madera por toda la propiedad, para siempre. Al final, la matará. Se lo pregunta otra vez. Que si lo nota, que si puede entender lo que ha pasado, la conversión de su estómago en madera. Tom asiente. Casi cree que lo entiende; pero, por supuesto, no es así.

Lo dejan y se quedan en silencio. La chica aprieta las manos contra el estómago de madera. La madera empieza a vibrar y a zumbar: Él está ocupado mirando la carretera. Ve una nube de polvo. Oye el sonido de un motor en la distancia. Se inclina y escudriña el horizonte.

Con un rugido, un camión del ejército surge repentinamente ante sus ojos. La tierra se pone a temblar. En la parte de atrás del camión hay un grupo de hombres, armados con machetes y AK-47. El vehículo se escora en el camino y los machetes oscilan. La chica suelta un grito ahogado. Tom la levanta y se agazapa con ella detrás del árbol.

El camión del ejército sigue adelante. Un jinete sobre un caballo aparece en el otro extremo del camino; viene de los establos y se dirige hacia el camión. Es Jose, que no parece consciente de la presencia de los hombres. Que está a punto de cometer un terrible error. Tom casi grita para advertirlo, pero la chica le tapa rápidamente la boca con la mano.

Los dos miran mientras el jinete avanza por el camino; el vehículo que ruge y el caballo que galopa se van acercando en el horizonte. Ahora ven el camión con claridad. Tom espera que Jose se dé la vuelta, que vire y huya. No lo hace. Galopa hasta el mismo camión y se detiene ante los hombres. El caballo resopla y se encabrita mientras el motor del camión se para. Horrorizado, Tom espera los disparos.

No hay disparos. Jose señala en dirección hacia la casa. Les dice

algo a los hombres. Un segundo después, sigue adelante. Los hombres gritan algo y él alza un brazo en respuesta; después desaparece por el camino. Los hombres vuelven a gritar. Arrancan el motor y el camión se pone en marcha. En dirección hacia la casa. Hacia el lugar donde Tom y la chica están sentados. Las ruedas giran sobre la tierra del camino.

Tom mira fijamente el vehículo, que levanta el polvo mientras avanza rápidamente hacia ellos. La chica busca su mano y la coge con fuerza. Las lágrimas le caen por la cara. Es demasiado tarde, piensa Tom. Demasiado tarde. Los nudillos se le ponen blancos y tiemblan. Mira el camión y se prepara para lo que va a pasar. Los dos se preparan.

Se sientan junto al árbol y esperan.

Agradecimientos

Gracias a Ellen Levine, Clare Conville, Millicent Bennett, Dominick Anfuso, Martha Levin, Chloe Perkins, Meghan O'Rourke, Sophie Fiennes, Harland Miller, Geraldine Ogilvy y Hari Kunzru.

KATIE KITAMURA (Japón, 1979). Pasó su infancia y su juventud entre Japón y California. Reside en Nueva York, y en 2009 publicó *The Longshot*, finalista del Premio New York Public Library's Young Lions Fiction. Ha trabajado como consultora creativa para *The Pervert's Guide To Cinema*, la tercera parte de la serie documental realizada para Channel 4 por el filósofo y psicoanalista Slavoj Zizek. Además, ha escrito para importantes medios de comunicación, como The Guardian, The New York Times y Wired, y es colaboradora habitual en Frieze y Art Monthly.